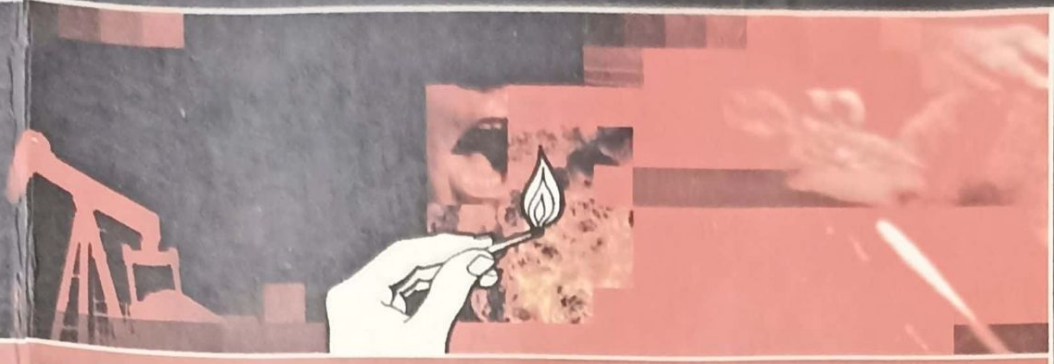
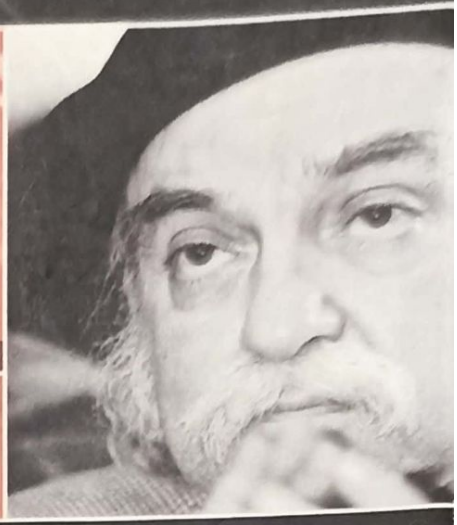




MANUEL CABALLERO

Las crisis de la Venezuela contemporánea (1903-1992)

5ª EDICION

ALFADIL EDICIONES

Escaneado con CamScanner

MANUEL CABALLERO

Es Profesor Titular (jubilado) de la Universidad Central de Venezuela, de cuya Escuela de Historia fue Director. Estudiante, vivió varios años en París y también en Roma. PhD por la Universidad de Londres, su tesis doctoral lo convirtió en el primer venezolano publicado por la Universidad de Cambridge en los 450 años de su editorial (dos ediciones). Ha sido Profesor contratado por la Universidad de Nápoles y conferencista en varias universidades europeas (Oxford, Sorbonne) y de EEUU (Florida, Harvard), donde vivió como *Fulbright Visiting Scholar*.
Obtuvo en 1979 el Premio Nacional de Periodismo; en 1994 el Premio Nacional de Historia, y en 2001 el Premio Bienal Simón Bolívar, otorgado en la Universidad del mismo nombre en reconocimiento a su trayectoria universitaria.

Ha sido columnista permanente de *El Nacional* (1965-1991), *El Diario de Caracas* (1992-1995) y hoy de *El Universal*. Es autor y co-autor de más de cincuenta libros sobre historia, política y literatura, entre los cuales destacan *La pasión de comprender*, 1983; *Latin America and the KOMINTERN 1919-1943* (Cambridge University Press), 1986; *El orgullo de leer*, 1988 (reeditado por Alfadil, 2003); *Gómez, el tirano liberal*, 1993 (Premio Nacional de Historia); *Ni Dios ni Federación*, 1995; *De la pequeña Venecia a la Gran Venezuela*, 1997; *Las crisis de la Venezuela contemporánea*, 1998 y *Revolución, reacción y falsificación* (Alfadil, 2002).

Escaneado con CamScanner

F2326
C3233
e. 1L

COLECCIÓN DIRIGIDA POR LEONARDO MILLA

1ª edición: Monte Ávila Editores, 1998
2ª edición: Monte Ávila Editores, 1999
3ª edición: Alfadil Ediciones, mayo de 2003
4ª edición: Alfadil Ediciones, octubre de 2004
5ª edición: Editorial Alfa, marzo de 2007

© Alfadil Ediciones, 2003

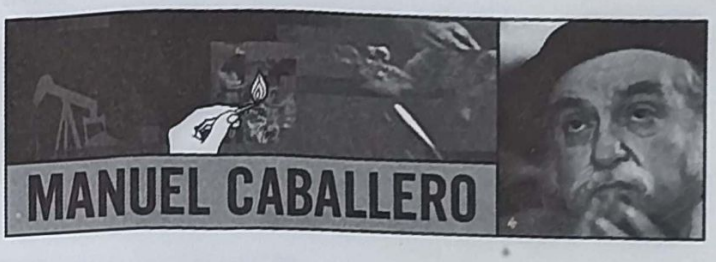
Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Editorial Alfa
Apartado 50.304. Caracas 1050, Venezuela
Telf.: [+58-2] 762.30.36 / Fax: [+58-2] 762.02.10
e-mail: contacto@editorial-alfa.com
www.editorial-alfa.com

ISBN: 980-354-114-5
Depósito legal: lf5042003320166

Diseño de colección y de cubierta: Ulises Milla
Fotografía de portada: Nicola Rocco
Corrección: Leila Macor

Impreso en Venezuela por Editorial Melvin
Printed in Venezuela



Las crisis de la Venezuela contemporánea (1903-1992)

UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO
DEPARTAMENTO [illegible]
BIBLIOTECA [illegible]
DONACIÓN

ALFADIL EDICIONES

Escaneado con CamScanner

ÍNDICE

Prólogo a la tercera edición 7
Introducción 9

Capítulo I
Sobre el concepto de crisis histórica 13

Capítulo II
1903: Estalla la paz 37

Capítulo III
1928: La ideología conmovida 61

Capítulo IV
1936: La liberación del miedo 77

Capítulo V
1945: Los dos nuevos actores 103

Capítulo VI
1958: Crisis de la democracia y del modelo cultural 133

Capítulo VII
1983: La crisis del modelo económico 161

Capítulo VIII
1992: Crisis de las instituciones 181

Conclusiones 207
Bibliografía citada 219
Reconocimientos 223

UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO
DONACIÓN

Escaneado con CamScanner

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

Estuve tentado de cambiar el título de este libro para ésta, su tercera edición (y la primera en Alfadil) y titularlo «Las crisis del siglo XX venezolano». Pero luego me di cuenta de que eso podía confundir al lector, haciéndole creer que se trataba de un libro diferente. Por lo demás, estoy consciente de que la división cronológica en años y siglos no siempre corresponde a los períodos y conjuntos temáticos en la historia: los problemas planteados en este trabajo no se agotan al cerrarse un siglo y un milenio, sino que se prolongan hasta hoy, formando todos, en su significación y en su tiempo, el entramado de nuestra contemporaneidad.

Es así como vemos que el presente encuentra enfrentados dos momentos de nuestra historia, el reflejo de dos crisis: la de 1958, de la democracia y del modelo cultural, y la de 1992, de las instituciones cuarentonas; el todo inmerso en la crisis del modelo económico que se manifestó a partir de 1983.

Eso responde a una de las observaciones más o menos críticas que se han hecho a las conclusiones de este libro, que parecieran demasiado optimistas dadas las circunstancias que se viven hoy

Escaneado con CamScanner

en día. Porque no está dicho que los procesos allí descritos y analizados hayan culminado, se hayan cerrado en forma definitiva. La historia no está hecha sólo de avances, sino también de retrocesos: si nos atenemos al almanaque, hemos entrado en el siglo XXI, pero en relación a las consecuencias de esas crisis todavía estamos en el XX; y, si no fuera por la vigorosa reacción de la sociedad venezolana, el rechazo a la modernidad de algunos sectores retrógrados, sobre todo militares, ya nos hubiera enviado de regreso al siglo XIX, con sus caudillos despóticos y sus guerras civiles.

M. C.

INTRODUCCIÓN

¿Es la crisis una catástrofe? ¿Vivimos la crisis más grande de nuestra historia? Éstas son preguntas que de una forma u otra, los venezolanos se hacen, y se han hecho siempre, a lo largo de una historia no por corta menos convulsa. Nuestro propósito es encontrar una respuesta para ambas. En su más simple expresión, ella es *no*, en uno y otro casos. Pero si se quedara allí, a lo más que podría alcanzar sería al nivel de una posición política, y polémica. Nos proponemos ir mucho más allá, y las páginas que siguen tratan por una parte de ceñir lo más estrictamente posible el concepto de *crisis*, y por la otra, de enfocar lo que, en la historia del siglo veinte venezolano, puede llamarse tal.

Lo primero es entonces despojar esa palabra de sus características más vulgares, la de ser un comodín usado para las más disímiles situaciones, desde verdaderos conflictos sociales hasta la más simple carencia de un individuo o de una colectividad; desde el parlamentario que pontifica: «vivimos la crisis más grande de nuestra historia»; hasta el adolescente a quien su mesada no le alcanza para comprar todas las chucherías que se le antojan y declara que sus finanzas «están en crisis».

Escaneado con CamScanner

Por nuestra parte emplearemos el concepto de *crisis histórica* para dar un significado más preciso al término. El primer capítulo de este libro está consagrado a definir qué cosa sea, y qué condiciones debe tener, para aplicarlo al estudio de la historia venezolana. Pero se puede adelantar de una manera muy general, que toda crisis histórica señala un proceso de cambios muy profundos, por lo general irreversibles y que, aún si ella se hace más evidente en el terreno político, no se confina allí, y las transformaciones llegan a abarcar los más diversos aspectos de la vida social: desde el cambio de escenarios y actores políticos, hasta la moral individual, pasando por las más variadas faces de una cultura, tomado esto último en su sentido antropológico y no en el de simple ilustración personal y colectiva.

Tomada así, la idea de crisis puede ser despojada de sus connotaciones apocalípticas: para emplear un ejemplo al cual se recurrirá con frecuencia a partir del segundo capítulo de este libro, la guerra puede entrar en crisis para derivar en la paz, y en esas condiciones, sólo los traficantes de armas podrían hablar con propiedad de una catástrofe. Aunque por supuesto, para los misoneístas, para quienes tiemblan ante la sola mención de una novedad, de un cambio por tranquilo y pacífico que sea, toda crisis siempre es una calamidad, el fin del mundo.

A partir del segundo capítulo, se estudian aquí siete momentos críticos del siglo veinte venezolano: 1903, 1928, 1936, 1945, 1958, 1983 y 1992. Cada uno de ellos tiene una importancia particular y pueden ser considerados crisis históricas. Porque si bien son originalmente políticas, su influencia, benéfica o no, se ha extendido sobre el conjunto de la sociedad venezolana; y de una forma u otra, los venezolanos de hoy somos como somos gracias a sus efectos.

El párrafo anterior plantea dos cuestiones a las cuales se puede dar una respuesta sintética que facilite su estudio posterior:

¿qué es lo típico de cada crisis? ¿Cómo somos hoy? La crisis de 1903 no señala solamente el fin de la Revolución Libertadora, sino sobre todo el fin de las guerras civiles, la entrada de Venezuela en el siglo de la paz. 1928 será el momento en que se ponga en cuestión, en los hechos más que en los planteamientos, la ideología liberal del gomecismo y del antigomecismo (*a plague on both your houses!*); y se le comienza a oponer su contrario, la ideología democrática. En 1936, Venezuela se libera, y hasta hoy, de sus dos miedos ancestrales: la tiranía y la guerra civil. 1945 señala el ingreso de dos nuevos actores: el ejército y el partido político. 1958 es no solamente una crisis natal de la democracia, sino también una crisis cultural. En 1983 se tambalea el modelo económico; y a partir de 1992 las instituciones cuarentonas.

En cuanto a la segunda de las cuestiones arriba señaladas, las respuestas que damos generalmente provocan disenso y hasta escándalo. Muy curiosamente, porque ellas se pueden interpretar positivamente. Pero si hay algún rasgo prominente de la idiosincrasia venezolana es la tendencia a la autodestrucción, la autofagia y como correlato, la autoconmiseración. Nada hay que disguste más a los habitantes de la «Tierra de Gracia» colombina que se les atribuyan cualidades y se les niegue en cambio éste o aquel defecto.

Por supuesto, esa es menos una actitud espontánea que inducida. El venezolano es un pueblo cuyas *élites* sociales y culturales (y no solamente políticas) se empeñan a diario en mostrarlo en sus peores momentos, situaciones y características. Y a un pueblo así no se le puede dar confianza, un pueblo así necesita un puño de hierro que lo controle y domine.

El estudio que sigue parte de una base diferente. El pueblo venezolano es, a finales de los años noventa del siglo veinte, un grupo social *pacífico* que se da el lujo de haber vivido un siglo sin guerras civiles; *sano*, que ha erradicado las epidemias mortales; *culto* por el acceso general a un mismo patrón cultural; *democrático*

Escaneado con CamScanner

desde hace sesenta años; y cuyos rasgos caracteriales, así como una cierta conciencia nacional, lo definen como *venezolano*, no sólo diferenciado de otras nacionalidades, sino también de los viejos localismos, de los antiguos particularismos regionales.

Las crisis que se analizan aquí tienen la característica común de serlo políticas. Ello no debe engañar a quien se proponga estudiarlas: es apenas la punta de un *iceberg*, porque los cambios que han producido van mucho más allá de ese ámbito. En verdad, nada significarían como estudio histórico si se olvidara la necesaria relación entre suceso y proceso: es un olvido que aquí se ha tratado de evitar.

Pero no se crea que con esto estamos cubriendo las vergüenzas que para un historiador de nuestros días, podría significar estarse ocupando de la historia política. Hace ya algún tiempo en que ese descrédito no tiene sentido, a raíz de las nuevas corrientes que plantean, frente a las descripciones de la historia política a las que tan contundentes golpes diera la escuela de los *Annales*, una nueva relación con el tema: se trata del análisis del hecho político, de *lo* político más que de *la* política. Y para hacerlo es, más que conveniente, necesario el asedio de tal hecho desde los más diversos ángulos del oficio, recurriendo a las más diversas ópticas y metodologías historiográficas.

Por lo demás, nada de lo aquí escrito es, ni puede ser definitivo; porque ningún análisis serio de un hecho histórico lo es; y porque nuestra intención con este libro no es cerrar un debate, sino por el contrario, contribuir a abrirlo.

Capítulo I
SOBRE EL CONCEPTO DE CRISIS HISTÓRICA

(1) IDEA PRINCIPAL
(2) IDEAS SECUNDARIAS
(3) SINTESIS
(4) ESQUEMA

Pocos términos gozan de una popularidad, un uso tan cotidiano y general, como la palabra crisis. Los políticos de oposición juran y perjuran que el país está en crisis, y peor aún, que vive la crisis más grave de su historia; para negarlo rotundamente si a la vuelta de la esquina, una elección o un golpe de estado los proyecta al poder: en ese caso, la crisis ha encontrado solución, y definitiva. En general, el lenguaje de los dirigentes políticos y, siguiendo su vera, el de los periodistas, suele ser catastrofista: por eso la palabra crisis va y vuelve en sus bocas y en sus plumas, siempre con una connotación apocalíptica: son trompetas que anuncian el Juicio Final.

Pero eso no se queda allí: desde la dueña de casa que no logra estirar el ingreso familiar hasta fin de mes, hasta el enamorado al cual el repetido incumplimiento de una cita le hace comprender que su relación se termina, pasando por el adolescente que comienza el proceso que lo llevará a la madurez, hasta el partido político que ve reducirse su electorado y desertar sus dirigentes más conspicuos, todos hablan de crisis.

De lo anterior se desprende que, al significar todo, lo más posible es que el término no signifique nada. Por ello, no le falta ra-

Escaneado con CamScanner

zón a quienes piensan que *crisis* sea un término vulgar que busca, por regla general sin fruto, ser considerado científico. Por otra parte, que en el habla popular donde es tan frecuente, la palabra crisis nunca anuncia nada bueno.

Es por eso necesario, si se ha de emplear el concepto de crisis en el análisis de fenómenos y situaciones históricas, precisar en primer lugar los límites de sus significados; y en segundo lugar, despojarlo de su carga catastrófica, aclarando que sus resultados pueden ser por igual positivos o negativos, que eso nunca se puede saber *a priori*. Para lo primero, se debe hacer una relación histórica del significado de la palabra crisis; para lo segundo, precisar el concepto de *crisis histórica*.

Hay que comenzar diciendo que la palabra *crisis* proviene del vocabulario médico, y que es a partir de allí de donde ha pasado a la lengua corriente; en el desarrollo de una enfermedad cualquiera se presenta siempre un momento, así llamado, a partir del cual el enfermo se cura o se muere, pero ya no volverá a ser el mismo: la convalecencia es un proceso que lo llevará a superar su enfermedad; o el empeoramiento lo llevará al éxito letal, pero en ninguno de los dos casos continuará siendo un enfermo. De todas formas, sea el enfermo individual o social, se debe hacer un diagnóstico, se debe precisar su estado en el momento de la crisis, y describirla ella misma.[1]

Comenzaremos entonces diciendo que de las diversas acepciones del término crisis en el terreno social, la más inclusiva sea esa de momento decisivo de la sociedad o de la conciencia. Ella está siempre ligada a un juicio, a una escogencia y también a un cambio.[2] En verdad, como lo constató Jacob Burckhardt en su trabajo clásico sobre el tema, es más habitual encontrar la descripción de una *crisis* que la definición de *la* crisis, y prefiere hablar de ellas en plural: *las crisis*.[3]

Aunque en la actualidad el término tenga casi siempre una connotación económica, existen en aquellas descripciones una dimensión política, militar, demográfica, y en su sentidos lato y restrictivo, cultural y social.

¿Puede haber una dimensión que las generalice y englobe? Es aquí donde se puede proponer el empleo, previos afinamiento y adaptación, del concepto de *crisis histórica*. Es lo que se intenta en este capítulo, dividido en tres partes. Una primera donde se busca una conceptualización de la crisis, centrada en su definición, su momento y su dimensión. En la segunda parte se intentará una posible descripción de sus rasgos definidores, proponiendo algunos para adaptar el concepto al caso venezolano. En tercer lugar, se intentará una definición del venezolano de hoy, es decir, cómo ha sido hecho por los diferentes procesos señalados por las crisis que se estudiarán seguidamente.

1. Cuando se le busca una definición se encontrará siempre el término ligado a tres ideas: la de discernimiento, la de culminación y, como se ha dicho antes, la de catástrofe. Lo primero proviene de su misma etimología, donde aparecen a su vez los siguientes significados: a) Poder de discernimiento, escogencia, selección. En cierto sentido, el estallido de una crisis apela a la madurez de quien la experimenta: no puede confiarse a una voluntad heterónoma, no puede esperar que la solución le venga de afuera, o de arriba. Y aún cuando recurra a ella, lo hará necesariamente por un acto de su voluntad. b) Una decisión, una disputa, un juicio, incluyendo de esto último su sentido legal; pero también, y esto resulta muy importante, en el ámbito intelectual: de allí proviene la *crítica* la cual suele ser un juicio y a menudo una disputa, sobre una obra o una tendencia literaria o artística. c) El acontecimiento o la salida de una cosa a ser decidida: una guerra, por ejemplo.[4]

En segundo lugar, viene envuelto en su significado la idea de punto culminante, de una vertiente y del cambio de una situación a otra que será su opuesta. Es aquí donde la palabra «crisis» vuelve

Escaneado con CamScanner

a su origen: es así como se la emplea en medicina. En tercer lugar, el término se encuentra, en su etimología, ligado a una situación peligrosa.

Durante muchísimo tiempo, la palabra no salió del campo médico, y sólo a partir del siglo XVIII se comienza a darle las connotaciones de tipo social que hoy tiene. A finales de ese siglo, Tom Paine escribió en *The American Crisis*, su periódico, que los de la crisis son tiempos que tiemplan el alma de los hombres.

No es casual que haya sido en tal siglo que el significado de crisis trascendió el lenguaje de la medicina. El derrumbe del *Ancien Régime* había sido precipitado por la Revolución Francesa, la Revolución Norteamericana y rematado luego por la Revolución Industrial. Para los que veían caer con tal rapidez un mundo que creían inconmovible durante tantísimos siglos, parecía evidente que el mundo, la sociedad, estaban enfermos. Y esa enfermedad había llegado a un punto en que su solución –para salvación o para muerte, pero sobre todo para esto último–, la anunciaban estos tiempos calamitosos, catastróficos: estos tiempos de crisis.

Con todo, por mucho que se tuviese la premonición de que muchos y más profundos cambios se situaban en el porvenir, no se encuentra, entre los primeros que se ocupan de la historia de las sociedades, un estudio de las implicaciones de la crisis, ni tampoco de sus significados. Pero a partir de cierto momento, los economistas comenzaron a usarla.

No se podría precisar con mucha exactitud cuándo se da ese *momento*. Pero sí se pueden decir dos cosas. Una, que son los economistas quienes primero comienzan a verla como algo normal y de ineluctable recurrencia: se trata entonces del «ciclo de los negocios».

Sin que se libere por eso al término de su carga catastrófica (pues las crisis económicas son épocas de ruina, desempleo, caída de los precios), se comienza de todas formas a verlas como algo

normal y en cierto modo previsible, si bien no curable. En verdad, el término comenzaba a designar el lapso necesario para que una economía «enferma» dejase de serlo y pasase a ser una economía sana. Y casi de inmediato se llegó al siguiente estadio: pensar que lo uno era condición de lo otro. Es lo que escribió Clément Juglar en *Les Crises commerciales et leur retour périodique en France*: que la única causa de la depresión era la prosperidad.

La otra cosa a decir es que es normal que, de la economía, el término haya pasado al conjunto de los hechos o fenómenos sociales. Porque se va tomando conciencia de que todos los problemas sociales tienen su origen en la economía. Y porque, además, el desarrollo del capitalismo ha hecho que esta instancia, que hasta entonces, por muy determinante que pudiera ser (entre otros a los ojos de los marxistas) no era siempre la instancia dominante, pasase a serlo. Porque una vez que el capitalismo enterró las viejas ilusiones religiosas, la instancia ideológica dejó de ser la dominante, para ceder el sitio a la instancia económica. Hoy se actúa, como siempre, en términos económicos, pero además, se piensa en ellos. Por eso, el término crisis saltó de la economía a la sociedad y al de la psicología individual, así como antes había pasado de la medicina a la economía.

Marx tomó la existencia de las crisis en economía como algo intrínseco a la economía capitalista, en la cual esas crisis se harían paulatinamente más y más destructivas, hasta llegar a esa crisis generalizada que marcaría el derrumbe de la vieja sociedad y el advenimiento de otra diferente, la sociedad comunista. En Marx el término está demasiado cargado de ambigüedades, lo que ha dado lugar a interpretaciones muy diferentes de sus discípulos, de sus diversas escuelas.

Sin embargo, nombrar a Marx en relación con el concepto de crisis, lleva a encontrarse con otra idea, la del momento de la crisis. Porque en él, la crisis está ligada a la idea de recurrencia, pero

Escaneado con CamScanner

este último significado es posiblemente muy anterior. En general, que se emplease o no el término crisis, su despliegue siempre fue unido en una forma u otra a la idea de recurrencia. Para San Agustín, la historia humana se desarrollaría luego de la pérdida del Paraíso, en torno a dos momentos culminantes que podemos asimilar muy bien al concepto de crisis que intentamos manejar ahora: la llegada de Cristo y la segunda llegada que si bien se sitúa en un futuro indeterminado (aunque para él parecía ser bastante próximo), culmina con otro de los significados que trae consigo el término con un juicio, el Juicio Final.

Igual cosa puede decirse de otras concepciones del desarrollo histórico que de una forma u otra, proponen procesos que pueden asimilarse al concepto de crisis que estamos empleando, pero particularmente al momento de ella. Para Vico, esas crisis serían el momento del *corso e ricorso*, cada vez que una nueva ocasión se presenta, o se hace necesaria, de buscar una nueva oportunidad, o una nueva alianza, para el hombre y su historia. Para Maquiavelo igual cosa sucede, si bien su idea es muy pesimista: los ciclos de la historia humana son degenerativos. En cambio, se podría decir que la de Hegel es todo lo contrario: el despliegue del Espíritu Absoluto, la autoconciencia de la libertad, se van dando en sucesivos momentos, en sucesivas crisis, que hacen subir un peldaño más a la humanidad hacia el fin de la historia.[5]

También, al analizar su momento, ella se encuentra por lo general ligada a la idea de progreso, de evolución, de cambio. Pero esas tres significaciones no se confunden. Si bien siempre se percibe en la salida de una crisis un mejoramiento en relación con su estallido, las consecuencias no tienen por qué ser beneficiosas, ser progresistas. Es así como las revoluciones suelen desembocar en la guerra civil y llevar a los países donde estallan a situaciones peores a las que se creía corregir después de su eclosión y gracias a ella: es el caso de Venezuela después de 1810.

En lo concerniente a la dimensión de la crisis, debe discernirse si ella tiene carácter parcial o total, coyuntural y estructural. Si a partir de Marx el concepto se relaciona con la economía, por allí mismo se suele poner el acento en su carácter cíclico. Pero aquí conviene subrayar que Marx mismo señala la dimensión política e ideológica de la crisis. Es más, la dimensión política de la crisis va a ser desarrollada hasta convertirse en el centro de la teoría marxista de la crisis, con Lenin y su «ley de todas las revoluciones», y muy particularmente con su idea de que a partir de 1917 se vivía la época de «crisis general» del sistema capitalista.

En otras palabras, que así como para Marx las crisis económicas, amén de cíclicas, eran ascendentes, siempre una superando en amplitud a la otra; para Lenin eso derivaba hacia la dimensión política: hasta 1989 fue un dogma del marxismo y del leninismo la tesis de que el capitalismo vivía sus últimos momentos, mortalmente herido por el golpe que al sistema mundial se había propinado en octubre de 1917.

Pero acaso más importante que la anterior, es su dimensión ideológica. En todo caso, cada vez que se producen, se sacude también el entero edificio de las creencias, prejuicios y principios. En una palabra, se puede decir que toda crisis sea en lo fundamental una «crisis de creencia».

2. Todo el desarrollo anterior plantea una serie de problemas, como son entre otros la existencia de diferentes tipos de crisis: falsas y verdaderas, grandes y pequeñas, únicas o repetibles sin hablar de su muy habitual si no inevitable entrecruzamiento. Y en todas esas condiciones, ¿dónde se sitúa el punto culminante? ¿Es la crisis súbita o prolongada? Y sobre todo, la pregunta de todas las preguntas: ¿es la crisis buena o mala? De ser una u otra cosa ¿sobre la base de qué criterios? ¿Económicos, políticos, sociales, culturales, éticos?

Escaneado con CamScanner

Tal vez la mejor manera de encontrar una solución a todos los problemas que presenta la definición de la idea que estamos estudiando, sea remitirse al concepto más preciso (al menos en apariencia) de *crisis histórica*. El cual se debe a Jacob Burckhardt, el gran historiador suizo del Renacimiento italiano, en su libro *Reflexiones sobre la historia universal*, donde intenta una metodización de sus trabajos históricos y, en un largo capítulo (cuyos planteamientos fundamentales se glosarán y comentarán en los párrafos siguientes) plantea sus rasgos generales y busca una descripción de *las crisis*.[6]

Para comenzar, debe decirse que por mucho que se puedan acumular rasgos definidores, la crisis está ligada de una forma u otra a la idea de cambio. Sin embargo, la recíproca no es verdadera, y los cambios pueden darse en ausencia de una crisis. Por eso es que no tiene mucho sentido la idea de «crisis prolongada» para caracterizar un proceso de mutaciones, porque equivaldría a decir que los cambios producen cambios. En todo caso, lo primero y acaso lo más importante a decir es que la idea de crisis se liga, y siempre debería ligarse, a una previa definición de normalidad y anormalidad, porque es el paso de lo primero a lo segundo. Sin eso, no hay crisis.

La crisis se presenta súbitamente. Esto contradice la idea de «crisis prolongada» así como la idea leniniana de «crisis general». Es algo que vamos a encontrar siempre en el estudio de las venezolanas, y es por lo tanto uno de los rasgos acaso más susceptibles de generalización. La crisis siempre es sorpresiva, y lo es en sus rasgos fundamentales.

Puede suceder que se venga anunciando una crisis y sin embargo, sorprenda a quienes con mayor insistencia lo hicieron, sea por su fuerza, sea por los actores o elementos desencadenantes inesperados, sea por sus derivaciones también inesperadas. Un ejemplo extraído de la historia venezolana del siglo veinte puede aclarar esto: se trata de 1903, crisis modélica si las hay.

Con la batalla de Ciudad Bolívar, todo el mundo esperaba que estallase la crisis y que ella señalara el fin de la Revolución Libertadora, cuyo jefe la había declarado derrotada y disuelta pocas semanas antes. Pero lo sorpresivo fue otra cosa: que allí no se terminara *una* guerra, sino *la* guerra venezolana.

Existen, por lo demás, diversos tipos de crisis: las hay parciales, las hay totales. Hay crisis diversas y crisis únicas, aunque esto contradiga la idea de su recurrencia, de que existan «crisis cíclicas». Pero hay algo sobre lo cual Burckhardt insiste, y que llama mucho la atención: no hay crisis sin solución, y en todo caso sin búsqueda de una solución. Pensamos que lo diga por la sencilla razón de que ninguna sociedad puede caminar siempre sobre el filo de la navaja; a menos que convierta esto en una nueva normalidad que a su vez habrá de resolver otra crisis.

Tampoco se puede determinar *a priori* si una crisis es buena o mala. Por lo tanto, cualquier pronunciamiento debe partir de su descripción. Es por eso que conviene hablar de ellas en plural, y emplear siempre, tácita o expresamente, la comparación entre dos momentos, dos situaciones. Sin embargo, no se puede dejar de lado el hecho de que al describir las crisis ellas pueden aparecer como sinónimos de procesos bastante diversos, diferentes. Por ejemplo, para Burckhardt las crisis primitivas lo eran de poblamiento, migraciones. Y la guerra, por su parte, es también una crisis.

Hay una proposición de Burckhardt que resulta cuando menos curiosa. Él dice que las crisis verdaderas se producen cuando se entra en la era del dominio de las masas y cuando hay un intento real de cambio. Si esto último es comprensible, lo extraño en lo primero es que sus ejemplos los extrajera de la historia romana. Burckhardt no vivió en el siglo veinte, donde el dominio de las masas ha presidido en efecto las crisis históricas.

De todas formas, él insiste en lo primero: si bien las crisis verdaderas son raras, ellas pueden prevenirse, pero el hombre se sien-

Escaneado con CamScanner

te siempre arrastrado por las corrientes de grandes cambios periódicos. Al leer esto, uno no puede dejar de preguntarse si esa tendencia juega en un solo sentido, porque siempre está contrarrestada por la resistencia al cambio.

Como sea, la extensión de la crisis llega a sus límites extremos por un vago sentimiento de cambio generalizado. Eso hace entonces que en su movimiento tomen parte todos los que quieren, por una causa u otra, que las cosas cambien de rumbo. Por eso (y se puede constatar acudiendo al ejemplo venezolano) vemos en esos momentos tal aparente confusión: parecen borrarse las fronteras entre izquierdas y derechas, entre clases e ideologías, y se puede ver cómo corrientes e individualidades disímiles, hasta entonces enfrentadas, se unen en una misma búsqueda del cambio. Es así como entra en fermento lo que Burckhardt llama «todo el resto de la vida».

En las crisis hay un paso de la obediencia a la desobediencia, o viceversa. Son procesos de exageración, desilusión, intervención extranjera (militarismo), estancamiento y apatía que abre la puerta al despotismo (cesarismo): es lo que se puede apreciar muy claramente en la crisis venezolana de 1903. Finalmente, hay siempre un lado bueno en toda crisis histórica: ella barre con una serie de formas de vida que subsisten o sobreviven sin justificación.

Hasta aquí el planteamiento de Burckhardt y las consideraciones que nos merece. Pero hay una más general y que salta a la vista: si hemos de esperar a que todas esas condiciones se den para decir que se ha producido una crisis histórica, tendría que llegarse a la conclusión de que en toda la historia venezolana sólo ha habido una: el Descubrimiento de la «Tierra de Gracia» en 1498.

Y sin embargo, constatamos que en la historia se han producido verdaderas crisis históricas, que han llevado al país a su situación presente, con todas las connotaciones positivas y negativas que decir esto pueda tener: es lo que veremos en el análisis de las que han sacudido nuestro siglo veinte. Por lo tanto, conviene proponer un

condicionamiento más reducido para ubicar las puntas críticas de los procesos que han hecho cambiar la sociedad venezolana.

La frase anterior no ha sido escrita al azar. La crisis no es más que la manifestación instantánea, sorpresiva y violenta de procesos que se han venido incubando en las sociedades a través de los años, y en ocasiones de los siglos, y que se proyectan también, quién sabe por cuántos años, hacia el futuro.

¿Desde cuándo? Aquí entramos en una consideración de mucha importancia desde el punto de vista metodológico. Fernand Braudel desarrolló para el estudio de la historia la noción de *longue durée.*[7] Si vamos a tomarla en su más estricto sentido, toda nuestra historia cabe en uno solo de esos períodos; y si nos proponemos el análisis de un solo siglo de los cinco de nuestra historia a partir del Descubrimiento, debemos concluir que todo se sitúa en la *courte dureé.* Por eso, no tiene mucho sentido señalar su presencia si no es como la punta de un proceso cuya profundidad sólo puede conocerse al paso de los años; y cuyo carácter irreversible sólo podemos intuir por el momento.

Por otra parte, las crisis a que nos hemos de referir en este estudio tienen una característica común: cualquiera que sea la forma que tome cada una, es siempre una crisis política. Si nos fuéramos a reducir a su momento y a su simple descripción, nos quedaríamos en el terreno narrativo, y en la historia como recuento de hechos puntuales, como historia de *la* política. Pero, y es lo que intentamos, si vemos el hecho político como la más evidente manifestación de procesos más largos y profundos, pasados pero posiblemente futuros, el planteamiento es diferente: lo que se pretende es el análisis de lo político.

Es solamente aclarado esto, que se pueden proponer una serie de características para definir lo que, en el contexto venezolano podrían considerarse crisis históricas. Sin pretender que ellas estén completas, ni tampoco que se le pueda negar ese carácter al

Escaneado con CamScanner

momento, la situación que no las contengan en su totalidad, propondremos, para iniciar el estudio de las crisis de la Venezuela contemporánea, cinco condiciones de lo que pudiera llamarse una crisis modélica.

a) *Se trata de un momento crucial.* A partir de allí, la historia venezolana se divide en un antes y un después, y así la crisis pueda parecer parcial, sus consecuencias se extenderán de una forma u otra al conjunto de la sociedad, y se prolongarán en el tiempo. Así, por ejemplo, es imposible comprender la crisis de 1903 si no se parte del momento presente para constatar que lo logrado allí se prolonga hasta hoy: la paz, la ausencia de guerras civiles.

b) *Es el paso de una situación de normalidad a una de anormalidad.* En el caso de la guerra, la anormalidad es la llegada de la paz (lo que en uno de los capítulos se llama «el estallido de la paz»). En el caso de la democracia, la normalidad es la tiranía, y la nueva situación debe considerarse anormal hasta que ella misma derive en normalidad. Es decir, cuando se disipe el miedo del regreso de la antigua normalidad, cuando se viva la nueva sin darse cuenta, como un hecho cotidiano sobre el cual no vale la pena llamar la atención.

c) *Para que una crisis pueda considerarse tal, es necesario que los cambios que produzca se revelen irreversibles.* Esto es lo más difícil de establecer, porque el mayor de los cambios producidos en la historia contemporánea no llega, en el momento de escribir estas páginas, a un siglo de existencia. Pese a las dudas que normalmente puedan presentarse, sí es posible percibir o cuando menos intuir la irreversibilidad de algún o algunos de los cambios: la crisis de las instituciones a partir de 1992 ha servido para adquirir conciencia de que el hecho de no haber responsabilidad política en un régimen presidencialista no quiere decir que no pueda caer antes de su término sin por ello subvertir el orden institucional. Ése es el tipo de conciencia que resulta difícil revertir.

d) *La cuarta condición es la ubicabilidad temporal de la crisis.* Tal o cual crisis no se produjo «tal vez en noviembre o en febrero», sino el 18 de octubre de 1945 y el 23 de enero de 1958. De otra manera no sería crisis: la apendicitis se hace crítica, aguda, de una sola vez.

e) *Finalmente, las crisis que vamos a estudiar son parciales,* sobre todo por lo dicho más arriba, que se trata de crisis políticas. Pero eso no quiere decir que se queden allí, en esa manifestación perceptible de su estallido. Para ser tales, ellas inciden sobre el conjunto del desarrollo social y entonces aparecen sus diversas faces, abiertas o escondidas. Por lo tanto, se puede decir de ellas que son *profundas* y *estructurales.*

3. Si la parte final de este capítulo está destinada a proponer una caracterización del venezolano de hoy, es por lo que de una forma u otra se ha repetido en las páginas anteriores: que lo primero a hacer para comprender una crisis es proceder a una comparación. En primer lugar, entre la situación anterior al momento de la crisis, y la que le sigue de inmediato y en un período más largo. Pero no es sólo eso: es necesario situarse en el presente, para ver cómo los diversos procesos expresados a través de las sucesivas crisis que estudiamos, han diseñado, han conformado, la Venezuela contemporánea.

Y aquí caemos como una cosa muy natural en lo otro que propone el título de este trabajo: ¿Qué cosa podemos considerar *contemporánea* en la historia de Venezuela? ¿A partir de cuándo entramos en la contemporaneidad? Y más generalmente, ¿qué cosa es la contemporaneidad? Aquí ingresamos en una discusión que ha dado pan y alegría a muchas generaciones de historiadores; y no sería extraño que a los especialistas les viniese la tentación de saltar estos párrafos en lo cual suelen relacionarse una descripción y una actitud de desconfianza. Los manuales europeos y por supuesto

Escaneado con CamScanner

los latinoamericanos, consideran la «época contemporánea» como el segmento más cercano de la Edad Moderna, aquella cuyos grandes picos son el Renacimiento, el Descubrimiento de América, la Reforma y la Revolución Francesa.

Dentro de ella, la Época Contemporánea de la historia universal sería la que arranca en 1815, con el Congreso de Viena. En general, durante un buen tiempo se ha tendido a desconfiar del historiador que se atreve a adentrarse en las épocas más cercanas y peor aún, a su propio presente histórico, por considerar que de lo que trate no sea historia, sino política. Ésta es una controversia que sale del límite de este trabajo, pero no es ocioso recordar la experiencia del gran historiador francés Marc Bloch, y que cuenta en su *Apologie pour l'histoire*: recién graduado, en los años treinta de este siglo, fue a dar clases en un liceo de provincia, en el límite exacto entre la Francia católica y la hugonote. El director del liceo le previno de que si bien podía tratar sin problemas incluso un período tan cercano como la guerra del 14, en cambio debía andarse con pies de plomo al estudiar las guerras de religión: ¡era más explosivo un tema de hace cinco siglos que otro de hacía pocos años!

Frente a esa idea más o menos clásica de la historia contemporánea, en los años setenta el historiador inglés Geoffrey Barraclough propuso llamar «Historia Contemporánea» al período que arranca en 1961, por considerar que se trata de una etapa de la historia humana con características muy particulares; que se trata de uno de esos momentos donde se imponen en la historia los elementos de ruptura sobre los de continuidad; donde se puede hablar realmente de un mundo nuevo.[8]

Idea que remata al decir que un hombre que cumplió veinte años en 1950 se parece mucho más a sus abuelos de principios de siglo que a su hijo que cumplió esos veinte años en 1970. Hemos hecho nuestra esa interesante idea, que se puede aplicar con bastante cabalidad a la historia venezolana: los años sesenta produjeron aquí también un remezón que nos ha convertido en un país diferente, muy diferente del que existía hasta entonces.

Eso puede parecer contradictorio con el hecho de que comencemos en 1903 el estudio de la Venezuela contemporánea. Pero no lo es si insistimos en la relación entre crisis y proceso. Lo que estalló en los años sesenta no encontró un terreno vacío, una Venezuela que fuese algo así como un limpio pizarrón donde se pudiese escribir la nueva historia: era ya un país que había pasado por una serie de procesos, una serie de cambios que lo habían hecho apto para recibir los novísimos que se presentaron en ese momento: era, entre otras cosas, un país pacífico y democrático.

Como sea, al final de los años noventa encontramos un tipo de venezolano con características sociales bastante definidas. Ellas no son, como en ningún pueblo, permanentes: no siempre será así, y no siempre ha sido así. Es, podríamos decir, el retrato hablado de un pueblo en un momento determinado de su historia, lo que muy posiblemente signifique que entraremos con ellas al siglo veintiuno: se trata de un pueblo pacífico, sano, culto, democrático y definitivamente venezolano.

Pacífico: cada vez que hemos caracterizado de esa forma al venezolano de hoy, se nos salta encima con un montón de estadísticas. Que si Caracas es una de las ciudades más violentas del mundo; que si aquí se cometen casi tantos homicidios como en New York. Todo eso puede ser cierto, pero la verdadera razón para que se reaccione de esa manera reside en que en el subconsciente colectivo dormita el invencible culto del macho: pacífico se traduce como cobarde, y como femenino. En lo que nos concierne, eso significa en primer lugar ausencia de guerra. Como lo cotidiano no llama la atención, los venezolanos no se dan cuenta de vivir en un país excepcional: un país que ya lleva casi un siglo sin guerra.

De todas formas, aceptemos las protestas, para evitar una larga discusión sobre el significado de la paz y de lo pacífico. Conviene

Escaneado con CamScanner

precisar entonces que de lo que se habla es de la relación del venezolano con la violencia, o sea, de dos diferentes maneras de aproximarse a ella. El siglo veinte venezolano señaló el paso de una violencia sistemática y relativamente aceptada, a una violencia asistemática y rechazada, el paso de la violencia guerrera a las diversas violencias de la paz. Hasta 1903 en los hechos, y a partir de 1936 en la conciencia, la guerra era la respuesta política no sólo habitual, sino por lo general única. Política y guerra eran sinónimos.[9]

Cierto, no es que en el siglo pasado la guerra fuese una actividad legal; pero como por regla general, el gobierno siempre provenía de una, se podía esgrimir como argumento para alzarse, esa ilegitimidad originaria. Si la guerra era una actividad ilegal, nadie la consideraba una actividad ilegítima, mucho menos inmoral. Hasta fines del siglo pasado, se podía escuchar algún general dolerse de que se sospechase, se descreyese de su adhesión a éste o aquel gobierno liberal, él que llevaba en la cara, como orgullosa medalla, la cicatriz dejada «por una bala goda». ¿Imaginaríamos hoy a un candidato a una elección cualquiera jactarse de sus muertos y de sus cicatrices, de sus tiroteos y de sus asaltos, jactarse de llevar en la cara una bala «adeca» o «copeyana»?

Cuando Joaquín Crespo se alza contra Rojas Paúl en una intentona vencida con facilidad, no sólo se le recibe con todos los honores en La Rotunda sino que allí va a visitarlo el propio Presidente de la República. La visita de Rojas Paúl no sólo fue una fórmula de cortesía del vencedor hacia el vencido, sino que tenía por objeto, además de ofrecerle la libertad, proponerle comprar para el gobierno el parque que Crespo había adquirido para la revolución; y que se le había quedado frío al rendirse.

A todo eso se podría objetar que muerto es muerto, y que muerto en campaña o muerto en un atraco, el cariño es el mismo. Pero a los «choros» que cada semana se empeñan en alargar la lista de los cadáveres descalzos en los barrios de Caracas, nadie los exalta, no

tienen seguidores en el Parlamento. Es más, ni siquiera la mayoría de las veces se conocen sus nombres, como no sea en el momento de entrar en la estadística de la morgue; y en muchos casos ni eso, porque o bien son indocumentados o bien portan una identidad falsa. La suya puede ser una violencia cotidiana, rutinaria, pero no es sistemática, organizada, metódica, planificada como suele serlo una guerra.

Ese cambio de actitud terminará reflejándose en el discurso político, y en la letra de la ley. Al desembarcar en Palmasola en 1859, el futuro Mariscal Juan Crisóstomo Falcón proclama despreciar a quien tiene la guerra como profesión, y se declara, simplemente, un «ciudadano armado».[10] Pero a partir de 1903, no sólo con la batalla de Ciudad Bolívar que pone fin a las guerras civiles, sino con el decreto que crea la Academia Militar, el discurso cambia. Ahora de lo que se trata es de crear un ejército profesional. Se separan definitivamente los términos «ciudadano» y «armado»: así, en las constituciones se asegura la no siempre cumplida libertad de reunión a condición de que sea «pacífica y sin armas»; y, al mismo tiempo, se inscribe la disposición de que el ejército, nacional y no personal, sea una institución «obediente y no deliberante». Aunque lo preceda en las fechas, ese cambio de actitud estará ligado, y en todo caso será reforzado, para darle la dureza de la piedra (ésta no es un figura literaria, sino que alude a la realidad de los muros, carcelarios o simplemente habitacionales) con la urbanización cada día más acelerada y aplastante del venezolano.

Porque si bien sería una exageración decir que ciudad y paz sean sinónimos, en cambio durante miles de años lo fueron campo y guerra. En efecto, los ejércitos entran en campaña, establecen campamentos, sitian las ciudades; hasta este siglo, en Venezuela se peleaba montado a caballo, y recordemos que ya en plena guerra de independencia, José Antonio Páez se niega a pasar de Calabozo para venirse al centro porque sus caballos no estaban herrados y

Escaneado con CamScanner

por lo tanto no podían andar en regiones escarpadas. Hoy, la mayoría de los cambios en las actitudes del venezolano, y en su mentalidad, proviene de este paso del campo a la ciudad, de esta acelerada movilización social horizontal. No es tan sólo la actitud frente a la violencia que cambia, sino que hay un cambio de actitud frente al hecho mismo de la muerte. Es cierto que, como dice la expresión popular, menos macabra que cursi, todos somos hijos de la muerte. Pero mientras que en el venezolano del campo en el siglo XIX, ella era la regla y no la excepción, en este siglo, sobre todo a partir de la muerte de Gómez, comienza a ser lo contrario.

Ante los problemas que en todo el mundo trae esa situación hay quien comience a hablar de superpoblación, y puede que no falte el cínico que añore una guerra para restablecer el equilibrio entre la natalidad y la mortalidad, pero eso no pasará de ser un voto impío: hoy por hoy, el venezolano no es un pueblo guerrero.

Sano. Ésta es una proposición que enfrenta a otra de las *idées reçues* más caras al venezolano. ¿Cómo se puede hablar en esos términos en un país que experimenta tal estado de deterioro de los hospitales y en general, de toda la salud pública? ¿Es o no cierto que, en los años ochenta, como lo comprueban las más serias estadísticas, entre otras cosas la salud del venezolano se vino abajo?[11]

Eso es cierto, y sin embargo no lo es menos que gracias a la extensión de la sanidad, pero sobre todo a las mayores facilidades que la concentración urbana da para la aplicación de una política de salud pública, ahora el venezolano vive más tiempo. En primer lugar por el más simple y normal egoísmo que hace que, en todas las grandes ciudades, las clases altas se preocupen por combatir las enfermedades epidémicas así como las originadas por el desaseo, no por altruismo sino por el muy egoísta temor del contagio. La esperanza de vida del venezolano se ha alargado, y pese a todas las violencias de hecho y de derecho, actuales y posibles, hoy los venezolanos son más, y también viven más.

Pero no es sólo eso, sino que su salud ha mejorado, con las campañas sanitarias y la aparición de las drogas milagrosas; que estadísticamente han hecho desaparecer el paludismo, el cólera y la tuberculosis. ¿Desaparecidas? ¿Y cómo calificar entonces las alarmantes noticias publicadas que aparecen constantemente y que señalan brotes de esas enfermedades renovadas?

Eso es cierto, pero no lo es menos que son eso: brotes. Y el escándalo que se forma a su alrededor, y las emergencias que se declaran cada vez que aparecen, sólo indican una cosa: que no se trata de un fenómeno cotidiano, sino extraordinario, porque de otra manera no preocuparía a la prensa: ¿acaso es motivo de inquietud o de escándalo la incidencia del cáncer entre los venezolanos? Y a propósito, se nos dirá, ¿cómo se puede hablar de una pueblo «sano» cuando sus primeras causas de muerte son el infarto y el cáncer? Pues por eso: aunque se dé (es raro, pero es un hecho), el cáncer en los niños; y también casos de presión arterial elevada; tanto el uno como el otro son enfermedades de viejo. Y no es lo mismo morir a los doce años en San Fernando de Atabapo de un «cólico miserere» que hacerlo a los ochenta y cinco años en un hospital caraqueño.

Culto. En la Venezuela de 1945 había apenas dos universidades y diez liceos: hoy, cerca de medio millón de venezolanos ha pasado por los institutos de educación superior que no andan muy lejos del centenar. Se objeta el pésimo nivel de la educación que allí se recibe, y por otra parte, que la situación económica y la crisis del sistema educativo hayan reducido las posibilidades de acceso a la enseñanza. No obstante, el hecho queda, de la gran cantidad de venezolanos que han recibido una formación superior.

Sin embargo, no es a esa realidad incontestable a que se refiere el calificativo de «culto» aplicado al pueblo venezolano, ni mucho menos se pretende aquí que prefiera en su mayoría escuchar *La Damnation de Faust* a jugar una partida de dominó. Lo que se

Escaneado con CamScanner

quiere destacar aquí es que hoy todos los venezolanos tienen acceso al mismo tipo de cultura, que existe una homogeneización cultural: no existe un habla de los señores y otra de los siervos; no existe una alimentación de los pobres y otra de los ricos (salvo, como es normal, en la calidad); no existe ni siquiera una diferencia notable en el vestir: los jóvenes ricos visten deliberados harapos. Tampoco hay diferencias regionales; ya no hay un habla caraqueña y otra del interior; ni vestimenta, ni comidas diferentes para el caraqueño y el provinciano.

Democrático. Cada vez que se hace una encuesta y se les pide que digan bajo qué régimen prefieren vivir, los venezolanos responden: «bajo un régimen democrático». Y sin embargo, muchísimas de esas gentes se pronuncian a la vez por una solución de fuerza y hasta por una «dictadura buena»; pero cuando se les sugiere caracterizarla, no dibujan nada muy alejado de un régimen democrático.

Sin embargo, no es a eso que se refiere el calificativo de *democrático* aplicado al pueblo venezolano. La democracia es menos un conjunto de instituciones gubernativas que un hábito mental y un género de vida; es por lo tanto menos un asunto del gobierno que de la sociedad. La democracia existe desde el momento en que el pueblo desarrolla y conserva la capacidad y sobre todo la voluntad de cuestionarla. La libertad de expresión trasciende así de la condición de un derecho constitucional respetado o irrespetado según el caso por los gobiernos, para mostrarse, asentada en la sociedad, sobre todo como voluntad de expresar la crítica. Ningún gobierno la recibe con agrado; todos intentan no sólo combatirla argumentalmente, sino cercenarla, coartarla por todos los medios posibles, algunos abiertos, otros más sutiles. Es por eso que se puede decir que todo gobierno es autoritario. Por eso también, la diferencia entre ambas situaciones no está en ellos, en su intrínseca realidad autoritaria, sino en

la percepción por el ciudadano de su propio combate y de su propio derecho como deber.

No es infrecuente que, puestos a echar números y, como se dice, pelo a pelo, un gobierno democrático llegue a exhibir como triste condecoración más presos, más apaleados o más muertos que una dictadura. Eso es porque llegado un momento, la tiranía no necesita ejercer la coerción física para ser obedecida: con la sola amenaza de emplearla, logra paralizar la sociedad. No se trata entonces de que amordace para impedir la palabra, sino que castra para doblegar la voluntad de decirla. Es por eso que el derrocamiento de una dictadura es menos la caída de un gobierno que la liberación de ese terror difuso e impalpable. Es por eso que luego de abierta, sea tan difícil regresar el genio popular a la botella que lo encerraba. Es por eso, también, que la democracia es menos un conjunto de instituciones gubernativas, elecciones, partidos políticos, prensa libre que esa liberación del miedo.

La democracia no comienza cuando debuta la serie de gobiernos democráticos, sino desde el momento en que se pierde el miedo a expresar la voluntad popular. En tales condiciones, si hay que señalar un momento preciso para el inicio de nuestra democracia, la escogencia debería ser el 14 de febrero de 1936. Cierto, aquello ya se había producido antes, en el carnaval de 1928; pero eso se quedó reducido en buena parte a una *élite* intelectual y sobre todo, porque veinte años de tiranía habían creado y lograron mantener reflejos de obediencia y terror todavía demasiado grandes, demasiado paralizantes.

Es así como después de 1928 regresó el terror a depositarse como una pesada lápida sobre el coraje de los venezolanos. En cambio, en 1936, la marejada popular le dio su sanción definitiva a esa actitud, a esa pérdida del miedo. Y en tal forma, que el retroceso que significó la dictadura de Pérez Jiménez no pasó de cinco años en su fase más brutal: del golpe de estado de diciembre de

Escaneado con CamScanner

1952 para desconocer esa voluntad popular, al 23 de enero de 1958 en que ella se manifestó de la manera más violenta para hacerse respetar. En síntesis, democracia es sobre todo ausencia del miedo. Ese miedo no ha podido ser resucitado luego de muerto quien por 27 años lo provocó helando la sangre de los venezolanos; y luego de ser derrocado, hace cuarenta años, quien creyó haberlo logrado por apenas un lustro.

Definitivamente venezolano. Acaso suene a tautología decir que una de las características del venezolano presente sea *ser venezolano*. Pero con eso se quiere aludir a dos particularidades. La primera es que ya existe una conciencia del Estado-Nación venezolano, de sus límites y características. Mucha agua ha corrido bajo los puentes desde que el Barón Humboldt constataba que los venezolanos cultos no sabían en Caracas qué quedaba más allá de Calabozo, y creían que los llanos se continuaban con las pampas argentinas, borrando entre otras cosas a Brasil.

Hoy hay incluso serios conflictos limítrofes del Estado-Nación venezolano con sus vecinos. O mejor dicho, esos conflictos son producto por una parte de la conciencia de los límites geográficos de Venezuela, de la intangibilidad constitucional del territorio venezolano y, *last but not least*, de la extrema sensibilidad de las Fuerzas Armadas frente al problema. Y son asuntos que comenzaron a abandonar las gavetas de la Cancillería para convertirse en problemas nacionales, en temas de escrutinio público, apenas en 1936. Es decir, desde el momento mismo en que se comenzó a tomar conciencia de que el Estado no era un simple conjunto de instituciones gubernativas todopoderosas e inaccesibles, sino que era, o podía llegar a ser, un cuerpo nacional; en una palabra desde que la sociedad venezolana comenzó su proceso de democratización.

La otra particularidad es la desaparición de los regionalismos como un obstáculo a la unidad nacional. Hoy es imposible que un ciudadano de la República de Venezuela se defina como cumanés,

valenciano o marabino antes de precisar que su nacionalidad es la venezolana. Pese a todas las voces agoreras que clamaban que el proceso de descentralización derivaría en una nueva federación, las exageraciones autonómicas no han pasado de gestos folklóricos que nadie ha tomado como una seria amenaza contra la unidad nacional.

Notas al Capítulo I

1 El término proviene de Hipócrates en sus *Pronósticos*, 6, 23, 24 y *Epidemias* 5, 8, 22. Citado por Nicolás Abagnano, *Diccionario de Filosofía*. México, Fondo de Cultura Económica, 1974, p. 268.

2 José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*. Barcelona, Ed. Ariel S. A., 1994, T. I. pp. 728-730.

3 Jacob Burckhardt, *Reflexiones sobre la historia universal*. México, Fondo de Cultura Económica, 1961, pp. 211-263.

4 Cf. también Gerhard Masur, «Crisis in History». *Dictionary of the History of Ideas*. New York, Charles Scribners Sons Publishers, 1973, Vol. I, pp. 589-596. Por su parte, Mariano Picón Salas también se ocupó igualmente de este asunto. Cf. Simón Alberto Consalvi, *El perfil y la sombra*. Caracas, Tierra de Gracia Editores, 1997, pp. 129-140.

5 Cf. «San Agustín» en Nicolás Abagnano, *Historia de la Filosofía*. Barcelona, Ariel, 1955, T. I. pp. 233-247; «Giambatista Vico» en *The Cambridge Dictionary of Philosophy*. Cambridge University Press, 1995, pp. 535-536; «Nicolás Maquiavelo» por Leo Strauss en *Historia de la filosofía política*. México, FCE, 1993, pp. 286-304; «W. F. Hegel» por Pierre Hassner en *Ibidem*, pp. 689-715; Cf. también J. Ferrater Mora, *Ocho visiones de la Historia Universal*, Madrid, Alianza, 1982.

6 Jacob Burckhardt, Op. Cit.

7 Fernand Braudel, *Écrits sur l´histoire*. Paris, Flammarion, 1969, pp. 11-38.

8 Geoffrey Barraclough, *Introducción a la Historia Contemporánea*. Madrid, Ed. Gredos, 1979, pp. 9-51.

Escaneado con CamScanner

9 No pretendemos dar una imagen idílica de la situación, ni tampoco estática: todo eso puede cambiar y en los hechos es así. Hay una cifra impresionante: más del 50% de las víctimas de homicidios entre 1992 y 1996 tenían entre 14 y 24 años de edad. Jóvenes eran igualmente sus victimarios. Cf. Ana María San Juan, «La criminalidad en Caracas: percepciones, realidades objetivas y políticas» (Mimeo), 1997.

10 *Documentos que hicieron historia.* Caracas, Presidencia de la República, 1962, T. I. p. 527.

11 Aquí tampoco es cosa de ocultar el otro lado de la cuestión. Tal vez la síntesis más completa de la situación actual la ha dado Fundacredesa en un exhaustivo estudio sobre el asunto. En 1994 se señala que el 34% de la población venezolana vive en situación de pobreza crítica; y el 37,85% en lo que se llama «pobreza relativa», y las carencias que sufren son suficientes (en este último caso, muchísimo más en el primero) para «…determinar alteraciones en el crecimiento y desarrollo integral de sus descendientes». Hernán Méndez Castellanos y colaboradores, *Estudio nacional de crecimiento y desarrollo humanos de la República de Venezuela.* Caracas, Fundacredesa, 1994, p. XII.

Capítulo II
1903: ESTALLA LA PAZ

El 21 de julio de 1903 se puede situar la primera gran crisis del siglo XX venezolano. Es curioso decir que «estalla» porque este verbo se suele aplicar al inicio de una guerra y aquí sirve para describir el de una paz. Pero tiene sentido designarla así, porque lo que «estalla» no es cualquier paz, sino la más larga de que haya gozado el país desde 1810; y también una de las más largas de que haya gozado sociedad alguna, en Iberoamérica y en cualquier parte del mundo. Es por otra parte uno de esos raros casos en que la palabra *crisis* no está ligada a una situación catastrófica, sino todo lo contrario; salvo para un muy contado número de interesados que no saben vivir si no es medrando de la guerra, la paz nunca es una catástrofe.

Cada vez que en Venezuela, a lo largo del siglo XIX, se daba inicio a una revolución, sus jefes decían que esa era la revolución que iba a acabar con todas las revoluciones, que se iba a cerrar con ella el ciclo de nuestras contiendas civiles.[1] Ésta será la única que cumpla esa promesa, pero no por la victoria sino por la derrota de la revolución.

Escaneado con CamScanner

Revolución que, en su desarrollo, va a tener características que la hacen muy particular. Ella parece no haber tenido como la revolución «Federal» de 1859, un tiempo de incubación y de preparativos, como los que precedieron a la invasión de Coro por Zamora y luego a la de Falcón por Palmasola. Para comenzar, no se va a conocer de entrada con el nombre que tendrá después, y hasta se podría considerar como poco más que una insubordinación proveniente del seno mismo de la administración o las tropas de Castro, algo parecido al alzamiento del Mocho Hernández descontento con su posición subalterna como Ministro de Fomento en el gobierno de Castro. En diciembre de 1901 se declara en rebeldía Luciano Mendoza en Cagua.[2] Y su alzamiento parece destinado a ser copado por el gobierno a vuelta de pocas semanas. Pero luego se transformará en una de las más poderosas revoluciones de todo el siglo XIX venezolano.

Ese cambio le viene dado por tres circunstancias que la harán diferente de los levantamientos que le precedieron a lo largo de un siglo. La primera es la jefatura de la revolución. No va a ser el director supremo de la guerra uno de esos caudillos que habían estado guerreando en el país desde 1859, sino un banquero cuya mejor caracterización sería decir que es todo lo contrario de un caudillo, un «no-caudillo». Este hombre, Manuel Antonio Matos, reputado como el más rico del país, va a presidir el entierro del caudillismo.

Afirmar que Matos no era un caudillo no quiere decir que no hubiese participado en política. Ligado familiarmente a Guzmán Blanco, en las postrimerías de su dominación formó, junto con Francisco González Guinán y Hermógenes López, una trilogía de fieles del Ilustre Americano que sus adversarios bautizaron por irrisión como la «Adoración Perpetua». Tampoco que careciese de ambiciones políticas: buscó siempre ser percibido en la línea de sucesión de Guzmán. Pero serán menos esas características políticas que su riqueza y su condición de banquero las que lo llevarán a presidir la revolución.[3]

En segundo lugar, eso va a dar el pie para caracterizar a la Revolución Libertadora. Es la primera vez que en Venezuela se da un movimiento revolucionario subvencionado directamente por una corporación capitalista extranjera; aunque sea muy difícil afirmar que fue la primera financiada desde el extranjero. Sin hablar del juego de las grandes potencias, en particular Inglaterra, en el proceso de la independencia suramericana, es muy difícil creer que, en particular algunas invasiones provenientes de Colombia, no hayan sido de una forma u otra apoyadas por el gobierno de aquel país. No hay sino que pensar, por esa misma época, en la invasión de Rangel Garbiras al frente de un ejército de colombianos. Pero en este caso, las motivaciones para la revolución provienen más del campo de la economía que de la «política-política», por llamarla así.

Por una parte, en Matos está presente la humillación que Castro hizo a los banqueros, haciéndolos pasear por toda Caracas como prisioneros listos para ser embarcados hacia el Castillo de Puerto Cabello, hasta que consintieron en otorgarle el empréstito que les había solicitado y ellos, negado por la poca confiabilidad del gobierno. Pero además, y esto es lo más importante, la revolución que encabezará Matos será financiada por la General Asphalt, la gran compañía norteamericana explotadora del asfalto, quien quería cobrar a Castro su intervención en un juicio para desfavorecer a una filial suya, la New York and Bermúdez Company.[4] La compañía le entregará un cheque por cien mil dólares (no olvidemos que estamos en 1902), que le permitirán a Matos comprar un barco, el «Ban Righ», el cual rebautizado «Libertador», zarpó hacia Venezuela cargado de armas.

Finalmente, pese a ese origen no nacional, sino anti-nacional, pocas veces en la historia de las revoluciones venezolanas un movimiento había alcanzado un apoyo tan amplio. De todos los rinco-

Escaneado con CamScanner

nes de Venezuela vinieron los caudillos con sus tropas; y si se sigue el desarrollo de las acciones a través de los partes de guerra (haciendo la salvedad de que debían de estar por fuerza parcializados), la impresión que dan es la de un gobierno acorralado, sufriendo derrota tras derrota a manos de una revolución que parecía controlar el país entero y cada día recibía más y mayores adhesiones.[5]

No es una metáfora demasiado audaz comparar la Revolución Libertadora a un «fin de fiesta», con todos los actores vistiendo sus mejores galas y enarbolando sus más envejecidas pero no menos brillantes banderas. También se puede hablar de ella como de una «guerra total», si no en el sentido que se le dio más tarde a ese concepto –implicación forzada y destrucción de la población civil– sí en el hecho de que en esa revolución parecía no haber neutrales. Lo que resultaba evidente es que los caudillos de todas las regiones de Venezuela se unían con un solo objetivo: echar del poder al intruso, al extraño, al extranjero.

Esta última palabra puede sonar extraña si no exagerada; pero lo es para los venezolanos de hoy. Entonces se trataba de combatir al único adversario que jamás habían conocido, porque si no siempre pacífico, había limitado sus guerras y guerritas al ámbito regional. Se trataba de combatir a un régimen no porque fuese malo y pernicioso, sino porque era andino.

No es aventurado suponer inevitable que aquel enfrentamiento, puesto en esos términos, derivase en lo que derivó: el triunfo del gobierno y la consiguiente dispersión de la Revolución Libertadora. Porque sus enemigos formaban un bloque compacto que, alrededor del núcleo tachirense, acumulaba los andinos de las otras regiones. Mientras que los revolucionarios comandaban fuerzas diversas y dispersas que más que atacar al enemigo, se cuidaban de mantener la pólvora seca para, el día después de la victoria, cobrar sus mejores frutos.

Esa «nacionalización» de la guerra, esa terca voluntad de consumirse en la autofagia, estuvo a punto de lograr su objetivo, y hacer desaparecer a Venezuela como nación independiente. Aunque sólo fuese coincidencia, sería abrumadora: la Revolución Libertadora, financiada con dinero norteamericano, tiene lugar en el mismo momento en que dos de las mayores potencias de Europa –del mundo– que a vuelta de una década estarán sacándose las tripas entre ellas, se unen para enviar sus barcos a Venezuela y bloquear sus costas hasta obtener el pago de viejas acreencias.

Los gobiernos de Inglaterra y Alemania tal vez no tuvieron injerencia en el inicio de la Libertadora ni tampoco en su financiamiento. Pero la ruina que toda guerra produce obligó al gobierno de Castro a suspender las obligaciones de la deuda, y ese es el momento y el pretexto esperado por las potencias europeas para intervenir. Y no es necesario ser muy agudo para ver que un país hundido en una guerra tan sangrienta no tiene demasiada fuerza ni tampoco debe sobrarle voluntad para repeler la agresión de enemigos tan poderosos.

En verdad no la tenía: pese a las rimbombantes proclamas de Castro («la planta insolente del extranjero»), fue sobre todo el temor de molestar a los Estados Unidos –sentimiento recíproco en aquellos momentos en que no eran éstos la gran potencia sin rival que son ahora– lo que impidió la ocupación y acaso el reparto de Venezuela entre los países europeos.

El bloqueo no termina la guerra. Pero la revolución, que ya ha conocido su gran derrota en la batalla de La Victoria, está desde entonces herida de muerte. Lo sorprendente es que en principio no parece estarlo; porque la derrota de La Victoria la ha dejado con sus fuerzas si no intactas, por lo menos no aniquiladas ni disminuidas. En los primeros meses de 1903 continúa dando la pelea, como lo revelan diversos partes de combate.[6] Pero serán combates de retaguardia y sobre todo, escaramuzas regionales: el resorte «nacional» de la revolución se habrá roto.

Al final, está la batalla de Ciudad Bolívar. Mientras en las otras partes del país los revolucionarios podían continuar peleando y

Escaneado con CamScanner

hasta ganando sus combates contra el enemigo andino, al conservar Ciudad Bolívar, la Libertadora podía pretender que controlaba una tercera parte del territorio nacional, así eso fuese una ficción «geográfica». Aparte de eso, Ciudad Bolívar, por su condición de puerto fluvial con un *hinterland* inmenso, podía ser capaz de resistir un gran asedio: no era posible atacarla por tierra.

Al lado de esto, había un elemento de irritación para un hombre que respondía con tanta facilidad a toda provocación como Cipriano Castro. Allí se encontraba «el traidor Farrera», comandante de la plaza que se había pasado con armas y bagajes a la revolución.

Los restos de la Libertadora y los mismos habitantes de Ciudad Bolívar no las tenían todas consigo en cuanto al desenlace de la batalla. Se les debía hacer evidente, como a todo el resto de Venezuela, que la revolución estaba descargando sus últimas salvas. Y en todo caso, que una ciudad sitiada podía resistir, pero nunca vencer a un ejército sitiador que tenía todas las facilidades para el abastecimiento y, además, como se demostrará después, con un jefe, el general Juan Vicente Gómez, dispuesto a ganar la batalla al precio que fuese.

Es por eso que se intenta agotar todas las instancias para evitar que el fuego comience: las personalidades más destacadas de la ciudad, algunos cónsules extranjeros y otros, proponen que el asunto se resuelva de manera pacífica si Castro retira su condición de que Farrera le sea entregado. Incluso, logran que el general Gómez arriesgue aparecer como desobedeciendo a su jefe, dándole largas al ataque final mientras se esperan los resultados de una mediación del representante de los Estados Unidos en Caracas; la cual, al no llegar, hizo que los mediadores de Ciudad Bolívar liberaran al general Gómez de su compromiso de no romper las hostilidades. Sus golpes fueron cortos y contundentes: a las pocas horas de iniciado el combate, las tropas de Gómez entraban a Ciudad Bolívar.

Pero todo lo anterior remite más al suceso de la batalla que a lo más importante, al proceso que se desencadena a partir de entonces, a partir del estallido de esa crisis, a partir del «estallido» de la paz. Es el análisis de esas consecuencias, que se intentará con más orden a partir de ahora:

1. El resultado más importante de esta batalla no se verá entonces: se ve ahora, a casi un siglo del suceso. Venezuela cierra, ¡al fin!, la incontenible espiral de sus guerras civiles. Se termina para el país un ciclo y un siglo (1810-1903) pavorosos, esa guerra de los cien años que lo llevó al borde de su extinción. Ella se había hecho más encarnizada después de que, en 1888 terminó la influencia de Guzmán Blanco en el gobierno y en el país. La Revolución Legalista, que Crespo había encabezado en 1892 para combatir las pretensiones continuistas de Andueza, había sido una de las más largas y sangrientas, y faltaban todavía las rebeliones del «Mocho» Hernández contra Andrade, la Revolución Liberal Restauradora de Cipriano Castro y finalmente esta misma Revolución Libertadora contra Castro.

Por supuesto que esa paz parecía en aquel momento cosa de la propaganda castrista y de sus típicas exageraciones, de su retórica empenachada. Pero será así: como la derrota es muy mala consejera; y como la unidad de los caudillos era cosa ya supuesta que se terminaría con la guerra; de allí en adelante será cosa hecha. Sólo que no en la victoria, sino en la más aplastante de las derrotas. Esa unidad de los caudillos morirá entonces, y ellos habrán de esperar tres décadas hasta que puedan montar en 1929 un remedo efímero y farsesco de la unidad que estalló en 1903.[7]

Hay varias cosas que decir de la paz que se enseñorea en Venezuela a partir de 1903. En primer lugar, lo que va a eliminar primero serán las guerras de significación nacional: durante mucho tiempo, la emigración intentará levantar el «cuero seco», como a partir de 1914 lo va a hacer el tenaz telegrafista Emilio Arévalo Ce-

Escaneado con CamScanner

deño, que monta sus guerrillas y sus consiguientes fracasos en el llano, con tanta terquedad como poca suerte. Basta leer sus memorias para darse cuenta de la terrible realidad: los campesinos le huyen, cuando no se convierten en informadores benévolos de las tropas del gobierno. Ese rechazo es menos a la persona de un Arévalo Cedeño, que de seguro desconocen, que de lo que su acción significa: la ruptura de la paz.[8]

En los años treinta, Arévalo Cedeño va a encontrar un nuevo rechazo, tan si no más significativo que aquel puramente negativo: la nueva oposición civil que rechaza sus modos de hacer política, y le señala, a él y a sus pares antigomecistas, la hora de bajarse del caballo. El país reclama otra dirigencia, una dirigencia de a pie, una dirigencia civil capaz de dirimir sus cuestiones sin el recurso a la revuelta armada, una dirigencia civil que suplante para siempre a los «caracortada».[9]

Debe decirse que esa paz sólo significará ausencia de guerra, pero no cese de la violencia. Ésta comenzará a ser ejercida por los nuevos dominadores; en connivencia con la complicidad y no pocas veces el aporte de sus viejos enemigos. En ese sentido se puede hablar de una «unidad nacional» de clase: la misma forma de tratar al peón y de extraerle el fruto de su trabajo, será común a hacendados, a ganaderos, a latifundistas gomecistas y antigomecistas.

Pero aparte de esa violencia genérica y en cierto modo abstracta (aunque no por ello teórica, sino muy práctica y dolorosa), hay otra forma de violencia, físicamente dolorosa, y que al final caracterizará más que cualquier otra cosa a la *pax gommica*: se trata del maltrato, la tortura de los presos políticos.

Es lo que va a suceder a partir de 1918: lo que se puede considerar la ruptura de la paz, o mejor dicho, la reintroducción de la guerra. Es la utilización, frente al enemigo rendido e inerme, de los métodos de castigo que provienen de los campamentos: las palizas, el cepo militar, el hambre y lo más bárbaro de todo, el colgamiento por los testículos para extraer información al prisionero.[10] Pero hay una característica más de esta paz venezolana y esto es lo positivo del proceso iniciado en 1903: ya hoy, a las alturas de fin de siglo, es imposible atribuirla a la presencia terrible del general Juan Vicente Gómez. El Benemérito falta desde hace más de medio siglo, y sin embargo esa paz no se ha roto: no ha estallado una guerra civil digna de tal nombre en Venezuela en un siglo. Entonces, no es Gómez quien ha mantenido esa paz, y ni siquiera es su autor, porque se trata de un fenómeno colectivo y no individualizable: esa paz la han mantenido los venezolanos como comunidad, negándose a nuevas aventuras guerreras.

2. La ruptura, la dispersión de los revolucionarios, frente a la aparente y al parecer monolítica e indestructible unidad de sus vencedores, va a señalar otro elemento de la crisis de 1903: se pasa de la situación de normalidad, que es la dispersión, el desmigajamiento del poder en los caudillos regionales, a una situación entonces de anormalidad que es la concentración de ese mismo poder en el puño férreo de Cipriano Castro.

A partir de ese momento comienza para la oposición liberal primero a Castro y luego a Gómez una travesía del desierto tan larga y tan descorazonadora cuanto que no tendrá jamás fin: lo que se entierra en Ciudad Bolívar es también la posibilidad de que los caudillos tengan de nuevo alguna figuración política propia en el país. Cuando en 1936, una vez muerto el tirano, intenten regresar a la vida política, será demasiado tarde: en treinta años el viejo país los ha olvidado, y el nuevo no los ha conocido nunca. Será inútil entonces el intento de revivir los partidos históricos. Más que rechazarlos, el país les hace algo peor, más humillante: ni siquiera se da por enterado de su existencia.

Debían, sin embargo, estar preparados para eso. Los largos años de la emigración fueron también los de un largo hundimien-

Escaneado con CamScanner

to en la impotencia y en el ridículo. Episodios como el del «Angelita»,[11] o la crítica feroz que las plumas de Pocaterra y luego de Betancourt y los suyos inician en los años treinta, los retrata con tanta fidelidad que es innecesario cargar las tintas: la edad, los achaques, la repetición incesante del mismo discurso monocorde y vacío, las acusaciones mutuas han convertido a aquellos viejos guerreros en la caricatura de sí mismos, y sus batallas contra el gomecismo no pasan de ser combates de sobremesa. Cuando al final parecen decididos a pasar de las palabras a los hechos, y encuentran un jefe que los unifique, en 1929, el general Gómez no necesitará ni siquiera moverse de Maracay para aplastarlos.

Cierto, en los años inmediatos a 1903 la contrastante unidad del adversario castrista será, en el ámbito de palacio, una situación de corta si no efímera vida. Una vez conjurados los enemigos externos e internos, el bloque andino se resquebraja. Alrededor de Gómez se han ido nucleando todos los revolucionarios de la primera hora que se sienten preteridos, sustituidos y hasta despreciados por los «centranos» y otros aprovechadores del poder, un cortejo adulatorio que parece empeñado, con la anuencia del propio Castro, en superar las demasías de la corte del Ilustre Americano.

Estos últimos, por su parte, reaccionan alzando el tono de sus zalemas y tejiendo tupidas redes de intriga destinadas a separar al caudillo supremo, Castro, de su colaborador más cercano y por eso mismo ya candidato a una eventual sucesión, Juan Vicente Gómez: es lo que se llamará, siguiendo la huella guzmánica, la Aclamación.

Pero en los meses que sigan a la batalla de Ciudad Bolívar esa no será todavía la situación y el propio Castro reconoce a Juan Vicente Gómez no solamente la condición de co-héroe, de co-vencedor de la batalla de La Victoria, sino la de Pacificador de Venezuela. Ya es, por esos laureles, el vice-líder de la Causa Restauradora. Con su incontenible labia, el Cabito afila el cuchillo para su propia garganta. Pero eso no es lo más importante en el análisis de las consecuencias de la batalla de Ciudad Bolívar.

Lo es la imagen de recledumbre y unidad que dan en los primeros momentos frente a la dispersión y desmoralización de sus enemigos, cuyo jefe Matos declara terminada la revolución manifestando su deseo de que el vencedor Castro siga la tradición venezolana y declare una amnistía para que los vencidos puedan volver a la política.[12] Cuando, con la Aclamación, queda claro que la unidad de los andinos se ha roto, ya será demasiado tarde, y a la emigración sólo le quedará ver los toros desde la barrera, apostando si acaso todas sus fichas a lo desconocido o azaroso: a Juan Vicente Gómez.

3. La entrada de las tropas de Gómez a Ciudad Bolívar señala uno de los elementos más interesantes de esta crisis: si bien ni sus soldados ni sus oficiales vienen de las academias militares, lo que toma posesión de la ciudad no es una horda desenfrenada. El general Gómez mantiene la disciplina, y no se producen las normales atrocidades que siguen a un acontecimiento de ese tipo, con un enemigo vencido y desmoralizado y una ciudad a merced de los vencedores.

Resaltar esto tiene su importancia por dos razones. La primera es que la propaganda enemiga había cargado las tintas sobre el carácter cruel e implacable de la «horda andina», provocando un ambiente de terror entre los caraqueños que por primera vez la veían y no terminaban de acostumbrarse a sus modos taciturnos.

La segunda es que, con esta actitud de sus tropas, Gómez está dando un abriboca de lo que será, unido y disciplinado, ese ejército que va a crear para mantener la paz en Venezuela. Al señalar entonces como la primera consecuencia de la batalla de Ciudad Bolívar, el primero y más importante elemento que configura esa crisis en el establecimiento en Venezuela de una paz que ya dura casi un siglo, se estaría enunciando sólo la mitad de una situación, de una verdad.

Escaneado con CamScanner

La otra es que contemporánea, si no coetánea, está la formación del garante de esa paz, un ejército profesional: *si vis pacem para bellum.*

La batalla de La Victoria ha hecho ver cuánto vale un ejército disciplinado y con unidad de comando, así sus contingentes sean reducidos o en todo caso menores que los de sus adversarios. En la Revolución Libertadora había demasiados jefes, conscientes todos ellos de las nulas capacidades militares de Manuel Antonio Matos; mientras que la Causa Restauradora tenía uno solo, Castro: aquel Juan Vicente Gómez taciturno y remiso no era más que una pálida sombra del Cabito.

Pero esa lección que los revolucionarios, si la aprendieron, lo hicieron demasiado tarde, sí lo será para los vencedores: es necesario que se acaben los ejércitos regionales, los ejércitos personales; y en primer lugar que, poco a poco, esa despersonalización incluya también al hombre que ejerce el poder Ejecutivo. Por supuesto que esto no va a estar claro en la mente, y acaso mucho menos en las intenciones, de los gobernantes en 1903. Pero se va abriendo camino, primero con el decreto de creación de la Escuela Militar, luego con su puesta en práctica desde 1910 por el general Gómez; y esa será la preocupación fundamental del Benemérito después de que en 1908 se haga de la totalidad de un poder que hasta entonces compartía.

La creación de la Academia Militar no es, por supuesto, el primer paso: lo es haber logrado disciplinar su temida horda «restauradora». Pero a partir de 1910, cada vez tendrá Gómez más claro que lo que mejor puede reforzar su poder es un ejército profesional, disciplinado y nacional, formado en las más modernas técnicas militares de la época: «el ejército es la base del gobierno»,[13] escribirá en una de sus raras incursiones en el mundo de las ideas abstractas, y confundiendo, como es normal en las mentes poco pulidas, gobierno y Estado.

En ese entonces, el modelo de organización de una fuerza armada, con su admirada eficacia y un poder demostrado humillando a Francia en 1870, es el ejército prusiano: ése será pues el cañamazo sobre el cual se borde el tejido del venezolano. Pero el modelo prusiano no se refiere tan sólo a su estructura interna, sino al dominio que ejercía sobre el conjunto de la nación: «No es un país que tenga un ejército, sino un ejército que tiene un país», se decía en Francia de la situación prusiana. Razón de más para que lo admirasen los autoritaristas.

El general Gómez traerá para organizar a su fuerza armada a un oficial chileno, Samuel Mc Gill, que también sigue aquel modelo: es el fundador de la Academia Militar.[14] Pero hay un segundo paso que dará Gómez a partir de 1919, y que redundará en provecho de la institucionalización de las Fuerzas Armadas, aunque esa no sea la intención de Gómez y ni siquiera se dé mucha cuenta de hacia donde deriva su acción.

Se trata de la cooptación como su hombre de confianza, el segundo de a bordo y el verdadero jefe del ejército después de Gómez, de uno de los primeros «restauradores», el general Eleazar López Contreras. Poco a poco éste irá dándole, siempre bajo la inmediata supervisión de Gómez y con una suya fidelidad perruna, un nuevo carácter al ejército: éste lo será de la nación y no de un hombre, con la previsible excepción del general Gómez. Sobre todo, y siguiendo la idea del propio dictador, lo mantendrá alejado de las banderías políticas: los soldados y sus oficiales no serán ya más «amarillos» o «azules» o «rojos», sino que serán de Venezuela, por mucho que todavía eso signifique que son del general Gómez.[15]

Para que eso sea así, el general López Contreras recordará a cada rato que la ocasión hace al ladrón, y por lo tanto busca mantener a su ejército aislado de las tareas políticas, aislado de la política. En eso sigue, verdad es, las instrucciones de Gómez, pero es que hay algo más: eso parece no conocer excepción, y es así como el propio Benemérito se abstendrá de intervenir para forzar la entrada de uno de los suyos quebrantando las normas del escalafón militar.

Escaneado con CamScanner

De una forma u otra, y sobre todo sin mucha conciencia de que se lo esté haciendo, el ejército venezolano se irá volviendo una institución, a un punto tal que terminará fijando el carácter del gobierno que soporta: comenzada como regional, personal y latifundista, la de Gómez terminará siendo una dictadura militar nacional.

4. Esa es sólo un parte de la cuestión. Alrededor de la fuerza armada, de la cual es su columna vertebral, se va formando el cuerpo del Estado venezolano. Su constitución es a la vez la consecuencia y el garante de la continuidad de la paz venezolana, o sea, de la crisis de 1903. La formación de ese estado se completa en diversas etapas y niveles a lo largo de la dominación gomecista. Para que el ejército pueda mantener la paz nacional, lo primero es saber qué cosa constituye esa nación, a comenzar por sus límites geográficos. Cuando muera el dictador en 1935, por lo menos en la *élite* venezolana, gubernativa, militar, social y cultural, ya se tendrá claro y vendrá a todas las mentes de manera espontánea, cuál es la forma que tiene el mapa de Venezuela. Eso forma parte de la conciencia nacional. No es casual que sea después de la muerte de Gómez, y sobre todo a partir de 1941, que se comience a pensar en las fronteras venezolanas, y que haya quien comience a plantear la necesidad de que su diseño pueda llevar a extremos conflictivos con los países vecinos.

La formación del Estado-Nación venezolano continuará así bajo el régimen gomecista. Lo primero, antes incluso de definir los contornos fronterizos, es asegurar la unificación de la parte más poblada y civilizada por medio de una política de carreteras. Ella se convertirá en el orgullo del régimen y el punto central de su propaganda. Aparte de seguir paso a paso la huella de Guzmán (el eje Caracas-Valencia con sus respectivos puertos), se hace bastante claro a todos los ojos que la primera preocupación que preside esa política es de carácter militar.

Cuando ella se salga de la huella guzmancista con la carretera trasandina, sus efectos inmediatos serán políticos: Gómez hablará de la reunión de la familia venezolana y particularmente de la tachirense. Lo cual significa a la vez que se está «reuniendo» los Andes, sobre todo el Táchira, con el resto de Venezuela, y que se puede «reunir» también la escindida familia «restauradora» una vez muerto Castro en 1924. Gómez promulgará una amnistía general y sacará de la Presidencia del Táchira a su despiadado primo Eustoquio.

Está además la unificación y la organización de la hacienda nacional, obra que se suele poner, y con sobradísima razón, en el haber del ministro Román Cárdenas. Al lado de eso, hacia 1925 el ministro Francisco Baptista Galindo parece haber influido en el ánimo del dictador para que la tiranía volviera a ser un gobierno tan «nacional» como lo fue en 1908. Como símbolo de esa nueva política, se vacía La Rotunda para demolerla.

5. Pero hay algo tan importante como todo lo anterior y es la conciencia de unidad nacional lograda en 1902. Aunque por un fugaz momento, porque no hay que engañarse con aquella expresión: apenas cese el bloqueo, e incluso las hostilidades de la Libertadora, arreciarán en la emigración los ataques de todo tipo contra el gobierno, y la reacción de éste contra sus adversarios tendrá el mismo tono tradicional, casi por idiosincrasia canibalesco.

De todas maneras, la amenaza tan concreta, tan real del bloqueo produjo en su momento, acaso muy efímero, ese sentimiento de unidad nacional –acaso habría que escribir de «terror» nacional– que sirvió para crear las condiciones de una paz duradera. El gesto del «Mocho» Hernández «enterrando sus odios» y el de Castro sacando de la cárcel a su tenaz enemigo para mostrarse confundido con él en un abrazo, aparte de su teatralidad muy de la época o del país, debe haber dejado claro algo en la mentalidad venezolana: que, por lo menos en circunstancias tan difíciles y ex-

Escaneado con CamScanner

tremas, la nación podía conocer la unidad, o sea que la nación podía contener el desbordamiento guerrero. En todo caso, se van acumulando así los elementos que harán posible que en julio de 1903 «estalle» la paz: éste de la posibilidad de un acuerdo nacional es uno, y no de los menos importantes. Comienza a existir un consenso nacional, por voluntad o por impotencia: lo que fue unidad del país frente a la guerra extranjera, se volverá unidad nacional contra la guerra *tout court*. Éste es otro elemento a destacar en la crisis de 1903.

La intervención de las potencias va a producir un cambio en la conciencia de los venezolanos que no ha sido puesta de relieve entre otras cosas porque nadie se dio exacta cuenta, ni entonces ni durante mucho tiempo después.

La razón es muy simple: esos cambios son los más difíciles de medir. Pero se puede seguir la pista de éste describiendo sin muchos afeites la situación: la unidad nacional se había logrado en la organización de la Revolución Libertadora. Ninguno de los caudillos regionales, lo que vale decir ninguna de las regiones, faltó a la cita: todos se unían para echar al recién llegado, o como se decía más arriba, al «extranjero». Porque los más diversos testimonios de la época muestran que la llegada de los andinos se sintió como el ingreso de un ejército extranjero de ocupación.

Para librarse de esa opresiva percepción, se monta una máquina guerrera y se logra una unidad política mucho más amplia e inclusiva que cualquiera de las «fusiones» del pasado: es la típica *union sacrée* que desde los tiempos de la Revolución Francesa se invocaba frente al enemigo, cuando la patria estaba en peligro.

Pero entonces se produce el bloqueo de las costas venezolanas. Eso quiere decir que había, amenazando la patria, un extranjero más «extranjero» que los andinos, un extranjero de verdad. Y así sea por un momento, el del más agudo peligro, aquel primer enemigo viene a caer dentro de la unidad nacional. Esa compactación

de las semanas del bloqueo sustituye entonces a la unidad antiandina y prefigura la unidad nacional que rodeará a Juan Vicente Gómez cuando reaccione contra Castro en 1908.

Pero hay algo más importante que eso, y es que acaso por primera vez en nuestra historia los venezolanos reaccionan con conciencia de nación y no, como lo habían hecho desde los tiempos de la Independencia, con la «federación» de sus localismos, de sus parroquialismos, o de sus odios de clase y de casta. Como suele suceder, esa no será una situación que se dé de una vez por todas, y ni siquiera un proceso lineal. Todavía durante muchos años, y más cuando Gómez asiente su poder desparramando sus andinos por toda la geografía nacional, continuará la propaganda contra el régimen teñida de anti-regionalismo, de antiandinismo. Y eso hasta en la pluma de sus más brillantes intelectuales que, por eso mismo, se suponía que podrían entender lo irracional de una política de campanario. Pero de todas formas es un comienzo que va señalando la huella donde habrá de asentarse la larga paz venezolana del siglo veinte.

Esto es, la conciencia de la posibilidad de una unidad venezolana que trascienda los regionalismos, los particularismos y, por otro lado, la formación de lo que en todas partes ha sido un agente activo de esa unidad: el ejército nacional, aún si su reclutamiento no se hace a través del servicio militar obligatorio. Esa necesidad de una unión permanente y no una confederación efímera frente al peligro de una amenaza extranjera, le dará su carácter al ejército venezolano.

Antes que defender las fronteras, una integridad territorial que, pasado el susto de 1902, nadie amenaza de manera precisa e inmediata, el ejército venezolano se forma para mantener la paz al interior de las fronteras venezolanas; y esa unidad nacional que durante casi cuatro décadas de historia venezolana del siglo XX será la unión de todos (aceptada o impuesta) bajo el gomecismo.

Escaneado con CamScanner

Es una de las habituales ironías de la historia que la región menos «nacional» por su geografía, por sus hábitos y por el desarrollo de sus formas políticas, y sobre todo por su marginalidad, su relativo aislamiento, sea la que vaya a completar o a hacer que se manifieste por primera vez la idea de una unión nacional, primero en su contra, luego a su alrededor.

Eso va a sellar el impulso integrador de los andinos, quienes en lugar de buscar expandirse como otros pueblos de frontera; que en lugar de volcarse hacia Colombia, con la que tienen una relación más permanente, más directa y menos opresiva, se ha volcado hacia Venezuela, en una búsqueda agónica por su integración al país, que sólo logrará desde el poder.[16] Ella se hará en forma de círculos concéntricos: primero el núcleo «capachero», luego el tachirense, después los andinos de los tres estados y, finalmente, el resto del país. Como es normal, en el centro estará el general Gómez.

6. Hay un elemento que podría parecer relativamente secundario en esta crisis de 1903, pero que sin embargo va a cambiar muy a fondo la idiosincracia del venezolano. Se puede sintetizar diciendo que, a partir de entonces, Venezuela se baja del caballo.

Se cierra así un ciclo de nada más ni nada menos que cuatro siglos de historia. Son aquellos en que un elemento esencial de la guerra, y por allí mismo de la política, va a ser el caballo. Ese caballo que tanto sorprendió y aterrorizó inicialmente a los aborígenes de todo el continente, y sin el cual, como lo asienta con acierto Vallenilla Lanz, la conquista de América hubiese sido imposible o por lo menos se habría hecho extremadamente dificultosa.[17] Ese caballo que, en el momento en que comenzaba a estar de capa caída en Europa, y que a vuelta de poco años sería inmortalmente ridiculizada por Cervantes, hacía sentir a los conquistadores que la suya en América fuera una gesta de caballería.

Recordemos que ese caballo, por la vía de la confrontación

guerrera, se convirtió luego durante la colonia en signo de dominación o por lo menos de distinción de clase: a los negros se les prohibía montar a caballo; el indio, al hacerlo en las regiones ganaderas, cambiaba por eso mismo su condición: a pie seguía siendo indio, a caballo se convertía en llanero.

A lo largo del siglo XIX y buena parte del veinte, además, caballo y guerra se hicieron sinónimos. Es lo que hasta los años cuarenta de este siglo, en las ciudades del interior, por mucho que no fuesen grandes urbes, gritaba la chiquillería a quienes se les ocurría pasearse por sus calles a lomo de caballo: «¡Se acabó la guerra!».

No se trata de un fenómeno venezolano, sino mundial, ligado entre otras cosas al invento y la popularización en los ejércitos del fusil de repetición, que hacía muy fácil la aniquilación de la caballería, y casi un suicidio su empleo. No se olvide que en 1914 se produjo la última carga de caballería de la historia, bajo el comando del general Budionny, quien se haría luego famoso como mariscal soviético.

En el caso venezolano, no hay que olvidar tampoco que los nuevos dominadores venían de zonas escarpadas, donde el caballo es relativamente poco útil, frente a la eficacia de un animal de carga como la mula. Pero será la extensión del proceso de urbanización que hará cada vez menos útil el caballo, sobre todo como elemento guerrero. Al final del gomecismo se intentó usar su policía montada («la Sagrada») contra las manifestaciones populares, pero nada era más fácil que inutilizarla: bastaba regar las calles con bolitas de vidrio, las conocidísimas «metras» con que juegan los niños. Los caballos de Gómez se hicieron famosos, pero en el hipódromo…

Cuando decimos que la crisis de 1903 señala la muerte del caballo como elemento guerrero, no pretendemos señalar una fecha precisa para un proceso que durará muchos años, antes y después de esa fecha. Pero el hecho de que en la batalla de Ciudad Bolívar, por las condiciones mismas de la plaza, la caballería no haya juga-

Escaneado con CamScanner

do ningún papel, y que esa batalla fuera la última de nuestras guerras civiles, adquiere valor de símbolo.

7. Por último, la crisis de 1903, tanto por el bloqueo como por la revelación posterior del financiamiento de la Revolución Libertadora por la General Asphalt, va a poner a los venezolanos ante una realidad que parecían haber olvidado durante un siglo de estarse comiendo las propias tripas: que no estaban solos en el mundo. Venezuela no era sólo una pequeña comunidad aislada, pobre y empantanada en sus propios problemas, sino un posible *boccato di cardinale* para los constructores de imperio. Su situación geográfica excepcional la hacía la llave del Caribe, al lado mismo de esa Panamá que Roosevelt «se tomó» en 1902 con la intención de abrir por fin el canal donde había fracasado con estruendo Ferdinand de Lesseps, el constructor del canal de Suez.

Por esos mismos años, Hobson, Hilferding y Lenin habían establecido la teoría de una nueva etapa en el desarrollo del capitalismo, la etapa imperialista. No se trata de la política imperial, que ha existido desde que el mundo es mundo y las potencias son potencias. Se trata de una recomposición de la estructura interna de la economía capitalista; una de cuyas nuevas características es más la exportación de capitales y menos la conquista de tierras (que lo había sido en las etapas anteriores del capitalismo), como la explotación de pueblos; menos la búsqueda de mercados para vender sus productos, como la exportación de capitales para producirlos fuera de sus fronteras.

Hay que decir dos cosas sobre el imperialismo, antes de seguir adelante. Una es que hoy se tiene la calificación como un insulto, y hasta se ha convertido en un tópico en labios de los nacionalistas y de los leninistas que agotaron el diccionario endilgándole calificativos menos económicos que morales y políticos; pero en sus primeros tiempos no existía vergüenza alguna en asumir la

calificación. Así, uno de los primeros que la utilizó, proponiéndola como política destinada a salvar el capitalismo y evitar la guerra civil –la guerra social– en Inglaterra, fue Cecil B. Rodhes, cuyo nombre llevó durante más de un siglo la hoy República de Zimbabwe: «el destino de Inglaterra está en el imperialismo» repetía a quien quería oírlo.

Lo segundo es que, independientemente de toda consideración teórica, la Venezuela de comienzos de siglo sintió la muy concreta expresión de ese fenómeno. Por una parte, el gobierno de Cipriano Castro debió enfrentarse menos a gobiernos o a pueblos extranjeros que a sus corporaciones industriales. Eso se manifestó con claridad en su enfrentamiento con la General Asphalt.

Manuel Antonio Matos, para armar su Revolución Libertadora, no fue a pedir ayuda al gobierno de los Estados Unidos sino a la General Asphalt, quien tenía interés especial en que Castro fuese derrocado. Y cuando después el gobierno de los EEUU intervenga lo hará menos para proteger las vidas y haciendas de sus ciudadanos que nunca estuvieron en peligro, que para proteger las inversiones de aquella compañía.

Por otra parte, Venezuela es también el escenario de una lucha más embozada que abierta entre las potencias por un nuevo reparto del mundo. Sobre todo Alemania ve con malos ojos no sólo el porvenir del capital norteamericano en el sur del continente, sino que siente como un peligro para sus pretensiones hegemónicas el que los EEUU consideren al Caribe como un lago americano. Durante mucho tiempo los alemanes, y en particular su Armada, tendrán en la mira la isla de Margarita, que alguna vez han soñado con convertir en una base alemana, arrancándosela de alguna manera a la soberanía venezolana.[18]

Los Estados Unidos reaccionan con prudencia, empleando sobre todo las vías diplomáticas y sacando si acaso a relucir como a desgana aquella doctrina enunciada por Monroe en 1823. Esa será

Escaneado con CamScanner

su posición cuando el bloqueo de las costas venezolanas en 1902; interpondrán sus buenos oficios para solucionar el conflicto, cosa que logran; pero se abstendrán de amenazar con su propia fuerza y ni siquiera recordarla.

Pero cuando quien esté implicado en un conflicto con Venezuela no sea una potencia rival (aunque amistosa, como Inglaterra) su actitud será diferente, y se llega incluso a pensar en una ocupación de Venezuela y en la implantación de un gobierno títere: será el llamado «Plan Parker», por el nombre del agregado militar de EEUU en Venezuela, y que por fortuna no pasará del papel.[19]

De igual manera, responderá de inmediato y con entusiasmo cuando, desde el gobierno de Venezuela, se le pida que haga patrullar las costas venezolanas en prevención de un retorno de Castro después de que Gómez reaccione contra su antiguo jefe y compadre.

Pero todo eso podría no salir de los límites de una política imperial clásica. Lo más importante de la nueva situación es que en adelante el interés que tanto el gobierno como la opinión pública de los EEUU (y en menor grado, de los países europeos) muestren hacia Venezuela, será menos como «vecino» estratégicamente situado y aliado eventual en algún conflicto, que como receptor de las inversiones norteamericanas.

Dicho de otra manera, que prefigura lo que serán las relaciones de los EEUU con Venezuela a lo largo de todo el siglo veinte, después sobre todo de que comience la explotación en grande del petróleo y comiencen a llegar las inversiones masivas.

Notas al Capítulo II

1 En una proclama fechada el 2 de julio de 1902, al anunciar su adhesión a la Revolución Libertadora, el general Nicolás Rolando manifiesta su confianza en que el Gobierno presidido por Matos «…clausure el ya bastante largo y cruento paréntesis de nuestras contiendas civiles». *Boletín del Archivo Histórico de Miraflores*, Nº 4. Caracas, enero-febrero de 1960, p. 9. En adelante, este Boletín será citado como BAHM, número y página.

2 Ramón J. Velásquez, *Epígrafes para un perfil de la Venezuela contemporánea*. Caracas, Colegio Universitario Francisco de Miranda, 1982, T. I, p. 335.

3 En el mismo texto citado arriba, Rolando pone entre las condiciones que hacen tan valioso a Matos «…sus importantes relaciones en el extranjero que le hacen posible solucionar el vario conflicto de nuestros asuntos diplomáticos». *BAHM*, Nº 4, pp. 8-9.

4 Una detallada relación del hecho en Nikita Harwich Vallenilla, *Asfalto y revolución: la New York and Bermúdez Company*. Caracas, Monte Ávila, 1992. En la acusación contra la General Asphalt parece haber habido muestra de una intriga cuidadosamente planeada por antiguos empleados de su compañía y por entonces ya sus competidores (op. cit., pp. 323-332). Pero cualquiera que fuese el origen, de todas maneras la General Asphalt no salió muy limpia del asunto, y siempre quedó viva la sospecha, en la opinión norteamericana, de una evidente colusión entre el *trust* del asfalto y el gobierno norteamericano. Cf. también O. E. Thurber, *Origen del capital norteamericano en Venezuela. La época del asfalto*. Barquisimeto, Ed. Nueva Segovia, 1955; así como Karl Krispin, *La Revolución Libertadora*. Caracas, Banco de Venezuela, 1990.

5 Cf. «Papeles de la Revolución Libertadora» en el número ya citado de *BAHM*, pp. 3-101.

6 «La liquidación de la Libertadora. 1903». *BAHM*, Nº 130-131-132, pp. 31-97.

7 Se trata de la «Junta de Liberación de Venezuela», armada por Román Delgado Chalbaud con la casi unanimidad de la emigración venezolana, que remató con el fiasco del *Falke* y la muerte del jefe de la revolución.

8 Cf. Emilio Arévalo Cedeño, *El libro de mis luchas*. Caracas, Seleven, 1979, *passim*. Cf. también el *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas, Fundación Polar, 1987, A-D, p. 177.

9 La primera y más completa crítica de los «caracortada» de 1932 está contenida en Rómulo Betancourt, «Con quién estamos y contra quién

Escaneado con CamScanner

estamos». *El comienzo del debate socialista.* Caracas, Colección «Pensamiento Político del Siglo XX», Congreso de la República, 1983, Nº 13, pp. 11-41. En adelante esta colección será citada sólo como CPPV-S XX, número y página.

10 Esto ha sido analizado detalladamente en el Capítulo XVII de mi *Gómez, el tirano liberal.* Caracas, Monte Ávila, 1993, pp. 233-248.

11 Es un barco armado que trató de hacer zarpar la emigración hacia Venezuela y que fracasó sin poder ni siquiera largar amarras. Cf. José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia.* Caracas, Monte Ávila, 1979, T. 2 p. 372.

12 Al declarar terminada la Revolución Libertadora el 11 de junio de 1903 (o sea, un mes y diez días antes de la batalla de Ciudad Bolívar), Matos insta a sus seguidores a volver «...a nuestras faenas personales confiados en que la experiencia del pasado habrá de ser motivo para que se nos concedan las garantías que nos otorgan las leyes». M. A. Matos, «A los venezolanos», *BAHM*, Nº 7, p. 7.

13 BAHM, Nº 64-65-66, p. 316.

14 Cf. Samuel Mc Gill, *Polianteia. Desarrollos históricos 1900-1950.* Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1978.

15 «...cuento con elementos sanos, vigorosos que nada tienen que envidiar a los Generales amarillos o azules». J. V. Gómez a Pedro Murillo y Eustoquio Gómez, *BAHM* Nº 64-65-66.

16 Uno de los más serios e interesantes análisis de ese proceso es Arturo Guillermo Muñoz, *El Táchira fronterizo. El aislamiento regional y la integración nacional (1881-1889).* Caracas, Biblioteca de temas y autores tachirenses, 1985.

17 Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático y otros textos.* Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991.

18 Holger H. Herwig, *Sueños alemanes de un imperio en Venezuela.* Caracas, Monte Ávila, 1951, p. 179.

19 Enrique Bernardo Núñez, *El hombre de la levita gris.* Caracas, Monte Ávila, 1991, p. 161. Para una visión general de la Revolución Libertadora, Cf. Inés Quintero, *El ocaso de una estirpe.* Caracas, Alfadil, 1990.

Capítulo III
1928: LA IDEOLOGÍA CONMOVIDA

En febrero de 1928, con veinte años de dictadura a cuestas, la tranquila Venezuela se prepara para festejar unos rumbosos carnavales. Los primeros en movilizarse son los estudiantes de la Universidad Central de Venezuela, como corresponde a jóvenes alborotadores y amantes de la parranda. Las cosas parecen marchar viento en popa. Eligen una reina y organizan una colecta para darle una casa a su recién reconstituida Federación de Estudiantes de Venezuela, que ese año preside el bachiller Raúl Leoni. Alguna matrona caraqueña descubre que le sobran unos cuantos metros de paño azul y los convierte en boinas para los doscientos estudiantes regulares de la Universidad: ese será su disfraz carnavalesco, y más que eso, su identificación goliárdica.

Pero a medida que pasan los días de ese carnaval, los acontecimientos van tomando un sesgo distinto. Dos jóvenes universitarios y un poeta venido de fuera de las aulas remueven con sus discursos y sus versos a un estudiantado y a una sociedad aparentemente pasivos e inconmovibles, aquietados bajo el duro puño de Juan Vicente Gómez. Uno de ellos, Rómulo Betancourt, pronuncia un vibrante discurso no exento de alusiones veladas a la terrible situación política.

Escaneado con CamScanner

El poeta, Pío Tamayo, lee un poema «de cartel» en aparente homenaje a la reina Beatriz, pero en verdad dedicada a una novia encadenada: la libertad. Frente al Panteón, inspirado por el recuerdo y homenaje al Libertador y enfebrecido por los aplausos del público en la calle, un joven orador de voz metálica y frases rotundas, Jóvito Villalba, se sale del texto escrito de su discurso patriótico para homologar la situación de Nicaragua invadida y Venezuela sojuzgada.[1] Los estudiantes han echado al cesto sus caretas carnavalescas: su movimiento es más que eso, es una protesta abierta contra la tiranía de Juan Vicente Gómez.

El gobierno responde con rapidez aunque sin su crueldad tradicional: encierra en el Cuartel de El Cuño, que sustituía provisionalmente a La Rotunda (vaciada para ser demolida, medida que fue luego derogada) a los líderes estudiantiles Jóvito Villalba, Rómulo Betancourt y Guillermo Prince Lara (quien había destrozado de una pedrada la placa en homenaje a Gómez en la Universidad); y al poeta Pío Tamayo.

Al momento se producen dos grandes sorpresas, la primera acaso previsible, la segunda en absoluto imprevista. Para demostrar que no tienen líderes, que no obedecen a oscuros «agitadores» sino que todos son corresponsables del movimiento y sus derivaciones políticas, doscientos estudiantes de la Universidad Central se entregan a la policía para acompañar a sus líderes. El gobierno actúa dentro de su normalidad: los encamina hacia el Castillo de Puerto Cabello, una cárcel colonial. Allá se les propone firmar una carta de arrepentimiento lo cual les permitiría regresar a la libertad. Aquí se ratifica la primera sorpresa: los estudiantes se niegan a hacerlo, prefieren continuar presos antes que humillarse de tal manera.

Pero la segunda sorpresa es mayor porque increíble. El pueblo de Caracas responde a la prisión de los estudiantes con una huelga general espontánea. Para comprender la significación de este movimiento conviene precisar que, aparte de que bajo la dictadura

era inconcebible que hubiese sindicatos ni organizaciones parecidas, tampoco había tradición de luchas obreras ni populares de ese tipo.[2] Con esa huelga, los caraqueños inauguraban una era de movimientos urbanos, característicos del siglo XX pero que en Venezuela eran completamente desconocidos. Por primera vez en este siglo, el gobierno y una naciente oposición se enfrentaban en un nuevo escenario: la calle.

La dictadura da la impresión de ceder. Después de obligar a los padres de algunos de esos muchachos a firmar una caución comprometiéndose a velar porque sus hijos depongan su actitud rebelde, decide al final poner en libertad a todos. El recorrido de los jóvenes de Puerto Cabello a Caracas será parecido a una marcha triunfal, con vítores y flores a su paso.

Si las cosas se hubiesen quedado allí, ya habrían sido bastantes: por primera vez la dictadura daba la impresión de no saber qué hacer con un tipo de protestas que desconocía, y que como lo vio con muchísima claridad su más destacado jefe militar, el general Eleazar López Contreras, eran más peligrosas que las montoneras porque no podían ser vencidas por las armas, siendo como eran éstas, movimientos desarmados.[3] Por primera vez también, el pueblo caraqueño había hecho que la protesta pasase a ser, por mucho que efímera, algo más que una simple algarada estudiantil.

El movimiento generó, aparte de esas protestas, una serie de reacciones entre los jóvenes y la ciudadanía, de las cuales tal vez la más interesante haya sido la floración de una literatura clandestina. Como los *samizdat* rusos años más tarde, surgió un grupo de pequeños periódicos y otras publicaciones reproducidas a máquina y distribuidas so capa. Como, entre otras cosas, se publican allí versos satíricos de fácil musicalidad y recordación, a la policía no le resultará demasiado difícil reconocer por lo menos a uno de sus autores: Andrés Eloy Blanco.[4]

Escaneado con CamScanner

Algo parece estar cambiando: en una ciudad, en un país donde el nombre de Gómez no se mencionaba (ni siquiera para bien) en el interior de las casas de la gente corriente y moliente, las lenguas se sueltan, y hay quienes van a dar a la cárcel acusados de ser simples «conversadores».[5]

Pero las cosas van mucho más lejos. El movimiento de los estudiantes ha impresionado a algunos jóvenes oficiales del ejército, entre ellos el Capitán Rafael Alvarado y el cadete Eleazar López, hijo del general López Contreras, mano derecha del Benemérito.[6]

Se ponen en contacto con los estudiantes y los convocan para la acción armada. Éstos parecen dispuestos a secundar cualquier aventura, y se arman a la diabla con lo que pueden conseguir en sus casas: la idea es concentrarse cerca del Panteón Nacional, para acercarse luego al cuartel San Carlos cuyas puertas les abriría el grupo de conjurados militares que en principio habría de tomarlo, para repartirle armas a aquellos adolescentes que no tenían idea de cómo se disparaba una. Los insurrectos militares, un poco más afortunados o menos bisoños, lograron tomar el Palacio de Miraflores, lo cual se reveló inútil. Ese Palacio tenía mucho de decorativo: el general Gómez vivía en Maracay, rodeado de campos y también de cuarteles.

Quienes iban a asaltar el San Carlos tuvieron mucha menos suerte. El general López Contreras tomó en persona la dirección de las operaciones, y entró en fuerza al cuartel dominando la situación. Los muchachos que esperaban en las afueras se contentaron con echar algunos inútiles tiros y se dispersaron. La «revolución» había fracasado.[7]

Aquí la tiranía endureció sus castigos. Ya no se trataba de jóvenes que se habían extralimitado durante un inocente carnaval, y que habían intentado politizar una fiesta. La represión se abatió sobre los conjurados militares y sus cómplices estudiantiles. Se había intentado tocar la niña de los ojos del régimen, su fuerza armada.

Con todo, siempre llama la atención la diferencia entre un castigo severo como el que se les infligió a los sublevados del 28 y las atrocidades de la represión cuando diez años antes, un grupo de conjurados civiles y militares había armado una conspiración. Incluso, se llegó esta vez a un extremo impensable: se inició contra los conjurados un juicio militar que, si bien fue abandonado después, dio oportunidades a algunos de ellos para iniciar un amago de defensa.[8]

La tiranía no se quedó allí. Se preocupó no solamente de castigar a los insurrectos, sino que intentó provocar en la sociedad un reflejo más amplio de rechazo, recurriendo a un fantasma que ya tenía casi un siglo andando: acusó, por boca del ministro Pedro Manuel Arcaya, a los insurrectos de ser comunistas, de estar implicados en una insurrección comunista. Eso, por supuesto, no tenía la menor base de sustentación: la mayoría de los jóvenes comprometidos en la revuelta escasamente habían oído hablar del comunismo, la mayoría como sinónimo de anarquía; los más cultos apenas tenían noticia de lo sucedido en Rusia en octubre de 1917.[9]

Una parte de los conspiradores civiles fue capturada y enviada a la cárcel por largos años, sometida a un régimen de prisión que recordaba las peores ergástulas medievales. Se volvió a abrir La Rotunda, algunos fueron a dar al Castillo de Puerto Cabello y a la cárcel de Las Tres Torres en Barquisimeto. El más conspicuo de los civiles apresados era Jóvito Villalba, a quien alguna vez pudo tomársele una foto en la cárcel con grillos en los pies.[10] Otra parte escapó, entre los cuales Rómulo Betancourt y Raúl Leoni. Algunos fueron a Europa pero otros, con menos fortuna, se quedaron en América, sobre todo en Colombia y Costa Rica.

Hasta aquí el recuento de lo sucedido. Llama la atención que ocupe un espacio tan reducido. Pero esto no hace sino reflejar la percepción que la sociedad venezolana pudo tener de aquellos acontecimientos. Por una parte, la férrea censura de prensa impedía una mayor publicidad de parejos asuntos; y aún si algo hubie-

Escaneado con CamScanner

se aparecido en la prensa, era todavía muy reducido el campo que las noticias hubiesen podido abarcar: aquel era un país no solamente analfabeta, sino además con miedo de opinar y hasta de recibir la más simple información. Por otra parte, la configuración misma del país, de su poblamiento y su distribución espacial, hacía que aquellas fuesen mayormente «cosas de caraqueños», y Caracas la única ciudad digna de tal nombre capaz de producirlas.

Pero si fue reducido el impacto de los sucesos del 28 en la sociedad de la época, tal vez ninguno, después de 1810, haya influido tanto en el desarrollo de la historia venezolana, como se verá a continuación.

1. Lo primero a señalar es el cambio de escenario de las luchas políticas y sociales: se pasa del campo a la ciudad. Se puede decir con propiedad que la que entra en escena en 1928 es la Venezuela que se bajó del caballo en 1903. De ahora en adelante, todas y cada una de las batallas políticas del siglo XX se darán y sobre todo se vencerán en la ciudad; frente a esa realidad, poco significan los alzamientos de 1929; y tampoco es dable argumentar que en 1946 y en 1958 «Acción Democrática» haya ganado con los votos de los campesinos: el voto democrático es una invención citadina (ciudadana); y el campesinado es una clase (o un conjunto de clases) sin mucha influencia en el país. Eso es perceptible ya en 1928, hasta su muerte acelerada en el momento presente, y ése es un proceso no sólo venezolano.

Como sea, esa es la realidad que se percibe desde finales de la década del veinte. No hay que ver en los estudiantes del 28 tan sólo los protagonistas de una protesta contra la tiranía. En verdad, en las aulas universitarias siempre había habido malquerencia si no resistencia a la dictadura; muchas veces, más por desprecio de la «horda andina» que por amor a la democracia.

Así había sido en 1918, cuando con el pretexto de celebrar el cumpleaños del Rey de los Belgas, los líderes estudiantiles habían

aprovechado para dejar colar en sus discursos parrafadas de menosprecio hacia el militarismo prusiano, cuya intención comparativa era evidente y que la dictadura no dejó de advertir.[11] Así había sido también en 1921, cuando so pretexto de apoyar un movimiento casi por definición urbano, una huelga de tranviarios, los estudiantes se echaron a la calle, pero su acción no tuvo mayores consecuencias, y en todo caso sin común medida con las que provocaron sus sucesores del 28.

Pero en este último año las cosas eran diferentes. Se puede decir que la verdadera significación de los muchachos de esa generación es que ellos *inventaron la política*. La inventaron en el momento y sobre todo, la inventaron y desarrollaron para las generaciones posteriores. Y política remite antes que nada a *polis*, ciudad. La inventaron en el momento con tres de sus acciones. En primer lugar, la importancia dada a la manifestación callejera, disfrazada, cierto es, de un inocente *monome* estudiantil. Su *sacalapatalajá* no es una simple jitanjáfora semi-deportiva, sino que en cierta manera inventa o por lo menos pone de moda por primera vez los *slogans* cortos, estridentes y no siempre de contenido claro que se escuchan en las manifestaciones callejeras.

En segundo lugar, la significación de su entrega en masa a la policía para acompañar a sus líderes. Ésta no es solamente una muestra de la exitosa política de «no-violencia» con la cual Gandhi conduciría veinte años más tarde a su pueblo a la independencia, sino una forma de encarnar la simbiosis líder-pueblo que, para bien y para mal (porque también ha servido a las dictaduras populistas) será en el siglo XX una de las características de la democracia. Cuando ellos entran a la cárcel están borrando la frontera entre dirigentes y dirigidos, y sin saberlo están enviando un mensaje: quien ha sido encarcelado no es un hombre; es el pueblo entero el que está ahora tras las rejas.

En tercer lugar, y esto tal vez sea lo fundamental, la importancia que le dan a la palabra, tanto hablada como escrita. Desde el

Escaneado con CamScanner

primer momento en que abren la boca, con los discursos en homenaje a su reina y al Libertador, no volverán a cerrarla hasta el último aliento. En el mismo año 28 comienzan a circular esos periodiquillos a que se aludía más arriba; y apenas ponen pie en el exilio, su correspondencia, así como sus conferencias y discursos, alcanzan niveles notables, como acaso nunca antes en la historia venezolana.[12] No es porque sean todos ellos intelectuales: es que la persuasión, la retórica, la palabra, son lo propio de la política y son lo propio de la democracia. Ellos lo piensan así, saben que esa palabra es su arma más filosa y acerada, y no dejarán nunca de emplearla.

2. Eso nos lleva a la segunda de las consecuencias de esta crisis. Manifestar su oposición a la tiranía en el discurso y en el cortejo callejero ya indica una valentía cierta; alzarse en armas junto con algunos oficiales jóvenes y cadetes mucho, muchísimo más. Esos muchachos tan parleros están dispuestos a transformarse también, si el caso fuese, en hombres de acción. Y sin embargo, el rasgo principal de esa crisis en la cual ellos han jugado el papel de actores principalísimos, es que ella sea una crisis ideológica.

Se trata de la crisis de la ideología liberal; se trata de la eclosión de la ideología democrática. Esa es la razón por la cual ellos hablan tanto, escriben tanto. Mientras que los viejos opositores a Gómez no hacían más que repetir los gastados clisés de un liberalismo de cartilla; mientras que eso los hacía indistinguibles del tirano mismo y los hacía aparecer como simples ambiciosos impotentes para derrocar a un tirano al cual se parecían como dos gotas de agua; en cambio, estos jóvenes van a ser los heraldos de una nueva manera de pensar y de hablar; o sea, de una nueva manera de actuar.

Cuando pasen los años, a medida que ellos se vayan impregnando de las nuevas teorías que recorren el mundo, cuando hayan descubierto la dimensión social de la política, su palabra se hará aún más torrentosa, y sus diferencias con la antigua manera de hacer política se hará más evidente.

El liberalismo es la doctrina oficial del régimen; y lo es en su vertiente criolla, el bolivarianismo. El régimen no se contenta, como todos sus antecesores, con un saludo a la bandera y al glorioso cadáver del Panteón para satisfacer el patriotismo y la nostalgia heroica de los venezolanos. Ahora intenta darle cuerpo teórico a sus acciones: Gómez está nada más ni nada menos que aplicando la constitución boliviana, especialmente lo de la presidencia vitalicia.[13]

Frente a eso, hasta 1928 sus opositores sólo tienen, en el plano doctrinal, una negación rotunda: eso no puede ser un sistema liberal, porque su base es la libertad, y el de Gómez es un gobierno tiránico, terrorista, vitalicio y como si fuera poco, dinástico. Liberalismo, dicen ellos, es la aplicación… ¡del pensamiento del Libertador! Frente a frente dos enemigos que enarbolan las mismas banderas, proclaman los mismos principios e invocan el mismo dios laico, la dictadura tiene sin embargo la ventaja de detentar el poder, de ser capaz de aplicar esos principios y sobre todo, cosa de la cual no se abstiene, ser oficiante de un culto intolerante, el bolivarianismo.

Entonces, las diferencias entre esos *frères ennemis* no se resuelven, no pueden resolverse en el plano doctrinal: sería repetir *ad infinitum* el tonto e insoportable juego escolar del gallo pelón. Esas diferencias sólo pueden resolverse de hombre a hombre. Pareja fidelidad le exigen unos y otros a sus secuaces. Y una disputa tal sólo puede resolverse en el campo de batalla. Eso ha llevado a cien años de guerra venezolana.

Y contra eso, la dictadura tiene en su haber un cuarto de siglo de paz, a partir de 1903. Pero no es sólo eso, sino que en 1929 quedará patente, y de una vez por todas, la impotencia y la inutilidad de esa oposición y de su forma de hacer política. En ese año, la Venezuela guerrera intenta cabalgar de nuevo: serán las intentonas de Román Delgado Chalbaud, José Rafael Gabaldón y Rafael Simón Urbina, ligadas de una u otra forma entre sí.

A falta de nuevos y propios planteamientos, los tres movimientos acogerán algunas de las frases menos comprometedoras de las

Escaneado con CamScanner

lanzadas al aire por los estudiantes de la generación del 28: «Venezuela será» y cosas por el estilo. Más aún, engrosarán sus filas con alguna sangre nueva: un Armando Zuloaga Blanco que muere en el empeño, un Rómulo Betancourt y un Raúl Leoni que ven frustradas sus intenciones de embarcarse en la aventura cuando su goleta hace aguas; un Gustavo Machado y un Miguel Otero Silva que ensayan sin suerte la guerra de guerrillas; un Joaquín Gabaldón Márquez que intenta cabalgar junto a su padre, también fracasado.[14]

La dictadura vencerá esas intentonas sin tener siquiera que movilizar el grueso de sus fuerzas: sus adversarios morirán o se rendirán casi sin pelea. Ha quedado demostrado que también esa forma de hacer política es inútil por impotente. Al vacío intelectual de sus dirigentes se une la ineficacia de sus métodos: la Venezuela de a caballo ha muerto para siempre.

La vacuidad del discurso de los «caracortada» (como los llamó a partir de los años treinta Rómulo Betancourt) aunado a sus fracasos en la lucha armada, condujo a los jóvenes del 28 a una profunda reflexión, que dio origen a una nueva manera de pensar y de actuar en política. En un primer momento, los lleva a la crítica de la ideología liberal, lo cual implicaba un gran salto: la primera conclusión a la cual llegan es que el régimen de Gómez no es malo por no ser liberal, sino todo lo contrario: es malo por ser liberal. Lo malo, lo inadecuado para el país es que su política siga desarrollándose dentro de las «mediocres panaceas» del sistema liberal, de la ideología liberal.[15]

A esa ideología se opone otra, que rellena el vacío de aquélla con la carne de las «nuevas teorías sociales». Es la forma más elemental y hasta púdica de llamar al nuevo contenido de la democracia en el siglo veinte. Aquí, como era inevitable, comienzan a mostrarse las diferencias entre diversas corrientes, entre diferentes maneras de concebir la nueva ideología democrática, y la inevitable separación entre radicales y moderados. Sin embargo, la influencia de la Revolución Rusa es tan grande, que la separación entre radicales y moderados se dará en los próximos años en el interior mismo del radicalismo revolucionario, entre los retoños ideológicos del leninismo. Unos de ellos adscritos a la ortodoxia de la Tercera Internacional Comunista ya domesticada por el puño de Stalin, y un grupo de revolucionarios también de tendencia leninista, pero independientes del dominio de Moscú.

3. A la larga serán estos últimos, muy evolucionados hacia la socialdemocracia, los victoriosos que dominarán durante muchos años a Venezuela. Y aquí viene la tercera de las consecuencias de la crisis de 1928. Es la aparición de un nuevo personal político que desde entonces propone su candidatura para sustituir al que rodea al tirano ya decrépito.

Por lo general, se tiende a personalizarlo en los dos líderes más descollantes del movimiento del 28: Rómulo Betancourt y Jóvito Villalba. Su influencia en la política y en la historia de la Venezuela contemporánea es determinante, si bien de distinta magnitud y diferente pasta. El primero es el creador del movimiento político más poderoso del siglo, que ha dado al país siete gobiernos, siete presidencias, incluyendo dos del propio Betancourt; que ha llegado al poder por elecciones o en brazos de una conjura militar victoriosa; que ha logrado conservar un gran poder aún estando fuera del gobierno; que controlará el movimiento sindical y gran parte del gremial de las clases medias, incluyendo el magisterio.

Por su parte Villalba será reconocido en los inicios como el jefe nato de la democracia espontánea. El héroe del 28, el carismático orador de las jornadas del 36 también organizó a partir de 1946 un partido, Unión Republicana Democrática que, si no tuvo la fuerza y la larga influencia de «Acción Democrática», también conoció sus momentos de gloria.

Escaneado con CamScanner

Ellos se sitúan particularmente en 1952 y en 1958. En la primera de esas fechas, el partido sirvió de paraguas para agrupar buena parte de la oposición a la dictadura, y logró vencerla en unos comicios cuyos resultados fueron primero admitidos por el gobierno militar, para luego desconocerlos con un nuevo golpe de estado. En 1958, se alió con el popularísimo jefe de la Junta de Gobierno provisional, Wolfgang Larrazábal, lo que le permitió obtener una poderosa bancada parlamentaria y convertirse durante ese período en el segundo partido del país. Sobre todo, por el Pacto de Punto Fijo que le permitió entrar a la coalición gobernante con el vencedor en las elecciones, Rómulo Betancourt, Villalba ha sido reconocido como un factor esencial en la consolidación del sistema que en Venezuela se dio a partir del 23 de enero de 1958.

Pero sin embargo, el aporte de la generación de 1928 a la política, a la cultura y a la historia del país no se queda en esos dos nombres. El creador, el «padre de la OPEP» como se acostumbraron a llamarlo los periodistas, fue Juan Pablo Pérez Alfonzo, otro miembro conspicuo de aquella generación. Como lo fue el escritor, periodista y político de larga influencia en el país, Miguel Otero Silva, fundador, dueño y director del diario *El Nacional*. También Joaquín Gabaldón Márquez, de dilatada carrera periodística, académica y universitaria, formó parte muy destacada de aquel grupo que, además, ha dado ministros, diplomáticos e intelectuales como Juan Bautista Fuenmayor, Rodolfo Quintero y Kotepa Delgado.[16]

De entrada, la característica diferencial de este nuevo personal político con el antiguo gomecista es que está constituido por civiles, gente sin armas. Y sin embargo, eso no le ha impedido ser el grupo de más largo influjo en toda la historia de la República de Venezuela. Más de medio siglo hablando, actuando, decidiendo y dominando hace su influencia algo más prolongado –y de hecho, más profundo– que la de Páez, de Monagas, de Guzmán Blanco y Juan Vicente Gómez. Su secreto ha sido separar las no-

ciones de poder y gobierno, y saber mantener el primero aún fuera del segundo.

4. Con todo, otro de los elementos de la crisis del 28, y el mejor aporte de aquella generación a la historia del país, reside en el esfuerzo, en gran medida cumplido, por la despersonalización de la política y del poder. Esto fue uno de los rasgos no sólo más sobresalientes, sino también primeros de la acción de aquellos jóvenes. Ellos podían haber seguido un liderazgo carismático. Aspirantes no faltaban, entre los envejecidos héroes de la emigración liberal. Pero además ellos contaban con líderes propios que desde el primer momento mostraron fluida oratoria, capacidad de liderazgo y que también, algo necesario en un país y en un momento en que el culto del macho era más poderoso que una revelación divina, tenían mucho coraje físico.

Pero nada de eso los atrajo: buscaron, como ellos mismos lo dijeron, «un símbolo incorpóreo» de su movimiento: sería la boina azul, que les traía el recuerdo del admiradísimo vasco Miguel de Unamuno, y podía ser una manera sesgada de recordar los ancestros vascos del Libertador.[17] Es cierto que habían electo una reina, pero eso podía ser una concesión al origen carnavalesco de su acción, y además, junto con las serenatas, era a la vez un recuerdo de su romanticismo juvenil y, como lo recordó alguna vez Germán Arciniegas,[18] una invención de los estudiantes del temprano siglo veinte.

En verdad, la mejor ocurrencia de estos jóvenes, la que con más nitidez los demarcaba del personalismo de los gomecistas y los antigomecistas, fue el hecho de calificarse a sí mismos en su acción. Se notaba allí, es cierto, la poderosa influencia de Ortega y Gasset, entonces en el zenit de su gloria literaria, periodística y académica.[19] Pero había algo más. No había acaso mejor forma de marcar desde el inicio lo que les caracterizará toda la vida, la forma colectiva de su acción: el llamarse «generación del 28».

Escaneado con CamScanner

En ese momento, a falta de mejor, ellos motejan su francmasonería juvenil de «generación». Más tarde le encontrarán otros nombres o mejor, otros cauces a su actividad: sindicatos, asociaciones, movimientos, pero por encima de todo, *partido*. Es aquí, en el empleo de la palabra «generación» para definir su *dasein*, su presencia y su acción, que se encuentra pues la génesis de los partidos políticos modernos.

Lo que de manera tendencial, intuitiva, se mostraba en aquella escogencia terminológica, se profundizó en la emigración. Ya desde el año 1925, con la formación en México del Partido Revolucionario Venezolano, se había lanzado un primer intento de nuclear una emigración nueva, más joven o en todo caso diferente a la de los viejos caudillos. Pero ese movimiento arrastraba todavía muchas adherencias de la vieja política e incluso de los viejos políticos: Emilio Arévalo Cedeño, Carlos León. Es a partir de 1931 cuando se da el verdadero vuelco. Los jóvenes del 28 abandonan las ilusiones «revolucionarias» cuando se dan cuenta de que los jefes de tales nada tienen de revolucionarios, en el sentido que esa palabra tiene en el siglo veinte. Y comienza a abrirse en ellos la conciencia de que, sin un ente colectivo que encauce y dirija su acción, o están destinados al fracaso y a la muerte, o peor aún, terminarán agarrados a la cola del caballo de un Gómez antigomecista.

Para los más radicales de entre los jóvenes emigrados, y también para los más exitosos posteriormente, sólo hay una posibilidad: la constitución de un partido fuerte, bien organizado y centralizado, con una disciplina de tipo militar o monástico. El modelo será el partido leninista, si bien, en el caso de Betancourt «fuera de la Tercera Internacional».

En suma, la despersonalización de la actividad política llevará a su consecuencia lógica, a la despersonalización del poder, signo de su modernización, de su institucionalidad. Con el tiempo, los venezolanos aprenderán que quien los manda es el Presidente de

la República, y sólo después de eso fulano o mengano, mucho menos el general tal o cual.

5. Hay finalmente un elemento de esta crisis que merece apenas unas líneas por su importancia relativamente pequeña en 1928, pero que será inmensa después de 1945. El 7 de abril de 1928 entra en escena, pudorosamente y sin consecuencias visibles al menos por los próximos 18 años, un actor jovencito: la institución armada.

Es necesario insistir en todas estas características: lo de jovencito, porque son oficiales de baja graduación y cadetes quienes participan en la conjura; pero no sólo es eso, sino que también es joven su institución como tal. Mejor dicho, ha avanzado muy poco en el proceso de sus institucionalización: es todavía un ejército gomecista. Pero llama la atención también que su impulso conspirativo sea más colectivo e impersonal que individual y carismático. Es el comienzo de la aparición en el seno de los cuarteles de «juntas», «movimientos» y hasta «logias». Es joven como institución pero ya muestra tendencia a actuar como tal, a obedecer más a jerarquías despersonalizadas que al brillo de un gran nombre, de un carisma, de un caudillo.

Y de todas formas, es una primera vez. El general López Contreras, el gran organizador de la institución armada, logrará mantenerla dentro de sus carriles, y se verá a salvo de tentaciones levantiscas, después de 1928 y hasta el fin de su propio mandato en los años cuarenta. Pero el primer paso está dado y la semilla sembrada en los cuarteles. Esperemos veinte años.

Notas al Capítulo III

1 C. Van H. Engert, «Chargé d'Affaires a.i. to Secretary of State», 7 de marzo de 1928. 831.00/1350. *National Archives of the United States of América* (USANA).

Escaneado con CamScanner

2 Rómulo Betancourt, *Venezuela: política y petróleo.* México, Fondo de Cultura Económica, 1956, p. 68.

3 Eleazar López Contreras, *Proceso político social. 1928-1936.* Caracas, Editorial Ancora, 1955, p. 37.

4 *La oposición a la dictadura gomecista.* CPPV-SXX, Nº 11, pp. 3-263.

5 *Archivo de Rómulo Betancourt.* Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1990, T. II, p. 53.

6 *La oposición...*, 13, pp. 269-387.

7 Cf. Rómulo Betancourt, *Venezuela...* p. 68.

8 *Archivo de Rómulo...* T. 2, pp. 65-233.

9 Betancourt, *op. cit.* p. 67

10 Publicada en todas las ediciones del libro de José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia.*

11 Cf. mi *Gómez, el tirano liberal,* pp. 164-165.

12 Esa documentación fue conocida en 1936, cuando apareció un libro con toda esa correspondencia robada en Bogotá a Raúl Leoni y que será conocida luego como el «Libro Rojo».

13 Es la tesis difundida por Laureano Vallenilla Lanz.

14 Cf. el capítulo XXI de mi *Gómez, el tirano liberal.*

15 Rómulo Betancourt, *Problemas venezolanos.* Santiago de Chile, Talleres Gráfica «San Vicente», 1940, p. 4.

16 En el prólogo a una reedición de *Fiebre* en los años setenta, Miguel Otero Silva entrevista a 32 sobrevivientes de la «generación del 28». Son todas personalidades muy destacadas de la política, la economía y la cultura venezolana del siglo XX. En total el inventario eleva esa cifra a 252 estudiantes. Miguel Otero Silva, *Fiebre.* Caracas, Ed. Tiempo Nuevo, 1972, pp. 9-93.

17 Rómulo Betancourt y Miguel Otero Silva, «En las huellas de la pezuña», Santo Domingo, 1929, *La oposición...* Vol. I, p. 462.

18 Se trata de un opúsculo publicado en los años cincuenta y hoy un tanto olvidado, *El estudiante de la mesa redonda.*

19 En su libro *El tema de nuestro tiempo,* publicado por primera vez en 1923.

Capítulo IV
1936: LA LIBERACIÓN DEL MIEDO

El 17 de diciembre de 1935, a las once y cuarenticinco de la noche, muere en su cama de Maracay el cuasi ochentón Benemérito General Juan Vicente Gómez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos de Venezuela y Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas. Su sucesor designado es el general Eleazar López Contreras, Ministro de Guerra y Marina, su hijo adoptivo y su mano derecha en asuntos militares, es decir, políticos. Asumirá el cargo de Presidente provisional, para completar el mandato de Gómez, que se terminaba el 19 de abril de 1936.

Todo parecía así dado para una transición pacífica sin que muchas cosas se movieran en el interior del gomecismo. Pero eso nunca sucede así, y menos a la muerte de un déspota. Con su cadáver aún caliente, se ha comenzado a movilizar el clan familiar, en particular quienes piensan que el régimen debe conservarse intacto, acentuando si se quiere la represión para evitar que el pueblo se desmande una vez fallecido «el loquero de Maracay». Entre esos cuya sangre les une al tirano y por lo tanto se consideran ungidos para sucederle, se encuentra su primo Eustoquio, famoso por su primitiva crueldad al castigar a sus opositores.[1]

Escaneado con CamScanner

Pese a venir de la misma raíz y de haberse alimentado con parejas savias, el general López Contreras se distingue desde muy temprano por su profesionalismo (pese a venir, como sus coetáneos militares, de los campamentos y no de las academias) y por su honestidad, *rara avis* entre la cleptocracia gomecista.[2] Es, eso sí, un buen y agradecido discípulo del Benemérito: no sólo lo entierra compungido con todas las glorias y homenajes de rigor, sino que imita al pie de la letra la acción de Gómez al asumir el poder supremo en 1908: ordena abrir las cárceles y las fronteras para que prisioneros y emigrados políticos puedan volver a casa.

Esto le va a ganar, como a su jefe treinta años antes, una gran popularidad. Pero por supuesto, disgusta a los gomecistas «de uña en el rabo», como solían pintarlos los caricaturistas de la época. Es por eso que, con el cuerpo del Benemérito todavía caliente, debe tomar rápidas y muy serias medidas para impedir que en el seno del ejército prospere la conspiración de Eustoquio y de los suyos, mucho menos que puedan levantarse en armas para mantener el *statu quo* o incluso regresarlo a las peores épocas de la tiranía. Una bala de origen todavía desconocido le quita de en medio a López un dolor de cabeza: Eustoquio es asesinado en una oficina de la Gobernación de Caracas. Muerto el perro se acabó la rabia: por lo menos durante un buen tiempo, López Contreras no parece avistar ningún peligro que venga de ese lado; el gomecismo más recalcitrante ha muerto con su padre.

Pero ese no es el único problema que enfrenta el nuevo Presidente. Apenas se supo en la calle la muerte del dictador, grupos de exaltados comenzaron a saquear las casas de los gomecistas más notorios e incluso, en algunas zonas rurales, a agredir a los dueños de casas y haciendas atacadas.[3]

La anarquía parecía avistarse en el horizonte, como para dar argumentos a quienes pensaban que el pueblo venezolano no estaba maduro para un régimen democrático, que si se aflojaba el

corsé dictatorial, se regresaría al viejo país de las guerras civiles. En verdad, es muy posible que se estuviesen exagerando o extrapolando acciones sin futuro y que además, formaban parte de una vieja tradición hispánica y también venezolana.[4]

Al mismo tiempo, seguían regresando los exiliados. Los viejos capitostes del antigomecismo liberal y conservador no representaban mayor peligro; de hecho trataron de reconstituir sus viejas organizaciones, pero fracasaron en el intento. No es que el país no los entendiera: ni siquiera los oía.

En cambio, era evidente que había un nuevo país que reclamaba también una nueva manera de hacer política. Uno o dos días después de la muerte de Gómez se publicaba en *El Heraldo* un manifiesto de personalidades que reclamaban la democratización del país: toda la Venezuela pensante, pero además toda la Venezuela que en los años venideros va a comandar la sociedad, está presente entre los firmantes.[5]

Eso, sin embargo, tampoco es para preocupar demasiado al general López, quien tal vez reciba ese tipo de manifestación con beneplácito. Pero sucede que entre los emigrados hay algunos jóvenes, mayormente «veintiocheros» que han vuelto contaminados con las nuevas teorías sociales, el comunismo y el socialismo y quién sabe, acaso también el anarquismo.

Ellos no vienen en son de pelea, porque son muy nuevos y se sienten minoritarios,[6] pero su sola presencia es vista como una provocación viviente por buena parte de un país que sale de treinta años de una tiranía misoneísta. Son los «comunistas», entre los cuales apenas un puñado de verdaderos comunistas son adherentes a la Tercera Internacional.

Vienen con un vocabulario nuevo y lo que es peor, atractivo: proletariado, sindicato, antiimperialismo, y sobre todo, el más aborrecido de los vocablos: partido. El sólo mencionar la posibilidad de que se organicen es un insulto a la Venezuela que los ente-

Escaneado con CamScanner

rró en 1903, se dice, y por supuesto se cita a troche y moche la última proclama del Libertador: «…que cesen los partidos y se consolide la unión». Unión y consolidación que, por cierto, tienen un garante en la única institución dejada por el gomecismo: el ejército. Él es el símbolo de la unión nacional, mientras que el partido, su nombre mismo lo indica, es sinónimo de división. El ejército es el garante de la herencia del Libertador, y la palabra partido es también un insulto y una provocación contra las Fuerzas Armadas.

Desde los primeros días de enero de 1936 ya están organizando manifestaciones, como una convocada el 4 en la plaza de La Pastora, pidiendo la formación en Venezuela de un Frente Popular como los que ya están andando en Francia y en España.[7] Sobre todo, ellos han convertido la Plaza Bolívar en un ágora donde, gracias a la proximidad de la Universidad Central de donde proviene buena parte de los oradores, se discute y se discurre a diario sobre los grandes y pequeños problemas del país. También la prensa comienza a estrenar una libertad por fin otorgada, si no garantizada plenamente. El de la libertad de expresión, por lo demás, será el campo de batalla donde por primera vez se enfrenten la vieja y la nueva Venezuelas.

Todavía no hay organizaciones partidistas, ni siquiera sindicatos u otras agrupaciones. En tales condiciones, los dos pilares sobre los cuales se asienta la frágil y recién nacida democracia son la universidad y la prensa. En la primera, se viven horas de gloria: el país comienza a recordar que, en 1928, fueron los estudiantes quienes mostraron el rostro de un país que no era el de los gomecistas ni el de los viejos caudillos antigomecistas. Y en la prensa, se comienza a asomar, con mucha timidez aún, ese mismo rostro, a través sobre todo de las declaraciones de los exiliados regresando a la patria, muchos de ellos buscando cobrar en prestigio político y poder los martirios sufridos.

Otros, sobre todo los más jóvenes, tratando de llamar la atención sobre sus nuevas ideas, sin mucho aspaviento porque saben que el terreno está minado, que los acecha una policía no por primitiva menos atenta, y que sobre ellos el Inciso Sexto del Artículo 32 de la Constitución (que prohíbe la propaganda comunista y anarquista), hacen pender una amenaza permanente que puede lanzarlos «a pendejear en las avenidas del exilio»,[8] antes siquiera de haberse podido poner en contacto con esas masas cuya cercanía ha sido la causa de sus desvelos en los años transcurridos desde 1928.

Pero como organización, lo único que tienen es la Federación de Estudiantes de Venezuela, la gloriosa FEV siempre dispuesta a echarse a la calle tras escuchar los apasionados discursos de Jóvito Villalba. Y de todas maneras, siempre es más sencillo controlar a unos estudiantes que no son demasiado numerosos y se pueden contener si se logra mantenerlos no muy lejos de los claustros del antiguo convento de San Francisco.

Pero la prensa es otra cosa. Sus palabras llegan más lejos que las que se pronuncian en la Universidad; y mucho más si se las combina con el recién nacido periodismo radial. Es hacia allí que se dirigen entonces las preocupaciones del gomecismo «puro y duro». Es, como treinta años atrás, en la prensa escandalosa que perturba los ánimos y agria las relaciones en aquella Venezuela convaleciente, que se van a centrar los ataques de la parte más conservadora y autoritaria, más gomecista, del gobierno.

Ante lo que considera una emergencia (la calle manifestando a voz en cuello sus demandas y protestas, y la prensa sirviéndole de caja de resonancia) el gobierno decide suspender las garantías constitucionales y establecer la censura de prensa. El sólo hecho de hacerlo es ya un indicador de que algo ha cambiado en el gobierno, y que está dispuesto a respetar, por lo menos, su propia legalidad. Ante acontecimientos de ese cariz, Gómez no necesitaba

Escaneado con CamScanner

de esa fórmula legal para golpear. Y en cuanto a la prensa, ella misma se censuraba como había aprendido a hacerlo en los largos años de sumisión.

Pero la naciente opinión pública está demasiado sensibilizada para percibir semejantes matices; e intuye bien que eso puede ser apenas el comienzo de un retroceso; que si lo permite, se habrá echado atrás todo lo ganado con tanto trabajo en apenas un mes de libertad.

Es por eso que se decide convocar a una huelga de prensa y a una manifestación para pedir el restablecimiento de las garantías. El desfile tendrá lugar el 14 de febrero y, desde la mañana, comienzan a formarse en la Plaza Bolívar, frente a la Gobernación y la Universidad Central, grupos de protesta como han venido haciéndolo desde la muerte de Gómez. Pero la policía gomecista está demasiado nerviosa, desacostumbrada a acciones de ese tipo; y dispara contra los manifestantes inermes.

Entonces se produce la mayor sorpresa de que haya sido testigo el pueblo caraqueño acaso en toda la vida de su ciudad. La manifestación no se suspende, sino todo lo contrario. Sin miedo a una repetición de lo sucedido en la mañana, miles de ciudadanos se incorporan a ella. ¿Cuarenta, cincuenta mil? Es imposible decirlo: Caracas es una aldea de apenas unos doscientos mil habitantes, un villorrio de calles estrechas donde además no existían las refinadas técnicas de medición que hoy se conocen. Pero la impresión que dan, y sobre todo que se dan a sí mismos los manifestantes, es que toda la Caracas adulta se ha echado a la calle, desbordando el centro, desde la Universidad hasta Miraflores.

Encabeza la manifestación el rector de la Universidad Central, Dr. Frank Rísquez. A su lado, el líder de la Federación de Estudiantes de Venezuela, Jóvito Villalba, y demás dirigentes tanto estudiantiles como de las otras organizaciones sociales que han comenzado a aparecer.

Pero allí lo más importante no son los dirigentes, sino el pueblo que engrosa el desfile. Hay que tomar en cuenta que ésta no es una forma de hacer política, ésta no es una forma de participación a la que esté acostumbrado. No por cierto que no existiesen ejemplos de otros desfiles en Caracas, pero generalmente ellos han tenido por motivo una celebración patriótica o una reacción contra el «gobierno anterior» estimulada y bien vista por el que le sucedía. Pero esta vez se están enarbolando consignas abstractas y novísimas, las consignas de la democracia: no se está aupando ni denostando de un caudillo.

Y más que una manifestación contra (y mucho menos por) un gobierno, ella lo que busca es imponerle el rumbo que la calle quiere. El desfile avanza, lento y pacífico, hasta Miraflores. Al llegar allí, exige que una delegación, a cuya cabeza esté Jóvito Villalba, sea recibida por el Presidente de la República. Otro signo de novedad, éste accede. Un nervioso Villaba golpea con su sombrero de pajilla el escritorio presidencial y enuncia el pliego de las reivindicaciones de la masa que hormiguea allá afuera: restablecimiento de las garantías constitucionales, castigo de los responsables de la masacre de esa mañana, respeto a la libertad de asociación, luz verde para la creación de partidos y sindicatos.

El general López Contreras recibe el pliego y promete estudiarlo. Los delegados salen a la calle y desde allí la manifestación, envalentonada con lo que es ya un triunfo popular, se dirige al Panteón donde Jóvito Villalba y Rómulo Betancourt, prendidos de una ventana, arengan a la multitud. Cuando ésta se disuelve, cada quien lleva a casa la noticia, la impresión de un triunfo: el gobierno tiene que ceder, y en efecto lo hará. No solamente destituye al Prefecto de Caracas, general Félix Galavís a quien los manifestantes achacan los muertos de la mañana, sino que aprovecha para cambiar su gabinete.

Como era previsible, se ha discutido mucho sobre la real magnitud y el alcance de la manifestación del 14 de febrero. En lo que

Escaneado con CamScanner

nadie parece estar en desacuerdo es que se trata de una fecha histórica la primera de su significación en el siglo veinte. Es por eso que conviene detenerse un poco sobre el hecho mismo, antes de pasar a analizar sus resultados en el largo plazo, cosa que en el caso venezolano significa más de medio siglo transcurrido desde entonces.

En primer lugar, ¿cuánta gente en realidad asistió a la manifestación? Aquí sucede lo mismo que cuando se cuenta el número de muertos en la mañana. En un foro al que nos tocó asistir, uno de los miembros del mismo habló de tres muertos y dio sus nombres y apellidos. En cambio otro de los asistentes, un fotógrafo muy conocido que fue testigo presencial de los sucesos, habla de sesenta muertos. Es posible que ninguno de los dos se equivoque por entero: la primera es la cifra oficial, el mismo día del suceso; la segunda incluye muchos heridos que fueron muriendo en el curso de los días siguientes.

También el cálculo del número de manifestantes del 14 de febrero es un tema todavía abierto, al menos mientras vivan sus actores: ¿treinta, cincuenta mil? En verdad eso tiene muy poca importancia frente al hecho de que la impresión causada apunta hacia la cifra más alta posible.

Entonces, la importancia de la manifestación reside en su condición de *nunca vista*. El hecho de que no se haya producido un cálculo oficial del número de manifestantes puede ser indicativo de que también el gobierno resultó de tal manera impresionado, que renunció a contarlos y sobre todo, a discutir con la oposición la real magnitud del desfile.

Por otra parte, también se ha discutido si las medidas anunciadas por el general López Contreras en su discurso pocos días después, fueron producto de la manifestación, si fue el mismo pliego presentado por Villalba, o en cambio, era algo que había sido ya escrito y discutido por el gabinete, y que el hecho de producirse después del 14 de febrero no fue más que simple coincidencia.

Eso también resulta poco importante, frente al hecho de que los manifestantes percibieron eso como triunfo suyo, lo cual les dio un sentimiento de fuerza que va a determinar mucho de lo actuado en el resto del siglo veinte. Sobre todo porque era la primera vez en la historia de Venezuela que un gobierno daba muestras de haber cedido a la presión popular no para complacerse a sí mismo como sucedió el 13 de diciembre de 1908 con la huidiza aparición de Gómez en el balcón de la Casa Amarilla, sino para complacer a los manifestantes en sus reivindicaciones expuestas ese día. Por lo demás, tampoco el gobierno intentó gastar una energía inútil discutiendo si se adelantó o siguió a los manifestantes.

En tales condiciones, el ingreso de Venezuela a la modernidad no iba a ser producto de un hecho banal como la muerte de un anciano diabético y canceroso; ni tampoco como la genial inspiración de un despotismo ilustrado. El pueblo lo sentiría desde entonces como una conquista suya, como un triunfo propio.

¿Qué fue en los hechos el Programa de Febrero presentado el 21 de ese mes por el general López Contreras a sus gobernados? Allí se combinan el viejo y poderoso resto de la ideología liberal que es la suya y la de todos los gomecistas, con algunos atisbos de las nuevas inquietudes en el terreno social, y más en concreto la situación de la clase obrera.

Por encima de todo, y es lo que abre el Programa, está la Ley: liberalismo puro. Ese programa habrá de ser aplicado en el marco de la ley, *e si non, non*. Para dar una idea práctica y precisa de lo que quiere decir, el general López declara cancelado el estado de excepción y anuncia la restitución plena de las garantías constitucionales. Para vigilar la correcta aplicación de esa ley, es necesaria, y así se asienta en el programa, la reorganización de la administración de justicia.

En segundo lugar, a todas luces para satisfacer la inquietud de la ciudadanía, que empieza a exigir una mayor participación en la

Escaneado con CamScanner

dirección de los asuntos públicos, se propone la revitalización del poder municipal, «que casi había dejado de existir bajo la influencia nefasta de intromisiones extrañas».

Viene entonces la inserción de algo que no estaba, que no podía estar en un programa de corte puramente liberal. Por supuesto, asienta que la función del Estado es la de proteger por igual todos los derechos, pero a renglón seguido viene el novedoso y nada liberal reconocimiento: «...aún cuando en verdad debe decirse que los de la clase obrera han sido hasta hoy los más olvidados entre nosotros». Éstos son los puntos doctrinales sobre los cuales se habrá de asentar la acción del gobierno, expuestos en detalle en los siete rubros subsiguientes, a los cuales habrá de rematar otro con el título de «Puntos complementarios».

El primero de esos rubros, y posiblemente el que mayores éxitos conoció en su aplicación, se refiere a la «Higiene pública y asistencia social». Hay allí una exposición de principios, lejano eco de las reflexiones de Simón Rodríguez. Si el peor mal de Venezuela es el despoblamiento (otra tesis liberal), ello ha de ser solucionado primeramente con el cuido a la población existente, lo cual es una forma de contradecir a quienes piensan que la mejor forma de poblar nuestro desierto sea con el aporte de sangre nueva, de la inmigración europea. No: Venezuela no sólo está débilmente poblada, «...sino que la gran mayoría de la población es víctima de enfermedades y de flagelos sociales, que reducen su capacidad de trabajo y su vigor intelectual».

Sigue el enunciado de esas enfermedades sociales, las que azotan con más rigor a una población en su mayoría campesina. Es la lucha contra el paludismo, la anquilostomiasis y la tripanosomiasis. Esto no quiere decir que en la ciudad no existan esos u otros flagelos sociales, los cuales deben ser combatidos con un buen aprovisionamiento «...de agua potable y de leche pura, lucha contra el zancudo y contra las moscas, control sanitario del personal obrero

y del medio en que vive»; protección de la madre y el niño; lucha antituberculosa y contra las enfermedades venéreas; creación de una sección de estudios sobre la alimentación, y otro de propaganda sanitaria; organización de los institutos de beneficencia y de previsión sociales.

De inmediato siguen las vías de comunicación, que junto con lo de población que será expuesto en el capítulo VII sobre inmigración y colonización, repiten también aquella vieja y obsedente inquietud por «población y caminos» que figura en las agendas liberales, fuesen tales o conservadoras, en el siglo XIX. El siguiente rubro es el de la educación, donde sobresale algo que es bastante nuevo, si no inédito: la lucha contra el analfabetismo de los adultos. Lo demás son planes de educación para los diversos niveles, que reproducen una vieja inquietud del liberalismo y de la nación venezolanos, y donde lo más nuevo acaso sea el interés puesto en las escuelas normales y en los jardines de infancia.

Igual cosa puede decirse del siguiente rubro, relativo a la agricultura y la cría, donde el respeto sacrosanto de la propiedad hace pasar en silencio el principal flagelo del campo, que ya la oposición ha comenzado a denunciar en sus mítines, artículos y estudios: el latifundio.

A eso se une otra curiosidad, en el capítulo VI, relativo a la política fiscal y comercial. Aunque en su parte «e» se dice que se buscará llevar su rendimiento al máximo posible, perfeccionando su fiscalización, y que se procurará que «las explotaciones mineras rindan al país el máximum de beneficios económicos a que tiene derecho», no aparece en ninguna parte la palabra «petróleo». Esto es un claro indicativo de la actitud que se tiene hacia el hidrocarburo desde los primeros tiempos de su explotación y casi hasta nuestros días: en primer lugar, el petróleo es «una mina» asimilable en todo a la explotación del oro u otros metales; en segundo lugar, que se trata de un enclave extranjero cuya actividad no se po-

Escaneado con CamScanner

ne, y acaso no se deba poner, en el centro de las preocupaciones venezolanas.

Al final, hay los que el Programa mismo llama «puntos complementarios», como la reorganización de la administración pública proponiendo el ingreso a ella por concurso, y también del servicio exterior. Pero en el primer párrafo está algo que sólo por comodidad idiomática se puede considerar complementario: es el garante del «prestigio del Estado», sus Fuerzas Armadas.[10]

El Programa valía lo que valen todos ellos, y acaso podía no tener más importancia que el señalado antes, el de ser el primero que se diera a la publicidad como tal, de una manera orgánica y no elaborado *a posteriori* con retazos de proclamas y acciones de gobierno.

La muerte de Gómez tenía que cambiar por sí sola la escena política, como sucede siempre que desaparece de ella el *one man show*. Pero, como muchos parecían esperarlo (unos como anhelo y otros como maldición) podría haberse producido apenas el cambio de una máscara.

De hecho, así como, quizá de una manera no siempre consciente o deliberada, el Benemérito había organizado su sucesión dejando el poder en manos del Ejército por la interpósita persona de su hijo adoptivo Eleazar López Contreras; también la celeridad con que aparecieron y se pusieron en práctica los planes a desarrollar en el cauce general del Programa de Febrero, indicaba que éste había sido escrito desde mucho antes, y que sólo el temeroso conservatismo de una tiranía mineralizada los retenía engavetados.

Además, una muerte y una promesa son acciones individuales, puntuales y acaso también insignificantes si no hay una voluntad colectiva que los convierta en hechos históricos.

En el primer caso, si el país se hubiese negado a internalizar la realidad fáctica de la muerte del tirano, y su presencia mítica hubiese continuado helando la sangre en las venas venezolanas, em-

pavorecidas por la sombra del grillo y del tortol. En el segundo caso, si un programa fuese tan sólo aquel famoso *chiffon de papier* que, para cierta diplomacia a la prusiana eran siempre los compromisos entre Estados. Pero el catorce de febrero se produjo otra cosa: ese día entró en escena un tercer personaje para que el drama venezolano dejase de ser un simple diálogo entre la muerte y el poder: el pueblo. Como este último sustantivo es bastante vago como para que cada quien le dé la forma de su real gana, convenía entonces recordar cuál tomó ese día de ese mes y de ese año.

El hecho simple es que a la manifestación del catorce de febrero siguió el Programa de Febrero del Presidente López. Pero no sólo fue eso. En la reorganización de su gabinete que también se produjo, es posible percibir una parte, ciertamente la mayor, de realización de una política propia, más acorde con la formación de López mismo, y otra donde se podía advertir una cierta influencia de la presión de la calle.

Se ha dicho, y con mucha razón, que quien entra al nuevo gabinete es la «Junta de Liberación»; la misma de París en 1929; la cual unió por primera vez desde la Revolución Libertadora a toda la emigración liberal antigomecista.[11]

Es por eso que se dice más arriba que ese acto obedece más a la formación de López Contreras que a la presión de la calle: ni más ni menos había hecho su maestro, Juan Vicente Gómez, cuando después de 1908 invitó a formar parte de su Consejo de Gobierno (un organismo de poder real y no ficticio) a los caudillos que había enfrentado –y vencido– en la Revolución Libertadora.

Pero había una evidente concesión a la calle: el nombramiento de Rómulo Gallegos como Ministro de Instrucción Pública. Gallegos está allí para representar y también, si el caso se diese, para contener a los jóvenes agitadores que desde la Universidad pero también fuera de ella continúan propalando sus doctrinas «exóticas»; y para los cuales Rómulo Gallegos es un maestro y casi un ídolo.

Escaneado con CamScanner

Es así como Gallegos, cinco meses después, sale del gabinete menos por el deseo del Presidente que por su propio convencimiento de que los jóvenes líderes que de una u otra forma está representando, no le hacen caso y se lanzan de cabeza en la desastrosa aventura de la huelga general de junio.

De todas formas, casi todo el mundo está actuando con extremada prudencia: el lema de López, «calma y cordura», es seguido con mucha mayor fidelidad de la que se confiesa. La prueba es que la lucha central de las organizaciones populares es por la democratización del país, pero da la impresión de que la palabra misma, *democracia*, fuese objeto de un veto no muy alejado del que sufren las palabras socialismo, comunismo y anarquismo.

Hasta ahora no se ha explicado mucho por qué se evita la palabra «democracia» en los nombres de las primeras organizaciones que se forman antes y después del 14 de febrero. Es «Organización Venezolana»(ORVE); es el Partido Republicano Progresista (PRP, el más cercano a un partido comunista; hablar de «progreso» es usar un término del programa liberal, es positivista). Es también la Unión Nacional Republicana (UNR), de nombre incomprensible en un país donde no hay partidarios de la monarquía; es, colmo del absurdo, la idea de bautizar Federación de Estudiantes de Venezuela (FEV) a un partido político, por supuesto comandado por Jóvito Villalba. Parejo miedo acompaña a la palabra «partido» aunque el PRP parezca en este caso romperlo, o hacer como.

Con sus nombres inocuos, esos partidos comienzan sin embargo a vivir y a actuar con un dinamismo que linda en el frenesí, como si desearan recuperar treinta años perdidos. Lo primero que se hace es hablar, hablar mucho. La radio se convierte en un órgano de tanta mayor importancia cuanto que Venezuela es un país mayoritariamente analfabeto.

Pero son también las peroratas de la Plaza Bolívar, y sobre todo, son los mítines: un periódico da la cifra de cincuenta oradores

de las diversas corrientes democráticas en una concentración en el Circo Metropolitano.

Aparte de eso, está por supuesto la palabra escrita. No hay que olvidar que la prensa ha sido la gran ganadora de los sucesos del 14 de febrero. Los periódicos se abren a la opinión democrática y hay uno de ellos, el recién fundado y muy moderno *Ahora*, que se convierte en su vocero. Al lado de ellos circula, con una periodicidad menor y por supuesto, con una pobreza mayor a la de los diarios comerciales, la prensa de partido: será *El Popular*, órgano del PRP; *ORVE*, del partido con el mismo nombre; y en el Zulia, *Petróleo*, órgano legal de los obreros comunistas.

El haber aceptado las demandas populares y anunciado su Programa de Febrero aumenta la popularidad de que gozaba el Presidente López. La oposición se da cuenta de que él es el mejor garante, en el Estado, de la continuidad del movimiento de apertura. Es por eso que, asqueada por la composición del Congreso gomecista, acepta «con el pañuelo en la nariz» que se reúna para que nombre a López Presidente Constitucional, y después, vana ilusión, que se disuelva y deje convocar a elecciones generales para renovarlo.

Es el «Bloque de Abril», remedo muy circunstancial de un Frente Popular, y que estará integrado por ORVE, el PRP, la FEV (Organización Política) y otras sociales. El haber propuesto ese frente, en esas formas y con ese propósito específico, será considerado después por todos ellos como un «amargo error» de las jóvenes organizaciones democráticas. En verdad, el error no parece residir en el hecho de haber aceptado que López Contreras fuese electo Presidente Constitucional, sino en haber creído que después de ese acto, el congreso gomecista aceptaría disolverse. El verdadero y garrafal error vendría después, en el mes de junio.

En junio de 1936, la oposición decide repetir la hazaña del pueblo caraqueño el catorce de febrero, y lanza una huelga gene-

Escaneado con CamScanner

ral; la respuesta fue multánime, y sus dirigentes creyeron haber logrado, organizado y premeditado, lo que la eclosión espontánea de las masas populares había logrado en aquella primera fecha. La huelga de junio había sido prefijada para durar veinticuatro horas. Pero, como lo dijo uno de sus dirigentes, Rómulo Betancourt, en un análisis publicado veinte años después, quienes la organizaron se dejaron impresionar «por la marea ascendente de la calle» y la quisieron convertir en una huelga indefinida, lo que llevó a que el movimiento se disolviera, menos por represión que por consunción.[12]

Aquellos dirigentes desconocían algunos elementos básicos de la acción política y social. En primer lugar, que como su nombre lo indica, los dirigentes dirigen, y no se dejan llevar por las ilusiones o los caprichos de sus dirigidos, ni mucho menos por una idea de sus fuerzas que no han cotejado con la realidad. Sobre todo, como tanto se decía en aquel mismo mes en Francia, que «hay que saber terminar una huelga».

A partir de entonces, para el gobierno fue más fácil golpear a la oposición democrática, que en forma tan infantil había mostrado que no tenía ese férreo control sobre las masas populares, y sobre todo su movilización, de que alardeaba a raíz del triunfo del 14 de febrero.

Es así como nada le cuesta a la gobernación de Caracas negar la legalización del Partido Democrático Nacional (PDN), que reunía en una sola organización a todos los partidos democráticos hasta entonces dispersos: ORVE, PRP, UNR y el Bloque Democrático Nacional del Zulia, autor de la propuesta del partido unificado. También le será más fácil manejar el mayor conflicto social del siglo: la huelga petrolera de diciembre de ese año.

Sobre todo, la derrota de la huelga de junio anuncia lo que sucederá en marzo, luego de que fuese decretado el regreso compulsivo al trabajo de los obreros petroleros y que un intento de celebración del primer aniversario del 14 de febrero se salde con un fiasco: la disolución de las organizaciones democráticas y la expulsión de sus dirigentes acusados de «comunistas».

Se puede decir que, en 1936, el año político no coincide con el cronológico: comenzado con la jornada histórica del 14 de febrero, se concluye con esta solitaria derrota del recién nacido movimiento popular. El liberalismo ha ganado así su primera batalla contra la democracia. Pero ni el uno ni la otra serán iguales en adelante; lo actuado el 14 de febrero tiene consecuencias mucho más profundas, como se verá a continuación.

1. La primera, la más importante y profunda consecuencia del 14 de febrero de 1936 es lo que se puede llamar la liberación del miedo venezolano: allí murió la Venezuela gomecista, pero también la Venezuela pre-gomecista. Para decirlo en términos concretos, que no se enterró tan sólo el terror de la represión y del despotismo, sino también de la anarquía y la guerra civil.

Hay que situarse en el momento de la manifestación, para darse exacta cuenta de qué se quiere decir con esto. En primer lugar, la policía gomecista permanecía intacta, y la actitud que podía tomar el ejército era todavía una incógnita, en el caso de que realmente lo fuese, porque todo hacía esperar que un cuerpo creado, alimentado y educado por Gómez reaccionase con los reflejos desarrollados por su padre.

Es cierto que se había ya hecho más o menos pública la diferencia entre los gomecistas más notorios y quienes rodeaban al nuevo presidente. Pero hasta ahora, la manera de resolver esas diferencias era la vieja, la gomecista: o el exilio más o menos dorado, o, como en el caso de Eustoquio, el lance personal con derramamiento de sangre. Por lo demás, los saqueos y otras manifestaciones de rabia que se habían producido después de que se diera la noticia de la muerte del hegemón andino, hacían temer que efecti-

Escaneado con CamScanner

vamente, lo que él mismo había vaticinado se produciría: sin el puño de hierro, la anarquía y la guerra civil.

En todo caso, para los gomecistas, el argumento estaba a la mano: había muerto el «loquero de Maracay» y sólo el restablecimiento de su autoridad, encarnada si posible por otro Gómez, aportaría la camisa de fuerza para contener a un pueblo enloquecido al respirar su primer aire de libertades.

Y, pese a todas las favorables opiniones que a su favor daban sus prójimos, no se sabía en puridad de verdad cómo podía reaccionar el general López Contreras, que venía de la misma escuela y compartía los mismos temores. Es más, se podía pensar que la reacción de quienes apretaron el gatillo en la mañana del 14 de febrero no hacía más que obedecer órdenes superiores; y, como lo dijeran más tarde y con otro suceso (la publicación del «Libro Rojo») sus dirigentes, «en Venezuela las órdenes superiores las da siempre el gobierno».

En tales condiciones, nada costaba pensar que si lo de la mañana había sido grave, lo de la tarde resultaría catastrófico, una verdadera masacre. Estaba a la vista la crueldad de una policía que hasta pocas semanas antes helaba la sangre al sólo sospechar su cercanía. El terror que paralizaba las venas de los venezolanos al sólo nombre de Juan Vicente Gómez, nomás tenía comparación, en la historia venezolana, con el que entre las filas republicanas producía la mención del caudillo asturiano José Tomás Boves. Con semejantes recuerdos a la espalda, nada de extraño hubiese tenido el que el reflejo de terror continuara paralizando los músculos venezolanos, y que en la tarde del 14 de febrero la gente se quedara en casa, evitando un suceso fatal.

Y sin embargo nada de eso sucedió: a medida que, gracias acaso a la radio y también a la noticia de boca a oreja, se regaba por toda Caracas la información de los muertos de la mañana, la gente no huía, sino que buscaba apersonarse en el lugar del suceso, ve-

nía a darle cuerpo a lo que se convertiría así en la más grande manifestación en la historia del país.

Es decir, que sabiendo que había habido plomo, y que podía por consiguiente haberlo de nuevo, sabiendo que los reflejos del gomecismo continuaban intactos, los caraqueños decidieron jugarse el todo por el todo, vinieron de hecho y no en la simple retórica a ofrecer, si el caso fuese, su vida para derrotar la tiranía y dar vida a la democracia.

Esto es tanto más meritorio cuanto que no había en la historia de la ciudad ningún precedente. La gente no sabía realmente qué cosa fuese desafiar al gobierno, o más concretamente a su policía, quién sabe si a su ejército. No existía tradición alguna de luchas civiles; y se presumía que en la única tradición reconocible, la de las luchas armadas, la experiencia y la fuerza estaban en palacio, y no en la calle.

Pese a eso, la gente salió; pese a eso, el centro de Caracas se desbordó. Pese a eso, el gobierno dio la impresión de ceder y apenas una semana después anunciaba su Programa de Febrero. Si sólo hubiese sido eso, ya sería bastante. Pero no fue sólo eso.

Es que febrero no se quedó en febrero: está presente en todos los días transcurridos desde entonces. La imagen del genio que nadie ha podido hacer regresar a la botella es muy gráfica, pero sobre todo es muy verdadera. Después de aquellos sucesos han transcurrido más de sesenta años y, sin embargo, nadie ha podido regresar el país a la situación anterior al 14 de febrero de 1936. La época en que eso pareció haberse dado, el régimen que se jactaba de haberlo hecho, la dictadura de Pérez Jiménez, no duró arriba de un lustro.

Pero, como se dijo al principio, no fue ese el único temor del que se liberó Venezuela ese día ejemplar. Si Juan Vicente Gómez logró gobernar hasta que se lo llevó la muerte es porque más allá del propio terror que su presencia imponía, había otro tan pavoro-

Escaneado con CamScanner

so y que databa de más de un siglo: el temor de la anarquía, de la guerra civil, de la disolución social. Como esa era la única realidad que los venezolanos conocían, nada más fácil que asustarlos con un fantasma que nada tenía de incorpóreo.

Pero el único ejemplo del 14 de febrero no está en la magnitud de la manifestación, y ni siquiera en el hecho de que fuera triunfadora como, con razón o sin ella, lo pensaron en su momento sus participantes. El otro ejemplo es el orden: una vez que llegaron a Palacio y Villalba entregó sus peticiones, se dirigieron al Panteón y luego de escuchar la arenga de sus líderes, el desfile se disolvió en forma pacífica.

Eso enterró el otro miedo venezolano. No se produjo el *maremágnum* que tantas voces anunciaban, no se disolvió la sociedad venezolana. Venezuela demostraba así que había aprendido a vivir en paz.

Muchas son las explicaciones que se han dado sobre ese hecho, y acaso todas con un poco de razón: la presencia de un ejército nacional fuerte y unificado, el hecho del cambio de escenario de las luchas políticas y sociales, al ser los modos de la ciudad más pacíficos, más convivientes; el terror de la guerra y también de la tiranía.

Todo eso se sabía o al menos se intuía el 14 de febrero; y sin embargo, el recuerdo de un siglo de guerras pesaba todavía con demasiada fuerza como para no dar base a los temores que un poco por interés y un poco como sentimiento real, expresaban los sectores más reaccionarios de la sociedad. A quienes, sobre todo en algunas zonas rurales cercanas a la capital, parecían dar la razón algunos exaltados.

Pero nada de eso tuvo consecuencia: ese fue el otro hecho resaltante del 14 de febrero. Fue una jornada pacífica en el momento mismo y en las generaciones posteriores; para ellas crisis política y crisis social no han significado desencadenamiento de la guerra, como lo fue en el siglo anterior. La Venezuela que en 1903 se había bajado del caballo, demostraba haberlo hecho para siempre. Y lo demostraba de la manera más fáctica posible: las manifestaciones callejeras, las grandes concentraciones populares, son de gente de a pie.

2. La coincidencia del Programa de Febrero y las consignas de los diversos partidos y organizaciones populares, y de éstas últimas entre sí, señala otras de las consecuencias de esa crisis: que lo que se presentó entonces no fue el programa de un partido ni de un gobierno, sino un verdadero proyecto nacional.

Por primera vez se presentaba el que iba a sustituir al proyecto liberal que había servido de faro, de ideología, a todas las acciones políticas, a todas las guerras y guerritas del siglo XIX. El programa liberal, el cual también fue el de la tiranía de Juan Vicente Gómez. Por primera vez se presentaba a la luz pública el proyecto democrático.

Sobre las formas que habrá de tomar esa democracia se hablará en el siguiente acápite. Pero aquí se trata de destacar sobre todo su carácter nacional. Así como durante el siglo pasado todo el que quisiese figurar en la política y en la historia del país debía arroparse con la inmensa bandera del liberalismo (más aún, con la bandera amarilla), de igual manera, en el siglo veinte y a partir de 1936, no habrá nadie con las mismas aspiraciones que no se proclame y hasta se crea demócrata. Poco importa que de hecho no lo sea: la hipocresía es un homenaje del vicio a la virtud. Pero esa democracia va a tener dos características que si bien no le son exclusivas, sí van a tipificar su versión venezolana: su vocación estatista y su inquietud social.

En el Programa de Febrero aparece, ya desde el segundo párrafo, una frase que proclama esa vocación: dice que... «la vida de los pueblos atraviesa a veces etapas de evolución tan compleja,

Escaneado con CamScanner

que es casi imposible mantenerla en los límites de una estricta normalidad legal, que sea el Estado mismo el que se adapte a la anormalidad del momento».

Cierto, eso se dice para justificar el decreto de suspensión de garantía que en ese mismo acto estaba siendo revocado. Pero podía ser esgrimido, y de hecho lo fue, como la doctrina de un intervencionismo estatal, entre otras cosas en el terreno económico.

Es así como en el número g) del capítulo VI del Programa de Febrero se habla de la «Adopción de un plan de política comercial que ponga a nuestro país en condiciones de igualdad con la generalidad de los países del mundo, que han abandonado las fórmulas del liberalismo económico». El abandono de esas fórmulas estará presente a lo largo del Programa de Febrero, como en todos los programas de los partidos democráticos.

En cuanto a lo otro, no sólo el gobierno reconoce que la clase obrera ha sido la más olvidada, sino que anuncia su voluntad de cambiar esa situación adaptando «...a las condiciones peculiares de la República la legislación internacional del trabajo existente» y anuncia la creación de una Oficina Nacional del Trabajo, «...encargada de velar por la aplicación de la legislación vigente sobre la materia, y de emprender, al propio tiempo, el estudio metódico de las reformas que en ella deben introducirse».

Pero el gobierno no se queda en ese reconocimiento y esa promesa: la impresión que da es la de estar consciente de que todo eso podrá quedarse en el papel si los propios interesados no toman el asunto en sus manos, si no pasan de ser una fuerza potencial pero pasiva a una fuerza dinámica y actuante. Es así como a renglón seguido considera «...altamente deseable que los patronos y los obreros constituyan, por su parte, los grupos de agremiación profesional, y que éstos tengan un organismo central nacional, pues toda legislación del trabajo, por más avanzada que se suponga, sería inoperante en la práctica, si no existen las organizaciones patronales y obreras, cuyos intereses va a defender y conciliar». Los obreros no han esperado a eso para comenzar su agrupación, y al año siguiente ya tendrá su central nacional. Los patronos se harán esperar un poco, y será en 1944 cuando se funde Fedecámaras.

3. El catorce de febrero, pues, nació la democracia venezolana. Ella nació con los dos significados que se le puede dar a esa palabra. Nació como una voluntad popular expresada en la calle, y con las características actuales, propuestas desde entonces: una democracia que signifique prensa libre, elecciones, libertad de asociación y manifestación, partidos políticos, respeto a los derechos humanos. Lo primero es un sentimiento difuso, que se manifiesta cada vez que, de una forma u otra, se pone en peligro lo conquistado desde 1936. A lo largo de ese año, una consigna estuvo siempre presente en todos los carteles: «antes la muerte que una nueva dictadura».

Ese sentimiento se ha expresado de diversas formas: con un boletín de voto el 30 de noviembre de 1952, derrotando a la dictadura en sus propias elecciones; con una insurrección popular el 23 de enero de 1958; e incluso haciendo oídos sordos a quienes, el 4 de febrero y el 27 de noviembre de 1992, contaban con el apoyo de un pueblo desilusionado de la democracia y enfurecido por la situación económica y la desigualdad social.

También el 14 de febrero anunció lo que será la forma preferida de expresar esa voluntad popular hasta nuestros días: su presencia en la calle. La gente que se volcó en las calles aquel día anunciaba las grandes concentraciones populares que se hicieron habituales después de los años cuarenta.

Gracias a esa voluntad expresada en aquella forma el catorce de febrero de 1936, es que los venezolanos hemos podido vivir en un régimen democrático con diversas características desde hace más de sesenta años, y con la breve interrupción de la dictadura

Escaneado con CamScanner

unipersonal de Marcos Pérez Jiménez entre 1952 y 1958, producto como es bien sabido de un golpe de estado.

¿Cuál democracia? El factor desencadenante de la crisis, las consignas voceadas por los manifestantes y los discursos de sus líderes, pero también los contenidos del Programa de Febrero, mostraron la forma que esa voluntad popular quería para la democracia.

En primer lugar, la libertad de expresión del pensamiento, que entonces quería decir libertad de prensa. Para que esa libertad exista, tiene que haber la decisión del poder –de *motu proprio* o porque la opinión se lo imponga– de respetar esa libertad, y por el otro lado, la voluntad de los órganos de expresión, de sus propietarios y de sus periodistas, de no aceptar –de *motu proprio* o porque el poder se lo imponga– la pasividad y mucho menos el servilismo. Desde el 14 de febrero, existe en Venezuela una particular sensibilidad sobre el tema: no es demasiado exagerado decir que esa fecha juega, en la constitución real, no escrita, de Venezuela, el mismo papel que la Primera Enmienda en la Constitución de los EEUU de América.

Esa sensibilidad ha impuesto también una forma particular a la prensa venezolana: no existe prensa oficial, en la forma que existió bajo el gomecismo. Ni *Crítica* para López, ni *El Tiempo* para Medina Angarita, ni *El País* ni mucho menos *La República* para Betancourt, llegaron jamás a los extremos de *El Nuevo Diario* ni de los otros periódicos cantando las loas del Presidente. Durante los años de la dictadura de Pérez Jiménez, la prensa silenció sus críticas, se sometió a la censura, pero no cayó en el servilismo, en la loa desmesurada.

En segundo lugar, esa democracia sería a lo largo del siglo una democracia de partidos. Apenas se disolvió el cortejo, los manifestantes corrieron a abrir las casas de los nuevos partidos, a organizar sus seccionales, a abrir sus órganos de prensa, a convocar a sus partidarios en diversos mítines.

Desde entonces, no hay un solo paso que se intente dar en el terreno político donde no esté presente el partido político. El propio general López Contreras quiso poner una organización electoral bajo la advocación del Libertador Simón Bolívar, para eludir la alusión al único que le daba legitimidad a su existencia: el pueblo. Pero a partir de los años cuarenta, ese velo también caerá, incluso para cubrir el rostro del gobierno. Así, el partido del general Medina Angarita terminará llamándose Partido Democrático.

La otra forma de la democracia voceada el 14 de febrero y durante todo ese año, dará también el tono a la democracia venezolana querida por los manifestantes: elecciones generales. Esto último quería decir no sólo que debía expresarse en toda su plenitud el sufragio universal, sino que esa elección debía además ser directa, o sea aboliendo el complicado sistema de tres grados con el cual se elegía al Presidente de la República. Y que los manifestantes estaban dispuestos a refrendar en las urnas lo que coreaban en las manifestaciones, lo demostraron al año siguiente, con el triunfo de las izquierdas en las elecciones municipales.

Notas al Capítulo IV

1 Se le atribuye el haber hecho colgar públicamente, de garfios de carnicero, a tres opositores que habían atentado contra su vida. El hijo de Eustoquio no niega el hecho, pero culpabiliza del mismo al medio hermano del general, Simón Gómez. Edgar J. Otalvora, *Eustoquio Gómez*. Caracas, Libros de Bohemia, 1985, p. 33.

2 Tomás Polanco Alcántara, *Eleazar López Contreras, el General de tres soles*. Caracas, Grijalbo-ANH, 1990, p. 85.

3 *El Universal*, 2 de enero de 1936, p. 1.

4 Rómulo Betancourt, *Venezuela...*, p. 84

5 *El Heraldo*, 19 de diciembre de 1935, p. 1.

Escaneado con CamScanner

6 Es la actitud que Betancourt adopta en su primera declaración pública al diario *La Esfera*, a principios de febrero de 1936. *El debate político en 1936*. Caracas, CPPV SX, p. 166.

7 *El Universal*, 4 de enero de 1936, p. 4.

8 La expresión es de Rómulo Betancourt en una de sus cartas recogidas en el «Libro Rojo».

9 Santiago Ochoa Briceño, *Lo que vi, oí e hice*. Caracas, Ed. Presidencia de la República, 1994, p. 195.

10 *Gobierno y época del Presidente Eleazar López Contreras*, CPPV SXX, Nº 17, pp. 73-86.

11 *Ahora*, 29 de febrero de 1936, p. 1.

12 Betancourt, *Venezuela...*, p. 86.

Capítulo V
1945: LOS DOS NUEVOS ACTORES

El 18 de octubre de 1945 estalló una revuelta militar en Venezuela. No fue, como lo pretendieron sus protagonistas en el momento, un movimiento cívico-militar, sino, como lo reconoció Rómulo Betancourt años más tarde, un pronunciamiento militar clásico,[1] con apoyo de un pequeño grupo de civiles. Apoyo que se amplió mucho cuando se supo que el grupo estaba formado por cuatro dirigentes fundamentales del partido «Acción Democrática»; apoyo que luego fue confirmado de manera avasallante en las urnas electorales.

En un primer momento, la opinión se desconcertó: si alguna acción de ese tipo se esperaba, era de parte del general Eleazar López Contreras, quien aspiraba volver a Miraflores electo por el Congreso y que, días antes, había declarado que su sable no estaba colgado para siempre en la panoplia familiar. Era él quien tenía poder en el Congreso, al punto de que no resultaba disparatado pensar que de allí saldría su próxima presidencia: era él, sobre todo, quien se suponía con mucha influencia todavía en el ejército, sobre todo entre los viejos generales, los cuales a su vez lo contro-

Escaneado con CamScanner

laban. Eso pensó, para condenar el golpe, Andrés Eloy Blanco en México: al día siguiente debió desdecirse.

La sorpresa y confusión del país eran comprensibles: los actores del movimiento eran militares de bajo rango y por tal desconocidos; en cuanto a los civiles, si bien formaban la dirección del primer partido de oposición en el país, también era la primera vez que se presentaban como una opción real de poder y sobre todo, que lo hacían por la vía de las armas, solución que habían aborrecido desde los años treinta cuando su jefe había escrito biliosas parrafadas contra los «sindicatos de macheteros» y contra los «caracortada», adjetivación esta última que buscaba amalgamarlos con Al Capone, *Scarface*, el caudillo italiano de los bajos fondos norteamericanos.

Según la versión de los interesados en los días que siguieron al golpe triunfante, las cosas se habían desarrollado de esta manera: durante el año 1945, y acaso mucho antes, un grupo de los oficiales más jóvenes de la institución armada había venido realizando reuniones que poco a poco se habían concretado en la preparación de un golpe de estado; para el cual esperaban juramentar unos trescientos oficiales para noviembre del 45, o sea la tercera parte de la oficialidad.[2]

Llegados a junio de 1945, las cosas parecían marchar viento en popa; pero algunos de ellos debieron darse cuenta de su propia situación de desconocidos, y su bisoñería política. Sí, iban a tomar el poder ¿y después? Es entonces cuando piensan en contactar algunos civiles. La versión oficial del asunto es que ese contacto se producirá por intermedio del médico Edmundo Fernández, hombre independiente pero amigo de Rómulo Betancourt y pariente por afinidad de uno de los conjurados, el mayor Horacio López Conde. Éste le comunica lo que está sucediendo, y le pide hablar con Betancourt. En la noche del seis de junio de 1945, tiene lugar la reunión. El grupo militar lo preside el oficial de mayor graduación, Mayor Marcos Pérez Jiménez, y lo integran además los tenientes Martín Márquez Añez, Francisco A. Gutiérrez, Horacio López Conde y Carlos Morales; en la primera reunión, los civiles son apenas dos: Rómulo Betancourt y Raúl Leoni.[3]

Los militares hablan, los civiles escuchan. Betancourt pide que le permitan consultar primero con el comando de su partido. Según toda evidencia, eso de «comando» no quiere decir el CEN del partido, cuerpo demasiado numeroso y que, como todo el mundo, se enterará de la conjura por la prensa, una vez que hubo estallado el movimiento el 18 de octubre. Betancourt se acuerda sólo con los hombres de su mayor confianza que son, aparte de Leoni, Luis Beltrán Prieto Figueroa y Gonzalo Barrios; quienes se incorporan más tarde a las reuniones conspirativas. Las cuales continuarán sin mayores interrupciones hasta que se produzca el golpe. En las Fuerzas Armadas, la conjura se extiende como una mancha de aceite. Como se ha dicho antes, se esperaba contar para noviembre con unos 300 oficiales juramentados; y en octubre, ya se había alcanzado la mitad de esa cifra.

¿Cuál era la situación que había dado origen a la conjura? Esa pregunta podría formularse también en otros términos: ¿fue la situación política la que dio origen a los movimientos militares, a la formación de juntas, a la conspiración? Según las declaraciones de los propios conjurados en los días que siguieron al triunfo del movimiento, los motivos para las reuniones y la juramentación fueron en un inicio puramente profesionales. Como en cualquier otro conglomerado humano, los militares venezolanos estaban sometidos a diversas tensiones y presiones que iban desde lo más pedestremente profesional hasta lo ideológico.

En primer lugar, se sentía la muy normal y corriente diferencia generacional. Con el agravante de que en este caso, los oficiales más jóvenes, muchos de ellos con brillantes estudios en Venezuela y en el extranjero, con sobrada razón se juzgaban superiores en su

Escaneado con CamScanner

desarrollo intelectual (a comenzar en asuntos propiamente militares) a los viejos generales cuyos grados habían sido obtenidos sin el menor rigor de estudios, muchas veces por propia designación y en el mejor de los casos en unos campos de batalla extinguidos hacía cerca de medio siglo.

Y sin embargo, eran estos últimos los que comandaban el ejército, si bien se debía excluir de ellos al propio Presidente de la República, pues el general Isaías Medina Angarita era el primer oficial de escuela que llegaba a la cabeza del Estado.

En cuanto a su situación social, era por lo general bastante precaria. Un subteniente ganaba menos que un chofer de autobús.[4] En verdad, gozaban de un *status* igual al de los otros sectores de la clase media; y eso se hacía más evidente en los grados más bajos de la oficialidad. Esto quiere decir que ellos sentían también el impacto de la carestía de la vida, agravada por la escasez producto de la guerra mundial; y más cuando veían llenarse las arcas del tesoro con los nuevos ingresos petroleros a raíz de las reformas de 1943.

Junto a eso, a los oficiales les llegaban, por diversos conductos, solicitaciones ideológicas de lo más dispares. Durante buen tiempo, y eso se podía acaso sentir en los mandos más viejos, la admiración por la aceitada eficacia del ejército prusiano fue avasalladora en las Fuerzas Armadas; también por la dictadura italiana de Benito Mussolini, de lo cual se acusaba al propio Presidente Medina. Pero tal vez la mayor influencia, llegados a esta fecha de 1945, era por los militares sureños, los de Perú donde Pérez Jiménez y otros habían hecho sus estudios, y sobre todo por los militares argentinos que, a partir también de 1945, van a originar la más poderosa forma del populismo latinoamericano, el peronismo.

Pero no se crea que sea esa, la dictatorialista, la única solicitación ideológica que llegaba a los cuarteles. También había, en diversos países latinoamericanos, el ejemplo de oficiales que habían desposado causas civiles y democratizadoras. El más inmediato de

esos ejemplos estaba en Guatemala, con su revolución de octubre de 1944. Y todavía gobernaba en Bolivia Gualberto Villaroel, quien después de su derrocamiento y muerte se convertirá en uno de los mártires del Movimiento Nacionalista Revolucionario, que volverá al poder por medio de una sangrienta insurrección en 1952.

Para completar el cuadro, había una conciencia generalizada, y no sólo entre los oficiales jóvenes, del atraso técnico del ejército, de la obsolescencia de su armamento, de la necesidad de ponerlo al día en su organización como en las novísimas tácticas guerreras. La guerra había terminado: por un lado el país tenía dinero para modernizar sus Fuerzas Armadas, y por el otro, los EEUU necesitaban salir de sus excedentes de guerra. Y el mejor mercado posible era América Latina, donde a partir de 1941 se venía dando un proceso de homogeneización de sus Fuerzas Armadas, tomando todas como modelo el ejército norteamericano, si el caso se diese de luchar juntas contra un enemigo común, que hasta 1945 había sido el nazismo, y que a partir de 1948 será el comunismo.

Sin embargo, este tipo de tensiones suele estar presente en toda fuerza armada, y eso no conduce siempre a la sublevación. Para que el estallido se produjese en la Venezuela de 1945, fue necesario que se diesen dos condiciones más. La primera y más importante es la pérdida de autoridad. Desde 1936, el ejército se había abstenido de caer en tentaciones golpistas porque su jefe había logrado mantenerlo unido. No en vano el general Eleazar López Contreras era, después de Gómez, su creador; no en vano había buscado desde entonces despersonalizarlo e institucionalizarlo, hablando con frecuencia de «la institución castrense».

Pero la llegada al poder de Isaías Medina Angarita había cambiado las cosas. López Contreras, a quien la Constitución le prohibía la reelección inmediata, lo había designado como su sucesor por ser militar y tachirense, y tal vez con la no muy secreta esperanza de continuar ejerciendo el poder detrás del trono. Pero ape-

Escaneado con CamScanner

nas Medina Angarita se hace de la Presidencia, comienza el alejamiento entre los dos máximos jefes del ejército. En primer lugar, Medina Angarita, a quien sin embargo las izquierdas sospechaban de simpatías fascistas, comienza una política de apertura que no sólo iba más allá de la que López Contreras había iniciado en 1936, sino que a partir de la entrada de EEUU en la guerra se había hecho cada vez más audaz llegando, a mitad de su período, a aliarse sus partidarios con el todavía inconstitucional partido comunista.

Eso era grave, y una comprensible causa de ruptura para un hombre como López Contreras, de ideología conservadora y por mil razones (entre ellas la de la cerrada formación religiosa de los andinos) opuesto al comunismo. Pero tal vez eso no hubiera bastado para una ruptura abierta si no fuera porque, como se dijo antes, López Contreras aspiraba a que, una vez terminado el período medinista, la Presidencia le volviera, para lo cual contaba con una fuerza considerable en el Congreso, que era donde se hacía la elección. Cuando López se dio cuenta de que Medina tenía otras intenciones, se produjo la ruptura abierta. Era una ruptura política, pero en el ejército eso significaba otra cosa: se rompía la unidad de comando. El camino se abría así para cualquier ambición, cualquier aventura.

La segunda condición para que el proceso derivase en crisis y en una sublevación vendría de afuera de los cuarteles. Algunos de los conspiradores comenzaron a darse cuenta de que un levantamiento destinado a derrocar un gobierno que, además, gozaba de una cierta popularidad, podría llevar plomo en el ala si se daba por razones puramente militares. Como todo gobierno democrático, el de Isaías Medina era sometido a diario a una crítica en ocasiones feroz por una prensa que por primera vez en su historia (todos los periódicos, con excepción de *La Religión*, habían sido fundados en el siglo veinte) conocía una libertad plena. Y entre esos periódicos que fustigaban al gobierno, estaba el órgano de «Acción Democrática», *El País*.

El periódico y el partido hacían una oposición sistemática, y era la primera vez que eso se conocía en el país sin que derivase en una insurrección. Por supuesto, eran muy variados los temas que se debatían, y muchas las acusaciones e incriminaciones que se le hacían al gobierno. Pero en general, eran dos las que venían con mayor frecuencia en las plumas y en la boca de la oposición: la corrupción administrativa y lo antidemocrático del sistema de elección de los Poderes Legislativo y Ejecutivo, pero muy particularmente esto último.

La corrupción es siempre el tema favorito de toda oposición, por la sencilla razón de que ella es inherente al Poder: siempre se encontrará, pues, paño donde cortar. Pero es que, en este caso, el partido de Rómulo Betancourt había encontrado un filón particular: la existencia de lo que se podía llamar un peculado hereditario. No se trataba sólo de lo que pudiese robar la administración de Medina (aunque también), sino del hecho de ser su régimen heredero directo del de Gómez reconocido por todos como el mayor peculador de la historia venezolana. De modo que el ataque era contra los que peculaban en el momento de la denuncia, y quienes lo habían hecho en el pasado y que todavía conservaban lazos muy estrechos con Medina Angarita y su gobierno. El segundo elemento era que, a raíz de la reforma a la ley de hidrocarburos y la nueva relación con las empresas petroleras, había comenzado a ingresar mucho dinero al tesoro nacional. Y la ocasión hace al ladrón.

Pero en verdad, lo que más preocupaba a Betancourt y a su partido, y que había convertido en el caballito de batalla de sus campañas periodísticas, era la forma de elección de los poderes públicos. Era antidemocrática en extremo: los varones alfabetos mayores de veintiún años elegían a los concejales y a los diputados regionales (o sea a las Asambleas Legislativas de los Estados); los primeros a su vez elegían a los diputados al parlamento, y los se-

Escaneado con CamScanner

gundos a los senadores. Los cuales en cámara plena elegían al Presidente de la República: ¡una elección de tres grados!

En tales condiciones, se producía un evidente cuello de botella: un régimen que abría las puertas para el debate político a toda la nación, pero que las cerraba en el momento de la elección. Para Betancourt eso significaba un alejamiento permanente del poder, y su partido podía cansarse de una oposición demasiado larga.

Lo peor de todo era que, al parecer dispuesto a ceder a las aspiraciones populares, el gobierno de Medina había reformado la constitución, eliminando entre otras cosas el Inciso Sexto del artículo 32 que prohibía la propaganda comunista, pero se había negado a la elección directa del Presidente. Eso equivalía, para Betancourt, a un lustro más de oposición, cuando menos. Es por eso y también para enfrentar el mayor peligro, el de una reelección de López Contreras, que desde antes de iniciar sus reuniones con los militares había comenzado a sondear la posibilidad de una candidatura única del gobierno y la oposición, con el compromiso de reformar de inmediato la ley electoral: el candidato en el Embajador en Washington, Diógenes Escalante.

Es pues sobre la base de luchar contra el peculado y promover la realización de elecciones libres que se selló el compromiso entre los militares jefaturados por Marcos Pérez Jiménez y los civiles capitaneados por Rómulo Betancourt. Pero en el ínterin se coló uno de esos imponderables que muchas veces resuelven o complican una situación política, y llegan a marcar el paso de una posibilidad a una realidad. «Acción Democrática», como se ha dicho, venía acariciando la idea de la candidatura de Escalante desde antes de comenzar a reunirse con los conjurados militares.

Resultaba bastante incómodo para Betancourt que se pudiese pensar que estaba jugando con un as escondido en la manga, que estuviese a la vez negociando la candidatura de Escalante con el gobierno, y con los militares el derrocamiento de ese mismo go-

bierno. Pero el destino decidió otra cosa, y le quitó de encima a Betancourt esa pesada hipoteca: la noche en que iba a ser proclamado candidato, Diógenes Escalante se volvió loco.

Es lógico pensar que a partir de ese momento, Betancourt no se volvería a entrampar en una situación semejante, y rechazaría cualquier otra candidatura de unidad que presentase el gobierno. Pero las cosas se le facilitaron cuando el gobierno cometió el tremendo error de presentarse con otro candidato, Angel Biagini, tan gris como brillante había sido Escalante. A partir de allí las cosas comenzaron a marchar sobre ruedas: el golpe de estado se daría tarde o temprano.

En verdad, más temprano que tarde: los rebeldes no tuvieron que esperar hasta noviembre, fecha previamente establecida, pues la conjura fue delatada, y su jefe militar, Marcos Pérez Jiménez, fue hecho preso. Tal como había sido planeado, el resto de los oficiales comprometidos debía lanzar el movimiento si, antes de la fecha prevista, uno de ellos era detenido. Eso fue lo que sucedió el 18 de octubre de 1945.

Aparentemente, el golpe había sido debelado. Pero, entonces se produjo la mayor sorpresa: al general Isaías Medina Angarita le faltaban seis meses apenas para entregar el mando, y quiso evitar mayor derramamiento de sangre, quiso evitar a su país los horrores de una guerra civil, y así lo dijo: se rindió, y fue hasta la celda de su oponente para hacerse prisionero a su vez.

Se formó entonces una Junta Revolucionaria de Gobierno, y aquí se produjo una nueva sorpresa, ésta sí mayúscula: el aliado de los golpistas no era, como se pensó en un principio, el general Eleazar López Contreras (quien por el contrario, fue hecho preso al momento) sino el líder de «Acción Democrática», Rómulo Betancourt.

De hecho era el partido el mayoritario en la nueva junta gobernante: de sus siete miembros, sólo dos eran militares: los Ma-

Escaneado con CamScanner

yores Carlos Delgado Chalbaud y Mario Vargas. El resto eran los civiles que habían participado en las reuniones conspirativas.[5]

Rómulo Betancourt presidía la Junta, flanqueado por sus fieles Raúl Leoni, Gonzalo Barrios y Luis Beltrán Prieto Figueroa. El médico Edmundo Fernández era premiado por su labor de enlace: también sería miembro de la Junta Revolucionaria.

De inmediato, el nuevo gobierno puso todo por obra para cumplir los dos compromisos iniciales con la Unión Patriótica Militar. Anunció la convocatoria en un plazo breve a elecciones para una Asamblea Nacional Constituyente. En cuanto a lo otro (la lucha contra la corrupción), el 27 de noviembre de 1945 se decretó la creación de un Jurado de Responsabilidad Civil y Administrativa: los que habían metido la mano en el Tesoro público durante los gobierno de Gómez, López Contreras y Medina Angarita (incluyendo a estos dos presidentes) serían juzgados y condenados a devolver los bienes comprobadamente malhabidos. En cuanto a los miembros del propio gobierno, se estableció la obligación de presentar, a su entrada como a su salida del gobierno, una declaración jurada de sus bienes respectivos.

Ambos decretos fueron puestos de inmediato en ejecución. Pero antes de analizar su impacto, es necesario recordar uno de los actos más espectaculares de la nueva Junta: se decidió que ninguno de sus miembros podrían ser candidatos a la Presidencia de la República en los comicios que se avecinaban.[6] De esta manera, querían desmentir una posible sospecha de ambición personal al haberse lanzado a la aventura del pronunciamiento.

Como es normal, por la cantidad de gente involucrada en el asunto lo más espectacular resultó lo primero. Se nombró una amplísima comisión para redactar el estatuto de elecciones, y se formó un Consejo Supremo Electoral con representación paritaria de todos los partidos nacionales. Se estableció que tendrían derecho a voto todos los hombres y mujeres mayores de dieciocho años,

supiesen o no leer y escribir. Eso infló como es normal los padrones electorales, desde un máximo de tres o cuatrocientas mil personas bajo el régimen anterior, a un millón y medio de votos efectivos en el nuevo.

En los tres años siguientes se efectuaron sendas rondas electorales: una en diciembre de 1946 para elegir los diputados a la Asamblea Nacional Constituyente (que una vez electa, hizo también las veces de un Poder Legislativo provisional); la segunda el 14 de diciembre de 1947 para elegir al Presidente de la República; y una tercera vez en febrero de 1948, para elegir los concejos municipales.

En los tres casos, el resultado fue una apabullante victoria de los candidatos de «Acción Democrática».[7] Salvo quizás algunas voces aisladas, de partidarios del general López Contreras y en la emigración, nadie acusó al gobierno de cometer fraude para obtener tales resultados. El ataque de la oposición se centró en la escasa capacidad de discernimiento que pudiesen tener los campesinos analfabetas.

Apartando eso, que se revelará falso en noviembre de 1952 cuando los campesinos votaron contra la dictadura, la explicación más simple es acaso también la más verdadera: los votantes premiaban a quienes les habían permitido ejercer el derecho al voto.

Como sea, «Acción Democrática» obtuvo alrededor de un millón cien mil votos en la primera de esas elecciones, casi un millón en la segunda y más de medio millón en la tercera. Esas cifras le permitían no solamente inaugurar un gobierno con el mayor apoyo de masas en toda la historia de Venezuela y tener una cómoda mayoría en los cuerpos deliberantes, sino, y era mayormente lo buscado, encontrar en esas elevadas cifras la unción legitimadora del levantamiento militar del 18 de octubre, y su propia participación en él.

Se podía pensar cualquier cosa del estatuto electoral promulgado por la Junta Revolucionaria y que su propaganda proclama-

Escaneado con CamScanner

ba como el más democrático de América, lo cual no excluía a los EEUU; pero de todas formas existían precedentes, y se podía hablar de una continuidad en la materia y hasta en el órgano rector de las elecciones, el Consejo Supremo Electoral, por lo menos desde 1936.

Pero en cuanto a lo otro, la lucha contra el peculado, y pese a la existencia de la Contraloría General de la República, se estaba innovando: la creación del Jurado de Responsabilidad Civil y Administrativa no tenía precedentes. En esta materia, también el nuevo gobierno intentó dar una imagen de la mayor amplitud posible. El Jurado estaba integrado no sólo por gente de todas las tendencias y hombres de leyes de reconocida honorabilidad, sino que, pese a la vieja enemistad de Betancourt con los comunistas, incluía a un dirigente de ese partido, el médico Eduardo Gallegos Mancera.[8]

Los actos de este organismo fueron menos sensacionales y en suma menos exitosos que en el caso de las elecciones. En primer lugar, la inclusión entre los acusados de figuras generalmente respetadas pero opositoras de «Acción Democrática» dio pie a la acusación de que lo que se buscaba era menos el saneamiento de la administración pública que una venganza política contra los enemigos de Rómulo Betancourt. En segundo lugar el tribunal hizo mucho ruido para muy pocas nueces: hay quien calcula que lo recuperado por el fisco no fue más allá de cincuenta millones de bolívares.[9]

Ciertamente, la labor de la Junta Revolucionaria de Gobierno no se redujo a poner en práctica esos dos compromisos adquiridos en las reuniones conspirativas, sino que, aprovechando su condición de gobierno *de facto*, adelantó una serie de reformas muy importantes. No es el caso de enumerarlas, sino de plantear el carácter mismo del movimiento.

¿Golpe de Estado o revolución? Esos dos términos sirven de base a la polémica sobre el carácter del 18 de octubre de 1945. Negarse a hablar de revolución es reducirlo a la condición de un clásico pronunciamiento iberoamericano. Tal vez los más rabiosos negadores de aquella condición eran los comunistas, no sólo por tener presente el modelo ruso, ni porque ese movimiento estuviese dirigido por un feroz rival suyo, sino porque la coincidencia de fechas y la autocalificación revolucionaria proponían para el movimiento un nombre, «Revolución de Octubre», que no podía menos de sonarles sacrílego.

De modo pues que, para hablar del carácter, revolucionario o no, del proceso actuado el 18 de octubre, conviene precisar no sólo si se está acogiendo el modelo francés o el ruso, sino, también, si hacerlo tiene alguna utilidad como elemento de análisis en la América Latina del siglo XX y particularmente en la Venezuela de aquel momento. Eso en primer lugar.

En segundo lugar, conviene buscar un punto de comparación menos en aquellos celebérrimos modelos, que en la propia historia de Venezuela. El 18 de octubre de 1945 tiene así un significado y acaso unas características muy parecidas a la «revolución» que el 27 de abril de 1870 llevó a Antonio Guzmán Blanco y a sus liberales amarillos al poder.

Viendo las cosas en esa perspectiva, se podría decir que se trató en aquel octubre, o mejor, en aquel trienio, de una revolución «a la venezolana». Y esto, a su vez, necesita una precisión, una explicación suplementaria. Al decirlo, no se está en manera alguna oponiendo ese concepto a quién sabe qué revolución «extranjera». Dicho en otros términos, no tiene sentido entrar en la polémica política tal y como se planteó en su momento, entre Betancourt y los comunistas.

Por otra parte, tampoco se está aquí remitiendo ese vocablo, «revolución», a las tradiciones decimonónicas, a aquellos levantamientos endémicos que consumieron un siglo de historia venezolana. Lo que se busca entender por revolución «a la venezolana» es en

Escaneado con CamScanner

primer lugar un movimiento que en su estallido tiene como blanco no una administración o un régimen, sino la sociedad entera.

Y en segundo lugar, un movimiento que en su desarrollo también compromete en alguna medida a la sociedad entera, para apoyarla, para adversarla, para ambas cosas a la vez y sobre todo, para sufrir sus consecuencias a lo largo del tiempo, sean o se perciban como buenas o como malas. En este sentido, se trata aquí de evadir ciertos juicios de valor no históricos, sin que ello signifique adoptar una posición neutra o «imparcial».

El movimiento que arranca el 18 de octubre de 1945 pudo haber tenido como blanco una administración o un régimen, pero sus consecuencias sacudieron la entera sociedad venezolana, en aquel momento y hasta hoy. A partir de eso, Venezuela es otra, para bien o para mal (en verdad, lo correcto sería decir que para bien y para mal).

Si muchas otras cosas no permitieran afirmarlo, bastaría una sola: hace más de cincuenta años del suceso, ya han muerto dos de los principales actores del drama (Betancourt y Medina Angarita) y muchas de las primeras figuras de entonces (Leoni, Prieto, Barrios, López Contreras, Mario Vargas) y sin embargo, la polémica sobre el asunto todavía es muy vivaz.

Este mismo elemento de la participación popular nos servirá de punto de comparación con el único modelo de revolución «a la venezolana» que tengamos a mano: el 27 de abril de 1870. Es posible señalar al menos tres áreas de coincidencia con el movimiento que se produce 75 años más tarde. La primera es la ubicación o por lo menos el señalamiento de un problema central a resolver para que la sociedad llegue a sufrir ese cambio sustantivo que caracteriza a toda revolución.

En segundo lugar, que ese problema se haya hecho «nacional», se haya hecho ideología, que si bien se cumple con la bandera de un partido, sea en verdad la voluntad de la nación entera. Y

finalmente, impulsar su solución hasta las últimas consecuencias, hacer de tal manera que se vuelva irreversible.

En el primer caso, se trataba de la creación de un Estado moderno, liberal y laico, que pudiese servir a la vez de molde y de fuerza motriz de la nación en el proceso de su formación como tal. Ese era el problema fundamental de Venezuela cuando Guzmán Blanco entra a Caracas a la cabeza de sus ejércitos. Venezuela está desintegrada o si se prefiere, nunca se ha logrado integrar verdaderamente: a los tradicionales obstáculos naturales, se une la destrucción de cuarenta años de guerra y su terrible huella en las conciencias. El problema central era entonces, séanos perdonado el horrible neologismo, la «liberalización» de Venezuela.

En octubre de 1945, ese Estado ya había sido fundado por el gomecismo, pero el país no lo siente como suyo; o tan sólo como un padre terrible o generoso, pero nunca como un conjunto de instituciones de verdad nacionales y no tan sólo gubernativas. El problema que se plantea es el de la democratización del poder.

Eso había tomado en 1936 la forma de exigencia de elecciones generales. Había llevado a la formación de partidos y de otras organizaciones de acción social, y sobre todo, a la insistencia en la universalidad de la consulta popular periódica.

En el segundo caso, hay que partir de la demostración de la falsedad de un lugar común demasiado repetido por la historiografía, en especial la positivista: que los liberales venezolanos carecían de programa, que sólo se movían por ambiciones, menos políticas que personales. Tenían a mano, para evitarse el trabajo de una argumentación bien sustentada, la confesión de parte contenida en la irresponsable *boutade* de Antonio Leocadio Guzmán: «si nuestros adversarios hubieran dicho federalismo, nosotros habríamos dicho centralismo».

Eso no pasaba de ser una frase. Si algún programa político había sido elaborado con mayor detenimiento era el del partido libe-

Escaneado con CamScanner

ral, desde los enjundiosos artículos teóricos de Tomás Lander y del propio Guzmán en *El Venezolano*, pasando por el Programa de Saint Thomas, hasta, antes de Abril, las páginas polémicas de Guzmán Blanco con el seudónimo de *Alfa*.

Igual cosa puede decirse del programa de la democracia. Cuando Betancourt y sus tres compañeros civiles se instalan con dos militares en Miraflores, comienzan a aplicar un programa que no es el de «Acción Democrática», sino que, se puede decir, es el de Venezuela entera, tal y como viene siendo escrito, reescrito y publicado, desde 1936, desde la oposición con mayor claridad y coherencia, pero también desde el gobierno,[10] con el Programa de Febrero.

Por último, la conversión de la suya en ideología nacional. Hasta el final del siglo (o sea, hasta 1903), todo el que quiera hacer política y el que quiera hacer historia en Venezuela, deberá cubrirse con la inmensa bandera del Partido Liberal de 1840. Liberal será Monagas, liberal será Falcón, liberal serán Guzmán Blanco, Alcántara, Crespo, Andueza, Rojas Paúl, Andrade, Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez; liberal «nacionalista» se llamará el «Mocho» Hernández, liberal será la policroma e inclusiva Revolución Libertadora.

Pero eso podría ser más bien adjetivo: con o sin el Partido Liberal, todos ellos hubieran terminado siendo liberales en lo ideológico. Lo fundamental en este caso es por qué insistían en llamarse de esa manera. Lo hacían porque sabían o intuían que hacia allá llevaban las tendencias profundas del pueblo venezolano. Que el pueblo venezolano era casi por unanimidad liberal; y eso gracias sobre todo a la propaganda y la acción de aquel partido que había arrancado con *El Venezolano* en 1840, y que había llegado al poder con la Revolución de Abril en 1870.

Eso no quiere decir que «liberalismo» y «partido liberal» sean una sola cosa; ni mucho menos que no fuese liberal quien no confesase su adhesión al Gran Partido Liberal Amarillo. Pero es un hecho que, durante mucho tiempo y para la mayoría de los venezolanos, esa confusión era la regla.

Cuando, al final del siglo, se asista a la descomposición del liberalismo amarillo, esto debe tomarse en su sentido cromático: ese amarillo se ha descompuesto en los más diversos colores, pero todos liberales. Aquí, la comparación de la Revolución de Abril con la Revolución de Octubre suele ser casi automática: algunos de sus más inteligentes adversarios[11] tienden a ver en «Acción Democrática» el descendiente directo y legítimo (si bien no reconocido) del Gran Partido Liberal Amarillo. Pero no se trata de una cuestión de sangre (heredada o derramada), sino de número.

Es cierto que la mayoría de sus adversarios civiles (y, de los dientes para afuera en buena parte, también militares) han sido y son tan demócratas como los acciónde mocratistas;[12] pero la confusión entre acciónde mocratistas y demócratas a secas ha sido también la norma durante muchos años en Venezuela. Por esa razón merecen los demócratas de Betancourt su calificativo: ellos «democratizaron» a Venezuela como los liberales guzmancistas «liberalizaron» a Venezuela.

Hay otro elemento nada desdeñable. Entre 1973 y 1989, «Acción Democrática» y Copei se repartieron casi el noventa por ciento de los electores venezolanos: nunca se había llegado tan cerca de la unanimidad. Ahora bien, lo que acerca y hermana ambos partidos, por encima de sus diferencias tácticas, es la fuente común de una fecha: ambos aceptaron el hecho del 18 de octubre, ambos son partidos «octubristas».

Más allá de ellos, que el pueblo venezolano aceptó y usó como arma durante casi medio siglo el instrumento fundamental de esa democracia otorgado en octubre, el voto, lo demostró la derrota del gobierno en las elecciones de 1952, y la «abstención militante» izquierdista en 1963.

Escaneado con CamScanner

Al liberar de su carga pasional y polémica a los términos «golpe de estado» y «revolución» y sobre todo a su comparación, se puede concluir en que hacer esta última plantea un falso dilema; se lo hace por razones políticas, pero que no resisten el lente del análisis histórico. En su organización, el movimiento que estalló el 18 de octubre fue un pronunciamiento militar de lo más clásico: juntas, juramentos más o menos masónicos, secreto, obediencia o cuando menos respeto de la jerarquía de los jefes y subalternos conjurados.

Igual podría haber conducido a otra cosa que al trienio; igual podía haberse dado (algo así estaba previsto) el 24 de noviembre, pero no del 48 sino del 45. Destacar la relación entre el 18 de octubre de 1945 y el 24 de noviembre de 1948, es también enfrentar la versión betancurista del primer suceso; es afirmar que no se trata de dos hechos separados, mucho menos opuestos, sino dos puntas de un mismo proceso. Porque el 18 de octubre fue un golpe militar no unánime (hubo resistencia armada) con apoyo civil, el 24 de noviembre fue la misma cosa, esta vez sin apoyo civil y, por lo menos en el momento mismo, con unanimidad militar.

Ahora bien, aquel golpe militar tuvo un componente civil y por allí, en su origen mismo, dio a luz una curiosa paradoja: los militares, duchos siempre en masonerías y juramentaciones, resultaron menos conspiradores que los civiles. Mientras que aquellos hicieron partícipes del secreto por lo menos a ciento cincuenta oficiales de diversa graduación (pero en su totalidad cuadros medios), en cambio todo hace pensar que entre los civiles, ese secreto no fue mucho más allá de cuatro, acaso cinco personas. Esto tiene un correlato. La organización leninista copia de muy cerca la verticalidad de la estructura militar: de hecho, hasta en su vocabulario («vanguardia», «reclutamiento», «disciplina», «Estado Mayor») lo hace. «Acción Democrática» es un partido que en ese momento sobre todo, tiene muy a flor de tierra sus raíces leninistas.

En todo caso, demostrará que la disciplina funcionaba mucho mejor que en las Fuerzas Armadas. El secreto no pudo mantenerse aquí, y al final, la conjura fue descubierta porque el grifero llegó hasta Miraflores. En cambio, los civiles demostraron ser mejores conspiradores.

No es fácil cuestionar el carácter revolucionario de lo actuado a partir del 18 de octubre. Esto no es un juicio de valor: no se está diciendo con esto que aquello haya sido bueno o malo, sino que es una realidad. Cuando sale del trienio, Venezuela es otra: los cambios han sido profundos y, como se demostrará a partir de 1958, en su mayoría irreversibles.

Esos cambios tienen un común denominador y hasta se podría decir que se trata de un solo cambio que engloba a todo el resto. Se trata del ingreso de las masas a la actividad política, y por allí mismo el ingreso de Venezuela a la sociedad de masas. Y la mayoría de AD, como luego de la democracia, es la mayor en toda la historia del país, en términos relativos como absolutos.

Hacer una valoración moral e incluso, desde cierto punto de vista, política, del 18 de octubre, sale del marco de lo que nos hemos propuesto en estas cuartillas: decir que aquello fue mala o buena cosa para el país siempre remite a una discusión interminable. La cual no hace sino reproducir la no menos eterna entre los partidarios de la conservación y los partidarios del cambio.

Para que no se tome esto como una aprobación indirecta de aquel suceso y aquel proceso, digamos que, en este caso, ambas fuerzas se han situado según el momento en uno y otro lado: los conservadores de hoy han sido los reformadores de ayer y viceversa.

Pero hay sin embargo una valoración posible, y que no desborda el campo del historiador. Es plantearse el asunto en los mismos términos en que, con un latinajo muy clásico, lo hacen quienes investigan un suceso: *cui prodest?*: ¿a quién beneficia el hecho? Curiosamente, aquí se puede decir que los perjudicados fueron en

Escaneado con CamScanner

primer lugar los principales actores del hecho: la institución armada y el partido político.

Para las Fuerzas Armadas, eso no fue fácil discernirlo en el primer momento, por la gloria del vencedor. Entre el 18 de octubre de 1945 y el 24 de noviembre de 1948, tuvo lugar un proceso de prestigiamiento, si no de idolización popular, estimulado por AD, de los líderes militares de la primera conjura. Como sucede que en aquel momento AD era la «mayoría más grande» en toda la historia de Venezuela, casi el 80 por ciento del electorado, también era multánime ese prestigio que un elogio tan repetido creaba alrededor de los militares victoriosos. Así, Pérez Jiménez, Vargas, Delgado, se convirtieron en héroes populares.

No es mucha la gente que, transcurrido el tiempo, considere que haya sido beneficioso para el país el 24 de noviembre, aunque, como es lógico, haya gente (cada vez en menor cantidad) que defienda el 18 de octubre. Pero lo que no se subraya con suficiente insistencia es que, haciendo abstracción de los males reales o supuestos que pudo haber traído al país, la participación en ambas conjuras terminó siendo extremadamente perjudicial para las Fuerzas Armadas.

Apartemos toda otra consideración, para decir que lo fue el haberse convertido, después de sus dos intervenciones victoriosas en octubre del 45 y en noviembre del 48, en un partido político. Que al serlo armado, sólo tiene dos opciones, siempre: o ser el instrumento de la guerra civil, o sea de la guerra entre partidos irreconciliables, sangrienta e inexpiable; o el ser el instrumento de la tiranía.

En ambos casos (y el 24 de noviembre resultó que sería lo segundo), se retrocedía en la historia hasta los tiempos anteriores a 1936. Y en ambos casos, también, las Fuerzas Armadas se ganaban el repudio popular, presente en la manifestación del 14 de febrero de 1936, y en las jornadas populares del 21, 22 y 23 de enero de 1958. Eso suele ocultarse o hacerse menos evidente en los primeros días

de un golpe triunfante: la ausencia de libertad de prensa y el dinamismo de todo régimen *de facto* dan una falsa idea de la situación.

Los golpes militares se suelen dar usando los más diversos pretextos. En verdad, se dan para instaurar un gobierno militar; al cual la dinámica política hace derivar a corto o largo plazo, pero más lo primero que lo segundo, en una dictadura militar. Si no, y esto no se puede excluir en ningún caso, en la guerra civil.

En el caso del partido político, igual cosa. También aquí el espectacular resultado en lo inmediato ocultó el perjuicio en el largo plazo. Acción Democrática se infló con las torrenciales cifras de sus electores. Pero engordó sin fortalecerse. No sólo el 24 de noviembre reveló la flaccidez, la nula fortaleza de sus músculos, sino que su actitud no difería de la criticada siempre a los venezolanos en su conjunto, y que ese partido decía haber nacido para combatir: el esperarlo todo y en este caso del poder, de arriba y por una voluntad heterónoma.

El partido no se hizo entonces verdaderamente los dientes en la pelea cotidiana y en el asalto del poder: este sabroso bocado se le entregó ya masticado. Para decirlo rematando con la frase del propio Betancourt en el texto citado al inicio de este capítulo: «Lo que tenía de negativo tal circunstancia no necesita ser subrayado».

Ahora bien, ¿qué fue lo que «revolucionó» ese movimiento en la sociedad venezolana? Plantearlo nos lleva a señalar, como hemos hecho en todas las ocasiones anteriores, las consecuencias de la crisis del 18 de octubre, de los cambios ciertos e irreversibles que ha producido en la sociedad venezolana y que han contribuido a hacernos tal cual somos en la actualidad.

1. Hoy podemos repetir algo dicho en un ensayo sobre el tema hace unos veinte años: que el 18 de octubre no es una fecha, sino una incitación al desencadenamiento de las pasiones.[13] Eso podría no ser más que un capricho historiográfico, pero es raro que

Escaneado con CamScanner

tales «caprichos» se den sin ninguna base. Lo importante en todo eso es que la controversia, cuando la hay, siempre trasciende los límites del campo especializado, y se convierte en una discusión política actual, y hasta se podría decir, actuante. El origen de tal actitud está en que allí se pusieron en acción dos factores que continúan gravitando sobre la vida política y sobre la sociedad venezolana en su conjunto: el ejército y el partido político.

Entonces, esa es la primera consecuencia del 18 de octubre: la aparición de dos nuevos actores en el escenario político. Eso no quiere decir que no existiesen antes, sino que a partir de allí se convierten en referencias ineludibles dentro del proceso político. Entre 1958 y 1993, además, aseguraron la estabilidad del sistema gracias a un equilibrio institucional entre ambos.

Ahora bien, eso no tiene incidencia sólo sobre ellos mismos, y ni siquiera sobre las sucesivas administraciones o sobre el régimen político, sino sobre la sociedad como un todo. Eso es fácilmente perceptible en lo referente al partido político. En los últimos años, han arreciado las críticas a su carácter pervasivo, al hecho de encontrarse instalado en todas y cada una de las células del tejido social; de que, desde el Presidente de la República hasta la directiva de «Los Criollitos», se elijan por colores políticos. Hay quienes piensan que eso se debe a una ley electoral que los favorece, al rechazar la uninominalidad e imponer la elección por listas cerradas. Pero es poco probable que un fenómeno social y no sólo político pueda ser provocado por una simple ley: eso es volver a la ingenua confusión entre país legal y país real. La explicación tal vez resida en otra parte: al aparecer en la escena venezolana, los partidos políticos contemporáneos estaban actuando en terreno virgen. En efecto, en las sociedades de más larga historia política, los partidos no suelen encontrarse solos en el escenario social.

Aparte de que enfrentan a organismos que adversan el principio mismo de su existencia, en nombre de una «unidad» ideológica o nacional (esto es, de origen cristiano[14] o rousseauniano[15]; entre gente que se enfrenta a aquella idea de unidad (y peor aún, de unanimidad), también el partido político encuentra rivales que le disputan el favor de la sociedad.

Así, a más de las tradicionales como la Iglesia, el partido político ha debido compartir el terreno con organizaciones que le son coetáneas, como por ejemplo los sindicatos obreros, que en muchas partes fueron fundadas o dominadas en sus comienzos por anarquistas que no solamente rechazaban o se oponían a la existencia del Estado, sino a la idea misma de política: repudiaban las elecciones, proclamaban la abstención y por supuesto, rechazaban de plano los partidos.

Cuando en 1936 aparezcan los primeros partidos políticos en Venezuela, la Iglesia todavía lame las heridas que le había infligido el Ilustre Americano. Los sindicatos, por su parte, no rivalizan con el partido: no sólo nacen al mismo tiempo, sino que éstos son por lo general los fundadores de aquellos; y les asignan el mismo papel propuesto por Lenin: el de «correas de transmisión» de la política del partido. En cuanto a los empresarios, basta con señalar la fecha de fundación de Fedecámaras: 1944. Y son de tal manera tributarios del partido político, que en su fundación no dejó de estar presente la influencia de un antiguo leninista: Carlos Fleury Coello, un ex-militante del partido comunista norteamericano que «concibió» la idea de Fedecámaras.[16]

Pero todo eso, que viene desde 1936, se acelerará a partir del 18 de octubre. Lo revolucionario no es la fundación de los partidos, sino su adopción por el conjunto de la sociedad venezolana. Dicho de otra manera, la aparición y el desarrollo de un fenómeno típico del siglo XX, no sólo en el Estado, sino en la sociedad: los partidos políticos de masas.

Escaneado con CamScanner

2. En el párrafo anterior, se ha escrito una palabra que sirve para caracterizar todo ese proceso que el 18 de octubre acelera: *masas*. Si bien el ingreso de ese término, de su realidad y de sus implicaciones en la sociedad venezolana viene, para decirlo así, de brazos de la política, o a través de la política, no se queda allí: se puede decir que el 18 de octubre señala el ingreso de Venezuela a la sociedad de masas.

No quiere decir esto que para un proceso tan complejo, baste un suceso; pero éste jugó el papel de catalizador y también de acelerador. La brecha que había comenzado a abrirse en 1936 hizo al fin ceder el dique que contenía la marejada popular y el río se salió de madre. Con todas sus consecuencias positivas y negativas, pero es un hecho: se puede decir que desde entonces ha sido imposible hacer retornar el genio a su botella.

En ese sentido entonces, el 18 de octubre puede catalogarse como el momento desencadenante de un proceso revolucionario, porque no interesó ni implicó, ni tuvo influencia sobre una administración, un régimen y ni siquiera sobre el Estado, sino sobre la sociedad entera. En aquel momento y hasta nuestros días.

La brecha a través de la cual se coló esa marea popular fue el voto universal. Sobre esto se pueden decir tres cosas. La primera es que no se trató de una simple reforma electoral, y es en esto que supera por cualquier lado que se le mire junto a la promulgada por Medina Angarita. Porque no se trata de la letra de una ley, sino de lo que ella puso en marcha.

Nunca antes en la historia de Venezuela se había logrado generar tanto entusiasmo, tanta mística, tanto deseo de participar. En síntesis, nunca antes una reforma había producido una dinamización de la vida venezolana como el otorgamiento del sufragio universal. Es cierto que sirvió sobre todo para inflar las cifras electorales de «Acción Democrática», pero eso era casi inevitable: era lógico que quienes estrenaban ese mecanismo de la democracia,

premiasen a quienes atribuían la concesión de esa novedad. Por lo demás, el tiempo ha demostrado que esa situación de partido único no sería permanente, mucho menos eterna. Hasta los derrotados el 18 de octubre terminaron aceptando las reglas del juego: Arturo Uslar Pietri se lanzó en 1963, con bastante si no total éxito, a bregar ese voto universal.

La segunda cosa a decir es que en un análisis histórico, no tiene mayor sentido ponerse a comparar esta reforma con la de Medina Angarita. Eso es sustituir lo que fue por lo que pudo ser. No se tome esto como cinismo, ni como «maquiavelismo» en su acepción corriente de diablismo. Eso sería caer en la vieja discusión planteada por Domingo Antonio Olavarría a fines del siglo XIX y por Nicomedes Zuloaga a principios del veinte: que los «conservadores» eran, en la palabra y en los hechos, más liberales que sus adversarios «liberales». En puridad de verdad, si éstos merecen llamarse así es porque fueron ellos quienes «liberalizaron» a Venezuela, hicieron del liberalismo una ideología nacional y no sólo de las *élites* dirigentes. Por otra parte, hay una comparación posible: la reforma de Medina no generó igual entusiasmo.

La tercera cosa a decir para mostrar el carácter revolucionario del proceso desencadenado por el otorgamiento del voto universal, es que él señaló el más profundo elemento de ruptura con el *ancien régime*. Podemos repetir, sin que tengamos que rehacerlo, lo escrito hace muchos años: si la política electoral se convirtió en el más irremediable elemento de ruptura es porque allí era donde existía mayor resistencia al cambio.

La entrada del pueblo (llámese, si se quiere, «populacho») a la política fue lo que marcó la diferencia de la Revolución Francesa con la inglesa y la norteamericana. Entrada «a la política» quiere decir a la presión de su número y también a veces de sus modos violentos en la toma de decisiones que comprometen la sociedad y su historia.

Escaneado con CamScanner

Y eso, no simplemente como carne de cañón en enfrentamientos entre oligarquías nacionales o entre profetas o semi-profetas religiosos; o como las hordas ciegas de las *jacqueries*. Al decir esto, no estamos haciendo un juicio de valor: no decimos si la influencia de los *sans-culottes* fue buena o mala, sino que ella señala un hecho y caracteriza una revolución; y le da por lo demás su condición modélica.

3. Al hablar de *jacqueries* y, luego, de *sans-culottes*, se evoca por necesidad la violencia. Pues bien, nacida de un hecho violento, la forma que toma la expresión de la voluntad popular a partir de octubre del 45 será casi siempre y por mayoría la vía del voto. No quiere decir esto que no haya habido intentonas, una de ellas victoriosa el 23 de enero de 1958, donde se escogió la vía insurreccional. Pero aquél ha sido el camino preferido por el pueblo venezolano desde entonces. Incluso después del 23 de enero, la reivindicación más general fue el regreso a la política por la vía del voto.

Sin embargo, no es esa, y ni siquiera la gran cantidad de procesos electorales pacíficos y con resultados aceptados por los perdedores, la demostración de cuanto se dice más arriba. Es, aunque parezca paradójico, las vueltas y revueltas que han dado sus enemigos para disfrazar esa enemistad. En 1952 y en 1957, la dictadura organizó procesos electorales más o menos amañados pero no se atrevió a prolongarse en el poder sin pasar por el simulacro de una consulta a la soberanía popular.

Hay algo más: incluso en una votación lo más amañada que darse pueda, la dictadura no se atrevió a regresar al *statu quo ante*, a la situación previa al 18 de octubre; a suprimir la universalidad del voto, por mucho que éste no significase mayor cosa en una situación como la que se vivía bajo la dictadura.

De igual manera, hoy se cuestiona la legitimidad del voto popular en las elecciones. Pero nadie lo hace con el principio sino

con la forma. Se cuestiona la elección por listas cerradas y por colores partidistas no porque sea democrática y por allí mismo legítima, sino por no serlo suficientemente.

4. Otra de las consecuencias del 18 de octubre, en apariencia irreversible, es la participación de los jóvenes en la actividad política. No sólo votan los jóvenes en edad militar, sino que participan en diversas formas. Cierto, hoy se constata un desinterés creciente por la política; y la abstención electoral es un fenómeno preocupante.

Pero es que aquí no se está hablando sólo de política, sino de la participación en todas las faces de la vida social, o sea, más como un rasgo cultural que nada más político. Esto, se sabe, no es un fenómeno sólo venezolano. Pero lo característico venezolano ha sido que la primera forma que tomó esa presencia fue política; a través de aquellas masas que en el 45 y después estaban integradas en su mayoría por jóvenes.

5. Igual cosa puede decirse de la presencia de las mujeres en la sociedad venezolana: ellas han dejado de ser seres individuales, privados, para hacerse, como los hombres, seres sociales. Es lo que hemos señalado en varias partes como la revolución social más importante y sensacional del siglo veinte, y particularmente en Venezuela. Y también eso comenzó con su presencia en la calle y en las urnas, a partir de octubre de 1945.

Notas al Capítulo V

1 Betancourt, *Ibidem*, p. 198.

2 *Del golpe militar a la constituyente*. Caracas, Centauro, 1992, pp. VII-IX. Cf. también Ana Mercedes Pérez, *La verdad inédita*. Buenos Aires, Editorial Colombo, 1953, pp. 44-45.

Escaneado con CamScanner

3 Betancourt, *Ibidem*, p. 189

4 Rómulo Betancourt, *El 18 de octubre de 1945*. Barcelona, Seix Bernal, 1979, p. 307. Cf. también Ramón J, Velásquez, *Venezuela Moderna*. Caracas, Fundación Eugenio Mendoza, 1976, pp. 59-64.

5 Ramón Velásquez, *Ibidem*, p. 71.

6 Betancourt, *Ibidem*, p. 209.

7 En 1947, AD obtuvo un millón cien mil votos; Copei 180 mil y URD y el PC unos cincuenta mil cada uno. *Ibidem*, p. 213.

8 Betancourt, *El 18 de octubre…*, pp. 339-340.

9 Eso es lo que sostiene Pedro Manuel Arcaya en su libro *Teratología jurídica*. Caracas, Impresos Unidos, 1947. Betancourt insiste en que se recuperaron 400 millones. *Venezuela…*, p. 227.

10 Vale la pena citar aquí un discurso pronunciado en 1941 en Maracaibo por Jesús Enrique Lossada al lanzar la candidatura presidencial «simbólica» de Rómulo Gallegos. «Se empeñan algunos –decía– en presentar la candidatura de Gallegos como la de un opositor al régimen de López Contreras. Eso es falso. Si Gallegos ocupara la curul presidencial, haría un gobierno democrático, concorde con los lineamientos del programa del Presidente López. Y en vez de oposición o de solución de continuidad entre los dos regímenes, habría dos procesos contiguous [sic] de administración pública inspirados por los mismos principios cardinales». *Programa político y discursos del candidato popular Rómulo Gallegos. Ecos de una campaña*. Caracas, Editorial Elite, 1941.

11 De ambos procesos: me refiero especialmente a la idea expresada durante muchos años por el articulista Francisco Vera Izquierdo.

12 No se debe olvidar que lo de «adeco» fue inicialmente una designación polémica («adecomunistas»). Pero quienes la sufrían la asumieron con orgullo («adeco es adeco hasta que se muere») y el espantajo comunista no asustó a la determinante mayoría, en ocasiones a la casi unanimidad (80% del electorado en 1946) de los venezolanos.

13 Incluido posteriormente en mi *Las Venezuelas del siglo veinte*. Caracas, Grijalbo, 1988.

14 En el pensamiento reaccionario (o sea, el que reacciona contra la Revolución Francesa, en particular Joseph de Maistre) están presentes dos ideas: la Caída y la pérdida de la Unidad esencial. Cf. el ensayo de Cioran sobre el pensamiento reaccionario.

15 El partido contradice la idea de la indivisibilidad de la «voluntad general» cara a Rousseau.

16 El periodista Vaughan Salas, en una entrevista publicada en 1975, revela que Fedecámaras fue «fruto de la inspiración de un hombre, Carlos Fleury Coello» quien al exilarse en EEUU después de 1928, se incorporó al PC de los EEUU y llegó a ser una gran figura sindical. Luego de romper con el PC al final de los años treinta, regresó a Venezuela y se dedicó a la construcción de edificios. «A Carlos se le ocurre una cosa lógica dentro de la teoría marxista. Así como estaba organizado el proletariado hay que organizar la burguesía venezolana». Citado por Antonio Gil Yépez, *El reto de las élites*. Madrid, Tecnos, 1978, pp. 32-33.

Escaneado con CamScanner

Capítulo VI
1958: CRISIS DE LA DEMOCRACIA Y DEL MODELO CULTURAL

El Primero de enero de 1958, aviones de guerra surcaron los cielos de Caracas, despertando a todo el mundo que, a pierna suelta, se recuperaba de la noche de San Silvestre. No era una celebración más, sorpresiva por lo inusual: se trataba de un levantamiento militar contra la dictadura. Era el desafío más serio que había debido soportar el régimen desde el 24 de noviembre de 1948.

El asombro fue mayúsculo, a comenzar por los propios partidarios del gobierno. Un mes antes, éste había realizado un plebiscito para prolongar su mandato, y sus resultados, si bien no sorpresivos, le podían dar a Pérez Jiménez una sensación de solidez, de estabilidad y, si se apartaban los aspectos morales, también de legitimidad, sobre todo frente a sus Fuerzas Armadas.

Pero al parecer le había salido el tiro por la culata: si bien el alzamiento fue debelado, a medida que se iban revelando los nombres de los implicados se pudo ver cuán extendido y profundo era el malestar entre la oficialidad de las tres armas.

El fracaso del golpe no fortaleció al gobierno, como podría haberse pensado. Por el contrario, a partir de ese momento comenzó un acelerado proceso de deterioro que terminaría 23 días más tar-

Escaneado con CamScanner

de con su derrocamiento. Esto último fue producto de una acumulación de oposiciones que, al final, convirtieron el derrocamiento de la tiranía en una empresa nacional.

A comenzar por las propias Fuerzas Armadas. Desde el 24 de noviembre de 1948, cuando pareció soldarse de nuevo la unidad de comando que se había roto en 1945, no había habido ningún brote serio de indisciplina. Cierto, el régimen tenía enemigos en el seno de la institución, pero había procedido a una labor depurativa con el resultado de unos dos centenares de oficiales que habían ido a dar a la cárcel o al exilio o habían visto truncada su carrera militar. Entre los alzados del primero de enero, figuraban hombres como el coronel Hugo Trejo, cuyo grado indicaba que no se trataba, como en 1945, de oficiales de baja graduación, de «jóvenes turcos» llenos de ambiciones lícitas e ilícitas.

Eso era muy grave para un régimen que solía presentarse como «gobierno de las Fuerzas Armadas». Hasta ese momento, se pensaba que éstas eran monolíticas en su apoyo a Pérez Jiménez, el cual contaba además con el sostén diplomático del gobierno norteamericano, cuya política se regía por la división simple entre gobiernos procomunistas y anticomunistas.

El de Pérez Jiménez estaba situado en esta última categoría, y eso significaba para los EEUU no sólo el respaldo de un gobierno, sino, por el carácter mismo de éste, el respaldo de un ejército. La situación era ideal para la estrategia de la guerra fría.[1] Por otra parte, siempre en el terreno de la política exterior, no se podía pasar por alto el hecho de ser Venezuela un país petrolero; es decir, que las potencias europeas estaban particularmente interesadas en mantener buenas relaciones con un proveedor del hidrocarburo que, por lo demás, se había portado tan bien, otorgando nuevas concesiones petroleras a raíz de la guerra del Sinaí.

Pero quedaba entonces demostrado que el «monolitismo» no era tal, y por lo tanto, que acaso tampoco era confiable para la guerra fría y la caliente, un ejército que mostraba así las profundas grietas que existían en su estructura interna y por lo tanto, inhibían su capacidad de combate: quienes se habían alzado eran oficiales del ejército de tierra y de la aviación.

Pero la comprobación de la debilidad del gobierno en el seno de las Fuerzas Armadas no fue sino el primer paso. Entre el primero y el 23 de enero comienza un acelerado proceso de ampliación y de acercamiento entre las diferentes oposiciones, no sólo en el terreno político, sino en el social. Así, la oposición se hace cada vez más nacional, y a la vez, ese conjunto de adversaciones va dibujando la estructura del régimen que seguiría al de la dictadura, y hasta nuestros días.

En primer lugar, la oposición de aquellas agrupaciones cuya desaparición se había ido convirtiendo en la razón de ser de la dictadura: los partidos políticos y entre ellos el más grande, «Acción Democrática». Éste había sido el primero y más duramente golpeado por la tiranía: había visto caer a varios de sus dirigentes, muertos por la policía; centenares de sus militantes habían pasado por la cárcel y las cámaras de tortura.

Al final de la dictadura, el partido había sido desmantelado y desorganizado en el interior del país, y su voz se escuchaba apenas en la emigración; en el interior, un pequeño grupo de militantes trataba de recomponer la maltrecha organización; era un combate a cada rato perdido contra la temible policía política, la Seguridad Nacional.

Después de AD venía el partido comunista. Su estructura interna leninista, hecha para resistir las embestidas policiales, le había permitido conservar intacto un aparato clandestino durante los diez años de gobierno militar. Mantenía una red de cuatrocientos militantes, que daban vida y circulación a un periódico clandestino, *Tribuna Popular* que nunca dejó de aparecer bajo la tiranía. Conservaba un buena influencia entre los estudiantes liceístas

Escaneado con CamScanner

y universitarios y era una fuerza en hibernación pero no menos viva entre los obreros.

La política del partido comunista se orientaba a lograr la unión de todas las fuerzas civiles que se oponían a la dictadura, como paso previo a un gran frente nacional. Aquí, su aliado más solicitado era a la vez el más remiso, porque sus dirigentes en el exilio se le oponían con ferocidad: «Acción Democrática». En cuanto a los otros dos partidos que habían actuado entre 1945 y 1948, URD y Copei, aunque nunca habían sido ilegalizados por decreto, se mantenían también en un estado de hibernación, con algunos de sus líderes cogidos a veces por la policía y enviados a la cárcel o al exilio.

El partido comunista había comenzado a cosechar algunos éxitos en su política unitaria acercándose al más débil y menos estructurado de esos partidos: Unión Republicana Democrática, organización que además nunca se había enfrentado al PC en la forma polémica y cotidiana en que lo habían hecho Rómulo Betancourt y la mayoría de los dirigentes de su partido.

Entre los dos constituyen un organismo llamado «Junta Patriótica», cuyo objetivo es reunir como se ha dicho a todos los factores de la oposición civil, pero esta vez abiertos también a la oposición militar, sobre todo después del Primero de enero, cuando esa oposición logró mostrar que existía. Luego de varios intentos, y con una dirección de la «Acción Democrática» reconstituida con cuadros más jóvenes, más radicales y sobre todo sin la obsesión anticomunista de sus mayores, la Junta Patriótica logra que tanto AD como Copei acepten integrarse a ella, y envíen a sus reuniones algunos cuadros subalternos.

Sea como sea, el objetivo se ha logrado: ahora la Junta Patriótica puede hablar en nombre de los cuatro partidos; y en tal condición y representación, buscar apoyo en el resto de la sociedad.[2]

Porque no era sólo en los partidos y en el ejército que había comenzado a manifestarse esa oposición. Desde mayo de 1957, se

habían agriado las relaciones entre la Iglesia Católica y el gobierno, lo cual había llegado a su punto más alto luego de la prisión de Rafael Caldera y su posterior asilo en la Nunciatura Apostólica y su exilio a los EEUU. En cuanto a los empresarios, el endeudamiento de la dictadura, su política económica que había llevado de la piétora de un año antes a una situación dificultosa a comienzos de 1958, había logrado concitar su desconfianza y luego su franca oposición, en particular de la banca.

En la calle, los militantes más activos contra la tiranía continuaban siendo los estudiantes. Los liceístas habían iniciado algunas acciones de calle, y en noviembre de 1957, cuando todo el mundo creía que la dictadura había logrado acallar para siempre cualquier intento de oposición, los estudiantes de la Universidad Central de Venezuela habían manifestado en la calle para protestar contra la farsa electoral de la dictadura. El movimiento fue reprimido con dureza, pero eso no significó que los estudiantes se quedaran tranquilos. De hecho, el Frente Universitario jugó el papel más importante en las acciones de calle que precedieron al derrocamiento de la tiranía.

La manifestación del 21 de noviembre contra el plebiscito no significó gran cosa, en términos numéricos y de su resonancia entre la opinión pública. Quienes venían intentando hacer del combate contra la dictadura un movimiento de masas, no veían mucha diferencia entre ésta y las manifestaciones que hasta 1951, se llevaban a cabo en la vieja sede de la UCV, de Bolsa a San Francisco. Pero con independencia de su volumen, por la primera vez desde 1952, alguien se atrevía a protestar contra la dictadura, si se exceptúa las manifestaciones liceístas de febrero de 1956 a que se hizo alusión más arriba. Aquí, el más importante hilo para anudar la estrategia del terror estaba, si no roto, por lo menos distendido: a saber que lo más importante no es la represión como la paralización que ella provoca.

Escaneado con CamScanner

Pero no es sólo por eso que los estudiantes se van a revelar valiosísimos en el combate contra la dictadura, sino, antes de que comiencen las manifestaciones, por su prestigio y su aparente lejanía de los políticos, lo que los hace ser mejor recibidos por los conspiradores militares. Aquí es necesario hablar del significado real de la Junta Patriótica en el momento en que la dictadura vive sus últimos días. En todo el tiempo de su existencia, con la única excepción del Partido Comunista quien enviará a ella un miembro de su Buró Político, Guillermo García Ponce, tampoco ninguno de los partidos convocados intentará realzar su importancia política.

Eso se comprende, desde el punto de vista elemental de su supervivencia política: muchas veces esos organismos pueden convertirse en rivales de los partidos políticos, pueden abrazarlos, pero también ahogarlos. Con todo, es muy posible que la relativa anonimia, la importancia secundaria de sus miembros haya contribuido a facilitarles, a permitirles actuar con más libertad en el terreno de la acción concreta por el derrocamiento de la dictadura y en las semanas siguientes.

Es que no se trata solamente del rechazo normal que hubiese podido causar entre los sectores de la Iglesia y la banca (y más generalmente la empresa privada) la presencia de los comunistas en la Junta Patriótica. Se trata de las prevenciones que se tienen contra el partido político *per se* en esa institución sin cuyo apoyo es inútil pensar en la victoria: las Fuerzas Armadas, en cuyo seno es extremadamente vivaz no sólo el anticomunismo, sino el rechazo o en el mejor de los casos la desconfianza hacia esos partidos políticos que la tenaz propaganda de la dictadura ha presentado como la abominación de la desolación y en todo caso como gente que tiene en su agenda secreta la disolución del ejército. Es aquí donde se va a revelar como de primera importancia la presencia y actividad de los estudiantes. Con ellos como tales, los militares no tienen problemas en hablar.[3]

Y por cierto, al escribir «militares» conviene acentuar el plural. Porque al revés de lo que sucedía en 1936, cuando había un ejército si bien pequeño y todavía bastante bisoño, agrupado en formación cerrada detrás de un comando único, en 1958 parecía haber tantos jefes como oficiales de la misma jerarquía. Esto se hará más evidente después del fracasado alzamiento del Primero de enero. Si uno examina los testimonios sobre el momento y encuentra mucha gente atribuyéndose la iniciativa de la conspiración y sus más importantes desarrollos, no se tome esto como el simple deseo de uncir el propio vagón al tren de la victoria.[4] Es muy posible que sea cierto, pues en ese momento todo el mundo está conspirando, como suele suceder cuando un régimen vive sus últimos momentos.

En tales condiciones, si alguien afirma que el Contraalmirante Wolfgang Larrazábal fue escogido para presidir la Junta de Gobierno que sustituyó a la dictadura solamente por ser el oficial de mayor jerarquía; y si éste ripostaba que lo fue por sus méritos, es muy posible que ambas versiones sean ciertas. Por una parte, convenía, para no agregar otro elemento explosivo a la situación, respetar cuidadosamente las jerarquías castrenses. Y por la otra, el mayor mérito que alguien podía tener en la circunstancia era su grisura política, e incluso militar: un hombre a quien se había conocido hasta entonces como director del Círculo Militar y del Instituto Nacional de Deportes, parecía garantizar con eso que no tendría demasiadas agallas.

Ya están pues completos, y dispuestos a actuar en conjunto, todos los conspiradores contra la tiranía. Pero ésta no será una acción como la del 18 de octubre de 1945, puramente militar. Ni tampoco, cierto es, puramente civil como la del 14 de febrero de 1936. Aquí va a tener una presencia decisiva ese elemento que si bien se presentó por primera vez en 1936, le faltó a los conjurados contra Medina, al menos antes de su triunfo: la calle.

Escaneado con CamScanner

En su agitación, en el desencadenamiento de sus acciones, tuvo una importancia de primera línea un sector que se tiene tendencia a considerar desligado de la calle, aislado en su torre de marfil: los intelectuales. Ya se ha hablado de la formidable labor que desarrollan los estudiantes, tanto universitarios como liceístas. Pero ahora se agregarán los intelectuales y artistas, que firman un manifiesto contra la dictadura que causará, por sus términos y por la calidad y el amplio sector que lo suscribe, un impacto notable en la opinión, en esa calle que ya anda muy revuelta.[5] Y que, desde el mismo momento en que se proclama la huelga general contra la dictadura, desborda claramente sus dirigentes. Cuando el 21 de enero los estudiantes se mueven hacia los barrios para repartir sus manifiestos convocando a la huelga, pocos piensan que la respuesta va a ser tan formidable. Ríos humanos descienden de los cerros, y si bien, decretado el estado de sitio, se marca un tiempo de suspenso el 22, el 23 se lanzan de nuevo a la calle para dar el empujón final que, junto con la acción de las Fuerzas Armadas, hará que en la madrugada de ese día los caraqueños oigan el sonido de los motores de la «Vaca Sagrada», el avión presidencial que lleva a Ciudad Trujillo al dictador despavorido.

Es esa misma calle que, al anunciarse la composición de la nueva Junta de Gobierno, militar, en su totalidad, se vuelve a desbordar protestando por su presencia en ella de dos de los más sombríos representantes del régimen anterior, los oficiales Abel Romero Villate y Roberto Casanova. El nuevo gobierno cede y los dos militares son sustituidos por dos empresarios civiles, Eugenio Mendoza y Blas Lamberti.

Sobre todo, esa calle va a demostrar su decisión y también su poder en los meses subsiguientes cuando el 23 de julio y el 7 de septiembre, sendas conspiraciones militares sean debeladas. En la primera de ellas está complicado nada menos que el Ministro de la Defensa de la nueva junta. Durante horas de intensas negociaciones entre el gobierno y los conjurados, la calle se mantendrá expectante, apiñada en grandes multitudes frente al Palacio de Gobierno; y en el último caso, los manifestantes intentan lanzarse con las manos desnudas al asalto del cuartel de los alzados.[6]

Ya estamos pues, del lado de acá del 23 de enero. Durante todo el año 58, dos cosas se sitúan en el centro de las preocupaciones tanto de los dirigentes políticos como del común de la gente: una, la vigilancia frente a las intentonas para regresar a la situación de dictadura militar; dos, la conservación de la unidad que hizo posible el derrocamiento de la dictadura.

En lo primero, todavía la Junta Patriótica va a jugar un papel muy importante, y no dejará de estar presente su acción dirigente en las jornadas antigolpistas de julio y de septiembre. En lo segundo, su acción se va a agotar en la búsqueda de un candidato único para la Presidencia de la República en las elecciones que, todos están de acuerdo, se deben llevar a cabo en diciembre de ese año para legitimar el régimen democrático.

Pero aquí, frente a la cuestión concreta del poder, las cosas vuelven a enturbiarse (o, vistas desde el otro ángulo, a clarificarse) pues los partidos más grandes tienen cada uno su proyecto propio. En lo más que logran acordarse, hacia octubre, los partidos «Acción Democrática», URD y Copei es en un programa común y en formar un gobierno de coalición cualquiera que sea el resultado de las elecciones: es el Pacto de Punto Fijo que será observado con bastante fidelidad en el primer quinquenio.[7]

Que será el de Rómulo Betancourt quien, contra todos los pronósticos que se basaban en las tendencias del electorado caraqueño, vence con una cómoda mayoría a sus rivales Wolfgang Larrazábal (candidato de URD y del Partido Comunista) y a Rafael Caldera, candidato de Copei.

Éstos son, a muy grandes rasgos, los hechos políticos que llevaron al derrocamiento de la dictadura y a la instauración del régi-

Escaneado con CamScanner

men democrático que subsiste cuatro décadas más tarde. A partir de aquí, es posible hacer al menos tres reflexiones antes de señalar los efectos a largo plazo de aquella crisis.

En primer lugar, es necesario decir que, al derrocar a Marcos Pérez Jiménez no se estaba haciéndolo con un régimen cualquiera, sino con la dominación personal más corta (1952-1958) de la historia de Venezuela. Esto tiene un significado que trasciende la propia personalidad del dictador, que sin duda no tenía, ni con mucho, los rasgos de carácter y el coraje de un Páez, de un Guzmán Blanco, de un Cipriano Castro o de un Juan Vicente Gómez.

Pero el problema es otro, para explicar su corta influencia: se hacen sentir los efectos señalados a propósito de la crisis de 1936, a saber la pérdida del miedo y la voluntad de no vivir bajo otro régimen que no sea el democrático. Es cierto que, decepcionados por los escuálidos efectos de cuarenta años de democracia, muchísimos venezolanos denostan de ella, y hasta manifiestan su simpatía por alguna solución de fuerza. Pero cuando se pregunta por las características del régimen que podría suplantarlo, lo que se propone o se intuye en la mentalidad popular es un régimen democrático, si acaso con otro nombre y muchas veces ni eso, sino acentuando ésta o aquella característica del régimen actual, y curándolo de sus vicios más evidentes que, por cierto, como la corrupción, no le son en absoluto exclusivos. Es más, esa aceptación de la democracia es de tal manera extendida, que hasta sus adversarios más acérrimos siempre tienen el cuidado de proclamarse demócratas, de rendir parias a la diosa democracia, a la cual sólo querrían suplantar por un régimen sin sus pústulas, por un gobierno moralizador.

La segunda reflexión fue hecha con mucho sistema en el quinquenio que sucedió al 23 de enero, aunque hoy haya perdido mucha vigencia. Es la siguiente: ¿Se pudo llegar más lejos de lo que aquella insurrección permitió? ¿No se acobardaron los revolucionarios? ¿Pudo ser el 23 de enero una revolución a la cubana?

Más que como una pregunta formulada en aquellos términos, fue en los hechos que se hizo en los años sesenta. La Revolución Cubana abrió las espitas del radicalismo en toda América Latina. Apenas los barbudos guerrilleros de Fidel Castro y el Che Guevara llegaron a La Habana, una frase comenzó a formarse en los labios de todos los revolucionarios: «Si ellos pudieron, ¿por qué no nosotros?»

El mito de los doce muchachos atrincherados en la Sierra Maestra que al final logran no sólo vencer a un ejército profesional sino desafiar en sus propias narices al Imperio, inflamó las juventudes de América. Tal vez en ninguna parte se dio eso como en Venezuela, porque aquí la reflexión no tenía forma interrogativa, sino asertiva: «Nosotros hubiéramos podido, el 23 de enero de 1958».

Más por supuesto que en el apoyo explícito del gobierno cubano, deseoso, como toda revolución, de exportar sus métodos, sus técnicas y sus soluciones; más que en unas «condiciones objetivas» que en verdad nunca se dieron, es en esta «condición subjetiva» donde reside la explicación de la aventura insurreccional de los años sesenta.

Pero no se puede trampear de tal manera con la historia: una cosa es 1958, y otra son los años sesenta. En la Venezuela que sigue al 23 de enero, la retórica al uso es unitaria, y pacifista. Eso lo señaló con mucha precisión Arturo Uslar Pietri en su primer artículo después del 23 de enero: «No fue éste un movimiento de un partido, ni de un grupo, ni de una clase, no tuvo ni siquiera un comando central reconocido. Fue más bien un movimiento de combustión espontánea, como la reacción de un organismo sano contra un veneno para expelerlo, lo que creó esta maravillosa, inesperada y súbita unidad».[8]

Todo el mundo está de acuerdo entonces con aquellas palabras, aunque a muchos no se les oculte que detrás de la cruz unitaria pueda esconderse el diablo anti-partidos. O si se prefiere, anti-

Escaneado con CamScanner

partido, en singular. Porque lo que está presente en primer lugar es la enemiga contra el más importante de esos partidos, contra «Acción Democrática». Incluso entre quienes son insospechables de dictatorialismo, o de ser adversos a la existencia de los partidos políticos, existe siempre el temor de volver a la situación del trienio octubrista, con el consecuente temor de que frente al «partido único» civil vuelva a constituirse el «partido único» militar.

Ese temor nunca será expreso, lo cual es más que comprensible pues, de serlo, sería mostrar una irritable desconfianza hacia quienes, en ese momento sobre todo, se trataba de no irritar. Se va a usar entonces una fórmula que, con otro sentido, se había usado y abusado después del 18 de octubre: «unidad cívico-militar».

Esta vez no se quería la unión de un sector de la sociedad civil –un partido– con un sector de la fuerza armada; sino de la sociedad civil en cuerpo (como hubiese dicho Rousseau): partidos, sindicatos, empresarios, la Iglesia, con el conjunto de la institución armada: el país reconciliado. En este discurso, por cierto, se va configurando el país que se busca, que se desea: esas son las fuerzas sobre las cuales se debe asentar el sistema democrático.

Esa retórica impregnará todo el discurso del año 1958. Servirá, como es habitual, para encubrir muchas cosas, pero también para cumplir otras tantas. Es así como la estabilidad del régimen democrático no vendrá tanto por la unión de los partidos y de las Fuerzas Armadas, sino por la división de esta últimas. Entre 1958 y 1962 se asistirá a un serio proceso de intranquilidad militar.

La mención de esta última fecha, la de una insurrección militar izquierdista, nos vuelve, con un nuevo elemento de apoyo, a la pregunta hecha al principio y que la izquierda no dejó de hacerse obsesivamente en los 60: si el ejército estaba dividido de tal manera, ¿por qué no se aprovechó para dar un empujón, acelerar el ritmo revolucionario, transformar la insurrección popular en quién sabe, una revolución proletaria? ¿Por qué no surgió un Lenin que abandonase la unanimidad en torno al gobierno y gritase, por el contrario, «¡Abajo el gobierno provisional, viva la revolución social!»?

Es cierto que para la oposición civil resultó muy sorpresiva la caída de la dictadura («Parece un sueño», dijo Caldera al regresar de su corto exilio). Pero no es sólo en comparación con la «divina sorpresa» que para los revolucionarios rusos resultó la caída del Zar que pueda hacerse la comparación. Hay que tomar otros elementos en consideración. En 1917, la pelea en Rusia no se estaba dirimiendo entre partidos burgueses partidarios del capitalismo y partidos socialistas revolucionarios. La retórica anti-Kerensky al uso después del triunfo de la revolución leninista sirvió durante mucho tiempo para ocultar el hecho de que quienes discutían y quienes se enfrentaban (y entre quienes hubo al final vencedores y vencidos) eran todos revolucionarios, con los habituales matices diferenciales.

Cuando emergiendo del famoso «vagón blindado» que lo trajo desde Suiza a través de Alemania, Lenin se dirigió a la multitud embanderada de rojo, no estaba hablando solamente a sus camaradas de partido, sino a militantes de todas las organizaciones revolucionarias. Y quienes vienen a acogerlo, quienes vienen a recibirlo con los brazos abiertos como se debe a quien reconocen como uno de los líderes fundamentales de la Revolución Rusa (que no es una promesa de futuro sino una realidad actuante) son no sólo los dirigentes del partido bolchevique, sino de todas las demás organizaciones revolucionarias, algunas de ellas en el gobierno. Por supuesto que ese gobierno, si sus miembros sabían leer y escribir y compraban la *Pravda*, no podían ignorar que Lenin no venía a apoyar ese gobierno sino a combatirlo. Por su parte, el jefe bolchevique no se dejó engatusar ni un momento por el meloso fraternalismo de aquella especie de «Junta Patriótica» rusa.

Pero un hecho queda, si se quiere continuar con la comparación: la mayoría de los partidos integrantes de la «Junta Patriótica»

Escaneado con CamScanner

venezolana no son ni pretenden ser revolucionarios: son (y a medida que pase el tiempo lo confesarán más abiertamente) sin rubor alguno, reformistas, gradualistas, y sobre todo, institucionalistas. Y al pueblo de Caracas, que con tanto arrojo se había lanzado a la pelea, ¿se le podía echar contra Wolfgang Larrazábal, como se había hecho con el pueblo de Petrogrado contra un Kerensky cuyo nombre se había ligado a la continuación de una guerra aborrecida? Por otra parte, y esto es fundamental en el caso venezolano, por razones provenientes de su propia historia después de 1935 como por lo que la situación misma de 1958 aconsejaba, el más prudente, el más institucionalista, era el Partido Comunista de Venezuela.

Finalmente, hay algo que llama mucho la atención. En todo proceso revolucionario, en toda insurrección, siempre hay un grupo, por pequeño, por marginal que sea, que proclame necesario ir «más allá»: son los «hebertistas» en la Revolución Francesa; es la «oposición obrera», el mismo Trotsky y otros extremistas dentro del Partido Bolchevique; el POUM, los anarquistas en la guerra civil española. Pero nada de esto se presentó el 23 de enero, ni siquiera marginalmente. Nadie trató de desbordar el movimiento por la izquierda, nadie trató de pasarse de la raya, así fuera propiciando una aventura. En ese momento, la prudencia alcanzó a todos por igual: es el curioso caso de una revolución sin extremistas.[9]

Hay una última cosa a decir antes de pasar a la enumeración de las consecuencias de la crisis que hemos reseñado. Es que si bien se trata de una crisis política, es más que eso: es una crisis de la democracia, en el mismo sentido positivo con que al principio acometíamos el análisis de la de 1903; no se trata, pues, de nada catastrófico, antes bien lo contrario.

Pero además, cuando hablamos de crisis de la democracia no nos referimos solamente a sus aspectos políticos, sino al hecho de que el planteamiento y la particular solución encontrada a la crisis política abrieron el campo para algo muchísimo más significativo,

y es la presencia de una sociedad capaz de absorber los cambios que se producirán en los años sesenta, y que serán acaso los más profundos en todo el siglo veinte, y quién sabe si en toda su historia republicana.

Para decirlo de una manera más clara y precisa, la democratización del sistema político venezolano hizo apta a la sociedad para aceptar los cambios provenientes de afuera, para que el país no llegase con demasiado retraso al proceso de ruptura que hace de la época que se abre con los años sesenta el inicio de una nueva etapa de la historia universal.

Las ideas anteriores se inscriben dentro de la hipótesis, señalada en nuestro primer capítulo, del historiador inglés Geoffrey Barraclough.[10] Si, como se dijo, para él la década del sesenta marca una etapa diferencial en la historia de la humanidad, uno de sus momentos de ruptura, lo actuado en Venezuela a partir de 1958, facilitó la asimilación de esos cambios culturales; y, aquí también, un venezolano que cumplió veinte años en 1950 se parece mucho más a su abuelo de principios de siglo, que a su hijo que cumplió veinte años en 1970.

Tal como se ha hecho con el estudio de las crisis anteriores, se señalarán a partir de ahora las consecuencias de ésta de 1958. Pero antes de hacerlo debemos insistir en esa idea: no se trata sólo de cambios políticos, ni económicos, ni sociales, ni culturales tomados cada uno por separado, sino que se trata de todos ellos, en cierta forma emulsionados; la incorporación de cuyos elementos se dará al correr de los años sesenta y el todo tendrá como resultado un país muy diferente no sólo al que le precedió en lo inmediato, sino a cualquier otro de los que han existido en el curso de su historia.

Es así como, sin grandes derramamientos de sangre, y sin que sus dirigentes hayan tenido la intención de señalar ese rumbo a los acontecimientos, se puede hablar de una transformación re-

Escaneado con CamScanner

volucionaria, a través de las siguientes consecuencias de la crisis de 1958:

1. En el terreno estrictamente político, la consecuencia más inmediata es la que más comúnmente se le señala: la instauración de un régimen democrático caracterizado por la libertad de expresión, el libre juego de los partidos políticos (y un especial dominio de los más grandes durante muchos años), la celebración de elecciones libres y, en general, aceptadas como limpias; un juego cada vez más equilibrado entre los poderes públicos; y una creciente preocupación, si no siempre respeto, por los derechos humanos y la pulcritud administrativa.

De todo lo anterior, conviene subrayar lo que ha dado el tono a la vida política, pero también a la sociedad en su conjunto, después de 1958: la presencia y actuación del partido político. Hasta 1993, ese sistema se caracterizó por la dominación de dos partidos de desigual tamaño e influencia, Acción Democrática y Copei, pero sólo durante veinte años (1973-1993) el electorado le dio su sanción al bipartidismo con la polarización electoral. Hoy esa polarización ha cedido, pero no es a eso que se deba también el aflojamiento del corsé bipartidista, sino al debilitamiento, al deterioro interno, al desprestigio de los partidos. Con todo, es todavía temprano para señalar su desaparición, como la pronostica demasiada gente que confunde deseos con realidades: en 1993, los candidatos de AD y de Copei quedaron en segundo y tercer lugar después del vencedor, un Rafael Caldera a quien buena parte del electorado sigue identificando con Copei.

En el caso venezolano, la democracia ha tenido además dos características que le duran hasta el momento de celebrar sus cuatro décadas, aunque sean las más criticadas y susceptibles de ser cambiadas en su forma. Una es la intervención permanente, casi se podría decir apabullante, del Estado en la actividad económica,

no como regulador sino como empresario: la principal industria del país, de la cual depende todo el resto, la industria petrolera, fue estatizada en los años setenta.

Lo otro es la preocupación social, que inscrita en la Constitución de 1961,[11] ha impregnado la sociedad venezolana en todos sus aspectos, dando incluso vida a algunas de las taras de ese sistema. El hecho de ser el Estado tan importante empleador del país ha derivado hacia la influencia paralizante del gremialismo y sobre todo a lo que podría llamarse «la democratización de la corrupción» a través del clientelismo partidista.

Acaso lo más importante y lo más característico del régimen político inaugurado en enero de 1958 sea su permanencia. El 23 de enero de 1998 se cumplieron cuarenta años de su instauración, lo que lo convierte en la dominación más larga en la historia de la República de Venezuela: el liberalismo paecista duró dieciocho años (1830-1848); el liberalismo guzmancista otros tantos (1870-1888); el gomecismo, incluyendo al castrismo, 35 años (1899-1935).

Pero además, hay dos puntos que diferencian a este régimen de todos los anteriores. El primero es que al revés de aquellos, no se le puede considerar atado a una persona. Sus partidarios han querido considerar a Rómulo Betancourt como el «padre de la democracia», pero eso no tiene mucho sentido en un régimen que de forma tan radical ha roto con el paternalismo. Por lo demás, el propio Betancourt dio la pauta al renunciar ser candidato a una tercera presidencia como le ofrecía unánimemente su partido; y todos los presidentes reelectos tascaron el freno esperando los diez años a que la Constitución les obligaba para relanzarse.

La otra característica es la que le da su condición democrática: jamás en la historia de Venezuela un régimen había sido tan criticado y denostado; jamás un régimen había debido enfrentar tantísimos y tan feroces enemigos. No se trata del normal juego entre gobierno y oposición: se trata de la crítica, por lo general im-

Escaneado con CamScanner

placable, que todos y cada uno hacemos del sistema en que vivimos, la mayoría de las veces con razón.

Hay quien diga que lo peculiar de la democracia sea precisamente esa: dar a luz hijos para que aprendan a odiarla. Eso se nota en Venezuela, y sobre todo entre los jóvenes. Eso es lo que caracteriza la democracia, y algo más, a saber que no sólo permita, tolere esa crítica incluso en esa forma, sino que la estimule.

2. Tal vez llame la atención que se señale en segundo lugar el desplazamiento poblacional como ligado estrechamente a (si no como consecuencia de) la crisis de 1958. Eso tiene diferentes razones, pero es verdad que cada vez que se han producido remezones políticas e institucionales en la capital, hay una cierta tendencia a movilizarse del campo a la ciudad.

Como sea, es un hecho que a partir de los años sesenta se constata una aceleración del trasvase poblacional del campo hacia la ciudad, hasta transformar a Venezuela en un país de ciudades. Antes de esa década, todavía era un territorio con una gran capital, Caracas, y con pequeñas poblaciones que le seguían de muy lejos.[12]

Hoy la situación es diferente: existen otros importantes polos regionales de concentración poblacional: Maracaibo, el eje Valencia-Maracay, Barquisimeto, San Cristóbal, Ciudad Guayana, el eje Barcelona-Puerto La Cruz, etc. Pareja reubicación poblacional y pareja redistribución espacial tiene que producir mutaciones en todos los hábitos, desde los más sencillos en la vestimenta, en la alimentación y en lo sanitario, hasta los más complejos en el lenguaje y en la comunicación. Sobre esto se hablará en su momento, pero por ahora puede adelantarse que esos cambios no se dan en un solo sentido, ni son necesariamente positivos.

Cuando alguien se desplaza del campo a la ciudad (y aunque en menor grado, también a la inversa) se supone que lo haga para mejorar. Entonces, cuando la nueva situación no responde –y es

muy difícil que lo haga con rapidez, al tratarse de un fenómeno de masas– a las expectativas, se producen las normales tensiones y hasta estallidos sociales. De todas formas, para la inmensa mayoría de los desplazados eso significa un mejoramiento en sus condiciones de vida –no hay sino que hablar, por muy precario que sea, del acceso a la luz eléctrica y al agua corriente en las cercanías si no en el interior de sus casas–, pero el problema es que tiene muy poco que ver con lo que esperaba y sigue esperando a través del espectáculo de la ciudad «rica» que percibe o cree percibir a través de los medios de comunicación, en especial de esa televisión que ya no falta ni en el más humilde de los «ranchitos» marginales.

Al trasladarse a la ciudad, sobre todo si lo hacen con tanta rapidez, los campesinos arrastran consigo sus hábitos y hasta sus condiciones de vida. Es así como durante un buen tiempo se ha podido hablar de la «ruralización» de las ciudades venezolanas, con particular referencia a la situación sanitaria, sobre todo por la diseminación de las enfermedades hídricas que provoca el desaseo y que resultan con demasiada frecuencia mortales en los niños de corta edad. Al lado de eso, por el contrario, las vacunaciones masivas han impedido situaciones peores de riesgo colectivo. Por mucho que las condiciones sanitarias dejen que desear, siempre en la ciudad son mejores que en el campo, y esto por simple egoísmo: en las clases altas está siempre presente el temor del contagio.

3. En los años sesenta viene del extranjero, y lo acoge una Venezuela a la cual la democracia le ha dado aptitud para recibir esos cambios, la gran transformación en las costumbres, el gran cambio moral, el gran cambio cultural. En primer lugar, hay que señalar al mayor agente expansivo, a la grandiosa caja de resonancia que son los medios de comunicación de masas, en primerísimo lugar la televisión.

Escaneado con CamScanner

En los cuarenta años que van desde el 23 de enero al momento de escribir estas líneas, es muy difícil encontrar un hogar más o menos estable donde no exista un receptor de televisión: es la gran industria cultural del presente siglo. Los mensajes que envía, informativos, recreativos, desde la telenovela al espectáculo deportivo o de farándula, están en primer lugar en las conversaciones, en la mentalidad, en la ideología de los usuarios.

En verdad, eso va mucho más lejos: en una inmensa cantidad de hogares donde por diversas razones pero en primer lugar por la pobreza, faltan esas figuras, el aparato de televisión sustituye al padre (e incluso a la madre), al maestro y al cura. A través de él se comunican los modos de hablar, y se ha homogeneizado un habla venezolana donde ya es muy difícil percibir las particularidades regionales (con la excepción de los zulianos y en menor grado los andinos) como podía hacerse hace medio siglo: hoy es imposible percibir un habla «caraqueña».

La televisión es hoy el blanco del ataque de quienes piensan que es su culpa la expansión de la chabacanería y la violencia. Hay mucho de verdad en eso, pero, con sus innegables defectos, no todo en la televisión es negativo: en primer lugar, el vocabulario de los niños contemporáneos, y su percepción de las imágenes del mundo real, tiende a ser más grande, si no más puro, que en las generaciones anteriores: ¿podía acaso un niño de la ciudad saber a tempranísima edad cómo estaba hecho un elefante, un rinoceronte, una jirafa, incluso un simple caballo? Y así como los niños repiten los idiotismos (y también las idioteces) de los personajes de la televisión, eso podría revertirse positivamente si se pudiese utilizar el poder de atracción que sobre el niño tiene la pequeña pantalla, para desarrollar grandes campañas educativas. En todo caso, no se puede tapar el sol con un dedo, y el hecho es que el aparato de televisión se ha convertido en el sol de los hogares en todo el mundo, y por supuesto en Venezuela.

Esa es una realidad a la cual se puede combatir e intentar mejorar, pero es inútil y además imposible ignorarla: el televisor llegó para quedarse, y con él los cambios que ha experimentado la sociedad en este siglo. Y a partir sobre todo de 1958, gracias a las posibilidades y las perversiones de la libertad de expresión, esa es la situación también en Venezuela.

4. Tal vez el más significativo de los cambios sociales que se hayan producido en estos últimos cuarenta años de historia venezolana es lo que debe considerarse la gran revolución social latinoamericana de este siglo, a partir de los años treinta: la invasión de la calle por la mujer.

Hagamos un esfuerzo de imaginación, y veamos a la Caracas de los años treinta, como a casi todas las ciudades de Iberoamérica. Hagamos abstracción de la escasa población y de las calles estrechas: ¿qué veremos? Una ciudad de hombres: ninguna mujer en sus calles, como no fuesen las que, por la noche, ejercían una profesión que hacía que, justamente, se les llamase «mujeres públicas». Y no siempre en la calle, porque no se olvide que ellas ejercían su viejísimo oficio en eso que los franceses llamaban *maisons closes*.

Hasta el menos imaginativo observador se puede dar cuenta del vuelco total que esa situación ha dado, y de lo que eso significa: la mujer no sale a la calle de paseo, sino a buscar el pan para ella y sus hijos. En la más silenciosa de las revoluciones, pero también la más profunda, ella va ocupando los puestos de trabajo (y también, por desgracia, de subempleo y desempleo) que antaño estaban reservados a los hombres. No se pretende, al decir esto, que esa sea una situación generalizada: la presencia de la mujer en la calle parte inicialmente de las clases medias. Esto incluye a las obreras cuya condición las eleva allí, si se compara su situación con la mujer del campo.

Escaneado con CamScanner

Pero tiende a generalizarse, por emulación social o por simple necesidad. Tampoco se puede ignorar que una buena mayoría de esas mujeres que salen a la calle lo hacen para ejercer oficios «de mujer»: sobre todo, servicios domésticos.[13]

Tampoco pretendemos que nadie haya advertido esta nueva situación. Pero quienes lo hacen, en particular las feministas, ponen el acento sobre todo en lo negativo de esa situación: la desigualdad salarial y en el trato, la doble jornada de trabajo, el «trabajo invisible», etc. La conciencia de esta revolución, de su importancia y de su «textura», nos puede dar la pauta para elaborar un criterio sobre lo que hoy está en el centro de las preocupaciones en escala universal: la sustentabilidad de las ciudades, y una cultura de esa sustentabilidad. Hasta ahora, la forma de plantear el asunto, y las soluciones buscadas, parten de una perspectiva que es a la vez machista, paternalista y caritativa. Lo más curioso de todo es que las feministas parecen compartir esos criterios.

En efecto, se critica la «paternidad irresponsable», se busca limitarla y castigarla. ¿Por qué no plantear el asunto en otros términos, el de la «maternidad responsable», el de las mujeres que juegan en su casa el papel de padre y madre? Hacerlo sería propender a la sustentabilidad no sobre la base de un desarrollo económico sino propiamente *social*. La sustentablidad de las ciudades (para no hablar sino de ellas) debería tener como base, como centro, no el desarrollo general de las clases marginales, sino el de sus mujeres.

Algunas experiencias asiáticas, en los países islámicos, revelan que la mujer es más confiable como agente del desarrollo económico que el hombre. También en Latinoamérica, se comienza a preferir las mujeres para ciertas labores, por su responsabilidad, puntualidad, sobriedad y también por ser más pacíficas, lo cual no quiere decir que no sean combativas.

Una mujer cuyo nivel de vida, económico, social y cultural se vea elevado, se encuentra por igual capacitada para escoger. La

mujer de nuestros barrios pobres se llena de hijos porque esa es la única forma de retener en casa al hombre, quien es visto menos como el amante que como el sostén del hogar.

Al desarrollarse, o mejor, al encontrarse dueña de su propio desarrollo, ella podría tomar conciencia no sólo de que esa no es manera de retener a nadie, sino que no tiene sentido esa preocupación. Así, ella será libre de escoger su pareja, y de limitar la producción de su propio vientre. Esto no es nada utópico, sino una realidad que ya existe: la mujer de nuestras clases marginales va entendiendo, por la fuerza misma de las cosas, que nadie le dará trabajo si se presenta cargada de hijos, y entonces nadie podrá mantenerlos, porque el hombre brilla por su ausencia.

Ese poder de escoger puede al final contribuir a enfrentar, si no solucionar (eso nunca tendrá solución definitiva) a los dos más grandes problemas de las sociedades de nuestro siglo: la superpoblación y la violencia.

5. Al estudiar la crisis de 1945, se constataba la rápida y masiva incorporación de la juventud al combate político, a la participación y a la acción sociales. A partir de 1958 eso se vuelve a manifestar, pero ya no sólo, y a partir de cierto momento ya no en mayoría, en el terreno político. De hecho, hoy se puede constatar que las *élites* venezolanas si por algo se caracterizan es por su juventud.

La razón fundamental para tal situación es algo que hoy suele considerarse la causa de su deterioro: la extensión de la educación, y a partir de cierto momento, su masificación. En la mentalidad popular quedó inscrita por mucho tiempo, y hasta que la crisis de 1983 rompiera muchas de esas ilusiones, la educación como el canal primario para la movilización social vertical.

El resultado es que en estos últimos cuarenta años se puede calcular en más de medio millón la cantidad de venezolanos que han pasado por los diversos institutos de educación superior. Lo

Escaneado con CamScanner

que eso significa lo resumió alguna vez extraordinariamente Ramón J. Velásquez: «¿Que las universidades no producen sino bochincheros? Falso, falso y hay que decirlo. ¿Quiénes manejan la industria petrolera? ¿Quiénes manejan la Petroquímica? ¿Quiénes manejan las empresas en Guayana? ¿Quiénes producen aluminio, acero, hierro? (...) ¿Quién maneja los institutos de investigación venezolanos: el INTEVEP, el IVIC, el CONICIT, y todas las empresas de la economía privada?».[14]

La respuesta a esas preguntas las da el autor en el mismo párrafo: «Son la gente de Duaca, de Cabruta, de Aragua de Barcelona, de Táchira, de Cabimas, que ha ido a los liceos y a las universidades». No se olvide además que, en los años setenta, el gobierno tuvo el buen acuerdo de aprovechar parte de las entradas por el aumento de los precios del petróleo en el Plan de Becas «Gran Mariscal de Ayacucho», que ha permitido a miles de jóvenes sin recursos irse a formar en las mejores universidades del extranjero, y regresar con la visión ampliada que les da el contacto con otras culturas, hablando varios idiomas, navegando con buena brújula en medio de la ciencia y la tecnología modernas.

No se está dando aquí una visión idílica de la situación de los jóvenes venezolanos al finalizar el siglo veinte. Ellos han sentido en primer lugar, y más agudamente que nadie, la crisis que ha golpeado a la sociedad venezolana desde que, en 1983, se derrumbaran la ilusiones de una nación asentada sobre la explotación del petróleo y, se pensaba, de un petróleo carísimo.

Pero con todo, hablar de su situación no tiene sentido si no se la compara con el resto de su propia historia. Los cambios que se han producido en la condición de los jóvenes venezolanos, y expuestos en los párrafos anteriores, se pueden confinar a una *élite*. Pero nunca el país había tenido una *élite* cultural tan joven, tan numerosa, tan aprovechada y tan dinámica.

6. Uno de los cambios culturales más profundos sucedidos en estos cuarenta años es el de la relación sexual. Por supuesto, ésta es una revolución importada, con la expansión del uso de los anticonceptivos. Pero sería muy superficial atribuirla sólo a eso. En verdad, se trata de uno de los productos de la superación cultural de las mujeres venezolanas, de todo ese proceso señalado más arriba.

Como en todas partes, tal proceso se ha producido de arriba hacia abajo. A principios de los años sesenta, alguna foto de una corte europea mostraba a una pareja de jóvenes príncipes saludándose con un beso en la mejilla, «gesto corriente entre las clases altas», decía la leyenda. Hoy, en Venezuela y en el mundo, ese gesto se ha generalizado, incluso entre personas que acaban de conocerse, incluso entre personas del mismo sexo. En suma, se puede decir sin caer en demasiadas exageraciones que «la costurerita que dio aquel mal paso» de un lacrimoso poema ya de seguro centenario, se ha transformado, en Venezuela y en el mundo, en una joven cuya vergüenza es muchas veces no haber dado ese mal paso. Ha sido inútil la adamantina oposición de la Iglesia al empleo de los anticonceptivos y sobre todo a las prácticas abortivas, para cambiar esa nueva actitud ante el sexo y la procreación. Y en un país como Venezuela, donde el poder de la Iglesia católica nunca ha sido demasiado grande, esa desobediencia ha sido más amplia y más rápida.

En ese cambio de actitud frente a la relación sexual, hay que hacer referencia al nivel de tolerancia, por lo menos en las clases media y alta, hacia la sexualidad alternativa. Ya el homosexual, particularmente el masculino, no es objeto de aquella persecución y ridiculización como hace medio siglo. Hoy no sólo se trata abiertamente de estas cuestiones en el medio culto o en el familiar, sino que se ha llegado hasta niveles más amplios: temas como el amor homosexual son objeto de tratamiento en las telenovelas; como en los programas de opinión populares se trata también abiertamente el problema de la prostitución y de las enfermedades de conta-

Escaneado con CamScanner

gio sexual; e incluso de materias como el orgasmo y los elementos del placer sexual.

7. Por último, se impone hablar de algunos cambios en el aspecto mismo y en los hábitos del venezolano de los años noventa, el todo como producto de la gran transformación sufrida desde comienzos de los sesenta. En primer lugar, la informalidad vestimentaria ha llevado a convertir el *blue jean* en un uniforme casi tan riguroso como el hábito talar, y no sólo entre la gente joven. Por otra parte, el uso del pantalón no es ahora exclusivo de los hombres: la comodidad para el trabajo en la calle, y su aceptación en todas partes, hacen que su uso se haya extendido entre las mujeres casi tanto como entre los hombres. Igual cosa puede decirse de una cierta uniformidad alimentaria, sobre todo entre los jóvenes. El patrón, cierto es, viene de fuera: la hamburguesa y el *hot dog*. Pero no es menos apabullante.

Sin embargo, uno de los cambios más significativos se ha producido en el lenguaje. Hay muchas quejas sobre el empobrecimiento del lenguaje y la chabacanería entre los jóvenes, y se culpa de ello a la televisión. Es muy posible que eso sea así, pero eso no es lo más importante, dentro de lo que ahora tratamos. Lo nuevo es el desparpajo con que se emplean en la conversación diaria, sobre todo entre los jóvenes pero sin que éstos se sientan inhibidos frente a los mayores más respetados, de términos y expresiones que antes se consideraban prohibidos, por obscenos o cuando menos groseros.

En general, todo eso se puede sintetizar diciendo que existe, para bien y para mal, una decrispación en las relaciones humanas, sean ellas de clase, de sexo o de familia. Es una tendencia mundial, eso es cierto; pero si la hacemos arrancar de lo que sucedió hace cuarenta años en Venezuela, es porque también la democracia es hoy una tendencia mundial.[15]

Notas al Capítulo VI

1 De acuerdo con esa estrategia, el gobierno de Eisenhower otorgó a Pérez Jiménez la más alta condecoración norteamericana, y su Secretario de Estado, John Foster Dulles, proclamó que su régimen era el que mejor convenía a los intereses norteamericanos.

2 Cf. Guillermo García Ponce y Francisco Camacho Barrios, *Diario de la resistencia y la dictadura*. Caracas, Centauro, 1989, *passim*.

3 Es así como al joven Héctor Rodríguez Bauza, representante de la Juventud Comunista en el Frente Universitario, se le previno, cuando iba a hablar con los militares, que debía ocultar su militancia política y presentarse sólo como «estudiante». (Héctor Rodríguez Bauza, comunicación personal).

4 Cf. Agustín Blanco Muñoz, *El 23 de Enero: habla la conspiración*. Caracas, UCV, 1980.

5 «Manifiestos de la liberación» en *Documentos que hicieron historia*, T. II, pp. 433-442.

6 Ramón J. Velásquez, *Venezuela moderna*, pp. 169-173 y 175-176.

7 *Documentos que hicieron historia*, T. II, pp. 443-449.

8 Cf. mi «El 23 de Enero de 1958» en *Las Venezuelas del Siglo XX*. Caracas, Grijalbo, 1988, p. 166.

9 *Ibidem*, pp. 171-174.

10 *Op. cit., passim*.

11 *Documentos*..., T. II, pp. 575-668.

12 En 1950, el 47% de la población era ya urbana, porcentaje que subió en 1961 al 62%. Ministerio de Fomento, Dirección General de Estadística y Censos Nacionales, *IV Censo General de la población*. Caracas, MF, 1962. En 1991 la población urbana de Venezuela era de 15.231.000 habitantes y la rural de 2.874.069. OCEI, *Anuario Estadístico de Venezuela (1991)*, Caracas, 1992.

13 Cf. mi *Ni Dios ni Federación*. Caracas, Planeta, 1995, pp. 244-248.

14 Ramón J. Velásquez y otros, *La integración y la democracia del futuro*. Caracas, Nueva Sociedad, 1997, pp. 291-292.

15 Para conocer la versión de los vencidos, Agustín Blanco Muñoz, *Pedro Estrada habló, y habla el General*. Caracas, UCV, 1983.

Escaneado con CamScanner

Capítulo VII
1983: LA CRISIS DEL MODELO ECONÓMICO

El 18 de febrero de 1983 cayó en viernes. En la literatura polémica de los años siguientes, será conocido como el «viernes negro». Los acontecimientos son reseñados por la prensa en la siguiente forma: una fuga acelerada de divisas, así como un déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos, hizo colapsar el nivel de las reservas internacionales en esos fatídicos mes y día.[1] Como consecuencia de ello, el gobierno decidió suspender la venta de divisas durante los dos primeros días de la semana siguiente, situación que en verdad se prolongó hasta el otro viernes, cuando se estableció un control de cambios diferenciales, el famoso RECADI que en los años siguientes será acusado, con razón o sin ella, de ser la fuente de todas las corruptelas.

Como suele suceder con las informaciones periodísticas, había en eso una parte de verdad y otro poco de fantasía. El apelativo de «viernes negro» sonaba muy bien en un titular periodístico, pero ese día, el hombre de la calle no pareció sentir lo que se aproximaba.

Es cierto que se había venido produciendo una corriente de fuga de divisas, pero era un proceso que venía desde finales de 1982,

Escaneado con CamScanner

cuando esos capitales huidizos alcanzaron la cifra récord de ocho mil millones de dólares. El establecimiento de un control de cambios no era del todo sorpresivo, porque desde hacía tiempo se estaba esperando, y mucha gente creía que eso tendría lugar en un fin de semana largo, eso es, el que se había producido siete días antes con motivo de la Semana Santa.[2]

Lo que hizo sorpresiva y en cierto modo explosiva la crisis del 18 de febrero fue la conjunción de una serie de procesos internos y sobre todo externos que se juntaron y por así decir se emulsionaron ese día. El primero fue un factor foráneo: la crisis de la deuda. Los bancos de los grandes países industrializados habían sido muy generosos en el otorgamiento de grandes líneas de crédito a los países del llamado «Tercer Mundo» y esto era más evidente en el caso de uno con perspectivas tan promisorias como la Venezuela del vientre ahíto de petróleo. Esos créditos no solamente fueron otorgados a la administración centralizada sino también a los entes descentralizados, no siempre con gran apego a una legalidad muy estricta, como lo denunció un sector de la opinión pública y de la oposición. El pago de esos créditos era exigible a corto plazo, y eso lo sabía el gobierno, de modo que no hubo «engaño» por parte de los prestamistas. Pero si bien eso se sabía, de igual manera todo el mundo esperaba que, en la práctica, no fuese así, y que se lograrían diferimientos y refinanciaciones.

Pero cuando uno de los mayores deudores, México, se vio obligado a declarar una moratoria en sus pagos, la banca se asustó y comenzó a exigir la recuperación de sus préstamos en un plazo menor del esperado.

Eso resultaba muy difícil honrarlo, cuando no imposible, y en el caso de Venezuela eso era así también por la brusca caída de los precios del petróleo en el mercado internacional, que seguía a su también súbita alza a raíz de la guerra entre Irak e Irán.[3] El gobierno de Luis Herrera Campins había actuado como el de Carlos Andrés Pérez en 1973, como el de Pérez Jiménez en 1956: se había olvidado que la de Venezuela, basada en la explotación del petróleo, es una economía en la cual un período de vacas flacas suele seguir a uno de vacas gordas, por aquellas fluctuaciones en los precios de nuestro primer producto de exportación. Y eso no era nada nuevo, ni de este siglo: en una escala mucho menor, había sido el caso cuando Venezuela era mono-exportadora de café.

Eso resultaba bastante sorprendente, pues el gobierno de Herrera había comenzado con una frase que se hizo famosa: «recibo un país hipotecado». Y sus primeros actos de gobierno parecían orientarse hacia una nueva política económica, hacia la supresión de controles y subsidios y en general, hacia la austeridad fiscal y la modernización del Estado.

Una de esas medidas había sido la liberación de los precios de algunos de los productos del consumo corriente, lo que provocó una malvada caricatura de Zapata, donde lo pintaba con arreos militares y blandiendo su espada a lomos de un brioso corcel, proclamándose «el Libertador de los precios». Por otra parte, tampoco es que se tuviese intención de cruzarse de brazos frente al problema de la deuda. A tal efecto, en un Congreso donde «Acción Democrática» seguía teniendo una influencia determinante, se había votado una ley para el refinanciamiento de la deuda externa.

Pero la guerra Irán-Irak acabó con todo eso. Era muy difícil, a un gobierno al cual le estaban entrando petrodólares en una cantidad tan fabulosa, decirle a los electores que debían «apretarse el cinturón». Por lo demás aunque lo hubiese querido, nadie lo iba a apoyar en el empeño: sencillamente, le faltó el «piso político» para proseguir con sus reformas; porque el país entero estaba de nuevo intoxicado, borracho de petróleo caro. Y en cuanto a la deuda, se pudo acaso pensar que no se trataba de un problema de suma urgencia.

Pero sí resultó serlo, y no sólo en Venezuela. La «crisis de la deuda» estalló en un ámbito mucho mayor, y por supuesto, puso a

Escaneado con CamScanner

temblar a todo el sistema financiero internacional. La deuda era gigantesca: se hablaba de unos ochocientos mil millones de dólares, de los cuales unos cuatrocientos mil corresponderían a América Latina.

Los países más comprometidos del área eran los más grandes y por una razón u otra, los más poderosos: México, Brasil, Argentina y Venezuela. Buena parte, si no la mayor, de los pagos de esa deuda era exigible en un corto plazo. Por otro lado, la subida de los intereses hacía que la mayoría de los países vieran descalabrarse sus economías al pagar varias veces el monto de la deuda sin que por ello lograsen disminuir el del capital adeudado: es el eterno riesgo del que compra a crédito. Aunque no se debe olvidar, en ese caso, que también en las compras a crédito se obtienen ventajas: no se trata entonces de la «mala entraña» de los acreedores que suben los intereses sin tasa ni mesura, sino de un riesgo calculado que, como todos ellos, a veces sale bien y a veces mal.

Subida vertiginosa de los intereses, plazos de cancelación muy cortos, volumen astronómico de las cifras mundiales de esa deuda y ruina de los países deudores, todo eso llevaba a una conclusión: en esas condiciones, la deuda parecía impagable. Pero no era cosa de negarse a hacerlo, como lo propusieron muchos en aquel momento. Para países que necesitaban del aporte de capitales extranjeros en el proceso de desarrollo de sus economías, cortarse de esa manera de los centros de la finanza internacional equivalía a suicidarse. El régimen populista de Alan García en el Perú intentó hacerlo, estableciendo de forma unilateral un monto fijo de la deuda a cancelar: los resultados fueron desastrosos para la economía de su país.

Todos los países deudores prefirieron entrar en un complejo proceso de refinanciamiento de sus deudas, con resultados muy diversos y sobre todo, que sólo podrían verse a un plazo más largo que mediano.

Ese era, pues, el peor momento para que un país se enfrentase a una fuga de capitales; y sin embargo eso fue lo que sucedió. Por lo general, eso suele producirse por la desconfianza en la situación política; por la poca credibilidad de un gobierno; o por el temor de revoluciones o nacionalizaciones. Pero ese no era el caso venezolano: la nacionalización del petróleo se había producido ya, sin causar mayores traumas ni borracheras de nacionalismo. Como el proceso venía desde atrás, y como se ha dicho, ya en diciembre de 1982 la fuga de divisas había alcanzado un nivel histórico, lo que asombra en todo eso no fueron esas medidas sino lo aparentemente tardío de su puesta en práctica.[4]

Sucede que la fortaleza de la moneda venezolana y la debilidad o inexistencia de una industria y de una agricultura habían acostumbrado, con el estímulo natural de esa moneda «dura», a importar todo; el alud de dinero que llegó al país a partir de 1973 no hizo sino magnificar esa tendencia; y en la clase media venezolana se hizo costumbre no esperar a que los artículos de consumo llegaran a los puertos de su país, sino ir a buscarlos a su lugar de origen.

Eran los «alegres viajeros» que con los bolsillos repletos de petrodólares abarrotaban varias veces por día los vuelos a Miami, donde todo les resultaba más barato y donde todo lo compraban por pares. En esas condiciones, comprar en el extranjero no se veía como una catástrofe sino como un hábito.

Lo que resultaba ciertamente catastrófico a los ojos de la opinión corriente, es lo que sucedió en febrero de 1983: que se pudiese establecer un control de cambios y que, al mismo tiempo, se produjese una devaluación que significaba no sólo que los viajes incontenibles a Miami se terminarían, sino que las mercancías importadas serían ahora más caras.

Como si eso fuera poco, el gobierno dio la impresión de no saber qué cosa hacer. La decisión de suspender la venta de divisas más allá del plazo previamente anunciado, mientras buscaba una

Escaneado con CamScanner

salida, fue vista como la indecisión de un piloto bisoño que, al ver aproximarse una tormenta no anunciada y de un tipo desconocido, decide en mitad del océano detener los motores de su avión mientras consulta el manual de a bordo.

Esa impresión la acentuó la falsa tranquilidad del gobierno: en lugar de tomar el toro por los cuernos, anunciar lo grave de la situación y las medidas para corregir el rumbo, le sacó el cuerpo al problema, tal vez consciente de los peligros de que un acercamiento demasiado directo pudiese originar un pánico, el terror de los mercados y de las administraciones. Así, mientras los periodistas esperaban ansiosos que el Presidente abriese su rueda de prensa con aquellas acciones, la comenzó felicitando a la ciudad de El Tigre por su aniversario y luego al Cardenal Lebrún quien al día siguiente regresaría al país tocado del capelo cardenalicio. Cuando al fin habló del asunto, lo hizo como quien no quiere la cosa, al decir que estaba siguiendo «...con total interés [¿?] y entrega la marcha de los acontecimientos que inciden sobre nuestra economía».[5] Al revelar que estaba haciendo nada más de lo que todo el mundo hacía en ese momento, el Presidente buscaba salirle al paso a la impresión pública de que él se desinteresase de los asuntos de la economía. Pero el efecto fue el contrario: *qui s'excuse s'accuse.*

Esa impresión se fue acentuando al transcurrir los días cuando se instale una áspera polémica, bastante pública, entre el Presidente del Banco Central, Leopoldo Díaz Bruzual, y el Ministro de Hacienda, Arturo Sosa.[6] El primero era partidario de una devaluación lineal, unos seis bolívares por dólar.[7] El segundo se oponía a ello, y su posición al final triunfadora, estuvo en el origen del establecimiento del régimen de cambios diferenciales. Según la versión de Díaz Bruzual, el decreto que lo estableció fue redactado a sus espaldas, y en la práctica se le puso frente al hecho cumplido.[8] Una polémica de ese tipo entre dos personeros tan relevantes del

gabinete económico siempre repercute en desfavor de la marcha de la economía.

Pero en este caso lo que la agravaba es que el Presidente no intervenía ni para dar la razón a una de las partes, ni tampoco para ordenarles cesar en su enfrentamiento público. En algunos casos, una actitud como esa puede dar buenos resultados en la política cotidiana, para dar la impresión de que al final, el Presidente intervenía como un *Deus ex machina* para resolver el conflicto. Pero en aquel momento, lo que hacía era acentuar la percepción de un gobernante indeciso, que se desinteresaba de los asuntos económicos por ignorancia o simple dejadez: ¿no había dicho alguna vez el general Gómez, por boca de su ministro Tinoco, que «las crisis se resuelven solas»?

Todo este asunto se había complicado tanto porque 1983 era un año electoral. Después de haber hecho lo posible por imponer un candidato que respondiese a su tendencia en el interior del partido gobernante, Luis Herrera Campins había terminado por aceptar la candidatura de Rafael Caldera, otra vez apto, luego de los diez años de inhabilitación constitucional, para aspirar a la Presidencia. Ahora bien, el partido era por tradición adversario de toda manipulación con la moneda, mucho menos una devaluación. Y en sostener esa posición era intratable, inconmovible, el candidato Caldera.[9] Aun si eso no hubiese sido así, de todas maneras todo gobierno evita una medida de este tipo en un año electoral, por su evidente impopularidad. El gobierno se encontraba entre la espada y la pared; y optó entonces por una solución media: estableció un control de cambios pero se negó, como lo pedían algunos personeros del gobierno mismo, a una devaluación lineal.[10]

En lugar de eso, como se ha dicho más arriba, estableció un régimen de cambios diferenciales: habría un dólar petrolero, otro para los insumos industriales, otro para los viajeros particulares,

Escaneado con CamScanner

con sus respectivos cupos que debían ser rigurosamente comprobados. Como es fácil comprender, ese régimen resultaba de una tal complicación en un país acostumbrado a importarlo todo, que la corrupción no tardó en florecer. Hay que decir sin embargo, que esto no era un problema tan sólo económico, ni que igual hubiese sucedido bajo cualquier gobierno. En los años sesenta se estableció también un régimen de cambios diferenciales sin que la corrupción alcanzara esos niveles.[11] Verdad es también que había mucho menos dinero, y que no se venía de un hartazgo de ingresos como los que Venezuela había conocido a partir de la guerra del Yom Kippur.

Entre sus muchas manifestaciones, tal vez una de las que más molestaba era la posibilidad que tenía el gobierno, en una forma sesgada, de controlar los medios de comunicación: si manifestaban disentimiento, nada le era más fácil a RECADI que dificultar su acceso a los cupos de importación (por ejemplo de papel) sin parecer que atacase la libertad de prensa; porque, como se sabe, toda burocracia es tarda, inerte, laboriosa. Como al gobierno de Herrera Campins sólo le quedaba un año de vida, todas las taras de RECADI se manifestaron con todo su esplendor bajo el gobierno que le sucedió.

De todas maneras, de nada le valieron al gobierno esas manipulaciones. Los venezolanos no osaban creer que se hubiese producido una devaluación, y, ni siquiera, porque ya habían tenido una experiencia en los años sesenta, que se pudiese establecer un control de cambios. De nada le valieron al gobierno sus maniobras, pues su candidato sufrió una humillante derrota en las elecciones: su contender obtuvo una ventaja de millón y medio de votos; y no fue mayor la humillación porque Rafael Caldera sacó más votos que el partido que representaba.

La crisis de 1983 ha tenido una serie de consecuencias en la vida venezolana, y no sólo en el terreno de la economía. De acuerdo con el esquema de crisis que hemos venido empleando, ella reviste las características de paso de una situación de normalidad a una de anormalidad, de ubicabilidad temporal de la crisis y de relativa irreversibilidad de los cambios producidos, los cuales pueden ser señalados así:

1. Por primera vez en treinta años, los venezolanos se enfrentaban a un proceso de depreciación de su signo monetario, a una devaluación. No es cierto que ella no se hubiese producido antes: en los años cincuenta, el dólar se cotizaba a 3,35 bolívares y pasó a 4,30 en los sesenta; pero eso no fue percibido como una diferencia sensible, y con la recuperación económica, los venezolanos dejaron de sentir sus efectos. No sólo eso, sino que a partir de la guerra del Yom Kippur el dinero comenzó a entrar a manos llenas y los venezolanos podían jactarse de tener una moneda «dura», lo que permitía a sectores cada vez más grandes de la clase media gastarlo también a manos llenas en el exterior.

La devaluación que se produjo en 1983 fue en verdad bastante pequeña: se pasó, en el mercado oficial, de 4,30 a unos siete bolívares por dólar,[12] aunque como suele suceder cuando existe control de cambios, no dejaron de producirse operaciones de mercado negro, si bien no en proporciones incontrolables. Pero no se trataba de cifras: para los venezolanos significaba el fin de una vieja ilusión, la de la solidez de su moneda que se parangonaba en esto con las de los países del Primer Mundo; que era recibida como moneda de uso corriente en algunos de los países vecinos de mayor comercio con Venezuela; y era aceptada para el cambio sin mayores dificultades en algunos otros. Significaba que debía no sólo limitar sus viajes, sino también el tiempo de su estancia y el nivel de sus gastos en el extranjero. «Venezuela en quiebra. Miami en bancarrota», tituló en su momento el diario *Miami Herald*.[13] Como también suele suceder, las medidas no golpearon por igual a

Escaneado con CamScanner

los diversos sectores sociales, incluso dentro de la misma clase media. Los poseedores de grandes cantidades de divisas las habían puesto a buen recaudo en el extranjero.

Pero aparte de eso, la noticia de la próxima devaluación llegó anticipadamente a algunos oídos afortunados, que pudieron hacer buenos negocios adquiriendo a tiempo sus dólares al viejo precio de 4,30 bolívares. Aunque no adquiriese proporciones gigantescas en los días que precedieron al llamado Viernes Negro, eso dejó en el ambiente no sólo una sensación de injusticia, sino de la poca confiabilidad de un gobierno que, se decía, demostraba así no estar jugando limpio, demostraba así su carácter amiguista y clientelar.

2. La devaluación trajo consigo el agravamiento de otro fenómeno que ya había comenzado a manifestarse: la inflación. Éste es un fenómeno mundial, pero Venezuela parecía a resguardo de eso: Venezuela parecía una isla rodeada de petróleo por todas partes.[14] Si la inflación no llegó a alcanzar las cifras catastróficas de las economías de otros países latinoamericanos, como Perú, Bolivia y el Cono Sur; era porque todavía podía contar el país con la entrada anual que le proporcionaba el petróleo, por mucho que sus precios continuasen su tendencia a la baja en los mercados internacionales.

En los tres lustros que siguieron al 18 de febrero de 1983, la inflación se fue acumulando, enmascarada a veces detrás de la política de subsidios y de control de precios. A partir de cierto momento, se hizo patente en el público la necesidad de un golpe de timón; pero nadie se atrevía a enfrentarse a la impopularidad que traería aparejados. Como llegó a decirlo con mucha pertinencia un articulista, todo el mundo quería estar del otro lado del río, pero nadie quería cruzarlo.[15] Cuando, en mitad del período constitucional de Caldera, el gobierno optó finalmente por adoptar esas

medidas, el impacto ha sido muy grande, como que echaba afuera toda la inflación escondida; pero sin alcanzar sin embargo los niveles hiperinflacionarios.

3. Desde que, en 1930, el general Juan Vicente Gómez decidió cancelar el remanente de la deuda externa de Venezuela como homenaje al centenario de la muerte del Libertador, el no caer en nuevos endeudamientos se había convertido en un artículo de fe de todos los gobiernos venezolanos. Eso, por lo menos hasta que Betancourt anunciara en los años sesenta que ese dogma no existía ya más. Sin embargo, tampoco se endeudó por eso el país: la renta petrolera todavía podía mantener la economía sin hacerlo demasiado, y si bien se planearon obras de envergadura, no se empleó ese recurso en una cantidad que pudiese tornarse inmanejable.

En esta parte, interesa menos la descripción del asunto que sus consecuencias; las que viven los venezolanos varios lustros después de aquella fecha. En primer lugar, cada paso que se da en el terreno económico, cada vuelta de la economía tiene que tomar en cuenta ese factor: por lo menos una tercera parte del presupuesto de egresos está destinado al servicio de la deuda.

Esa situación hace dificultosa la elaboración de cualquier plan de desarrollo económico y mucho más de desarrollo social. Después de haber intentado eludirlos, las administraciones venezolanas han tenido que recurrir a los organismos financieros internacionales. Por otra parte, el carácter internacional de la crisis de la deuda (como se ha dicho, es todo el llamado Tercer Mundo que se vio envuelto en ella) agravaba el problema, pero por otro lado contribuía a aliviarlo si bien no a solucionarlo. Porque uno de los más simples principios financieros se resume con jocosidad cuando se dice que si debe diez mil dólares, uno tiene un problema; pero si debe un millón de dólares, quien tiene un problema es el banco que los prestó. En efecto la magnitud de la deuda la hacía inco-

Escaneado con CamScanner

brable, en la práctica, y mucho más en los términos perentorios en que la banca pretendía hacerlo.

Se dice que una deuda de ese tipo nunca se paga en realidad; tan sólo se renegocia. Y eso fue lo que se hizo, es lo que se ha venido haciendo en particular en lo atañedero a la deuda venezolana. Desde 1983 a esta parte, Venezuela se ha ido habituando a ver cómo se negocia con la banca internacional: en verdad eso siempre se había hecho, pues sin negociación con los bancos, ¿cómo se hubiera podido adquirirla?

La diferencia es que ahora esas negociaciones interesan mucho más a la opinión pública, la cual las somete a un escrutinio más cercano que en el pasado. El gobierno norteamericano intervino en el asunto para negociar su parte de la deuda: es entonces cuando aparecen los hoy famosos bonos Brady. Por su parte, luego de laboriosas negociaciones, la administración de Jaime Lusinchi anunció que había conseguido un refinanciamiento en las mejores condiciones posibles. La oposición denunció que lo sucedido fue que se hizo más dificultosa una nueva renegociación, al sacarse la deuda de manos de los grandes bancos y distribuirla entre miles de pequeños inversionistas.

El Presidente Lusinchi declaró que la banca lo había engañado. El problema parecía no tener solución. Pero, como se ha dicho más arriba, la magnitud de la deuda hace que la falta de solución sea ella misma una solución. De hecho, durante los primeros tiempos se asistió a una campaña, que el gobierno de Fidel Castro acogió, propiciando una reunión internacional en La Habana, para proponer el no-pago de la deuda. Se recurría al precedente muy famoso de la deuda norteamericana en el siglo XIX, que nunca fue pagada de verdad. La iniciativa no fue acogida, y quien más quien menos, todos los países decidieron buscar nuevos plazos, nuevas formas de pago; de hecho, nuevas renegociaciones.

Ese fue el camino escogido por Venezuela; sobre el cual hay

que decir al menos dos cosas. La primera es que ese es un proceso que no tiene fin: el desarrollo económico del país siempre precisará el aporte de capitales extranjeros, y de un nuevo endeudamiento. De modo que no es muy probable que algún gobierno futuro pueda jactarse como el de Juan Vicente Gómez de haber cancelado en su totalidad la deuda externa. Los tiempos han cambiado: mientras que en una economía tradicional lo fundamental era no estar endeudado («Yo vendí al contado») en una economía moderna lo fundamental no es el hecho de no tener deudas, sino de tener un crédito saneado, con una economía capaz de moverlo, pagando sus plazos y con una deuda planificada, sin avorazamientos.

La segunda cosa a decir es que, a tres lustros de haber estallado la crisis de la deuda, el problema parecía haber perdido mucho de su agudeza, y había quienes opinaban que la venezolana era ya manejable por un gobierno dedicado a sanear y modernizar su economía. De hecho, Venezuela no ha renunciado a adquirir nuevos compromisos, si bien poniendo el acento en los organismos multilaterales.

4. El planteamiento anterior lleva directamente a la penúltima consecuencia de esta crisis, la más importante junto con la que le sigue. La consecuencia mayor proviene de que se trata de una crisis del modelo económico. Hasta ese momento, ese modelo se basaba en una fuerte intervención del Estado en la economía. En el terreno social, en una adaptación o copia del *welfare state* que en los años ochenta comenzaría a ser desmontado en Inglaterra por la administración de Margaret Thatcher.

En Venezuela, esa economía tenía las siguientes características: en primer lugar, la estatización no obedecía a un plan preconcebido, a una ideología. Ella puede haber surgido después, pero siempre *ex post facto*, como una respuesta teórica a una situación de hecho. Es así como en 1936 la Procuraduría General

Escaneado con CamScanner

de la República había encontrado una fórmula para confiscar de hecho las posesiones dejadas a su muerte por el dictador Juan Vicente Gómez. Su riqueza, la mayor del país, pasaba así a manos del Estado.

Por otra parte, ese Estado había sido el propiciador, el factor estimulante y el agente crediticio para el desarrollo de una industria nacional, sobre todo a partir de los años cuarenta cuando se crea la Corporación Venezolana de Fomento.

A medida que muchas empresas iban quebrando, sus activos revertían al Estado como pago de las deudas contraídas. Se trataba de una vieja tradición venezolana, que obligó al Banco Agrícola y Pecuario a cambiar su política y sus estatutos en los años treinta, cuando muchos productores agrícolas que las habían hipotecado, le dejaban en pago haciendas improductivas.

Por último, ese predominio del Estado en la economía se había reforzado después de 1973, cuando se adelantó la reversión al país de las concesiones a las compañías petroleras que habían sido renegociadas en 1943 y debían durar hasta 1983. La creación de la empresa del petróleo nacionalizado, PDVSA, acentuó el carácter estatista de la economía venezolana. El primer industrial y por allí mismo un empleador de primera magnitud era así el Estado. No se deben confundir las dos cosas: el petróleo crea en realidad una cantidad muy pequeña de empleos directos; pero el ingreso petrolero fue empleado en grandes programas de obras públicas, lo que generaba una gran cantidad de empleos directos e indirectos. A todos los problemas que un Estado de tales dimensiones acarrea, se unía una lacra que sin ser típica ni exclusiva, no era por eso menos importante: el clientelismo político. Es todo eso lo que comienza a cuestionarse a partir de la crisis de 1983. El primer planteamiento se refiere a desmontar el gigantesco pero poco consistente aparato del Estado; y en particular su intervención directa como agente y no como simple regulador de la economía.

La corriente privatizadora que había arrancado en los ochenta en Inglaterra, se extendió a todo el mundo, y llegó a su clímax en los noventa con la desaparición del antiguo bloque soviético. También llegó a Venezuela, a finales de los ochenta, si bien a un paso más lento del que deseaban sus más fervientes propiciadores. La idea de ellos era que la todopoderosa acción del Estado debía ceder el paso a la no menos todopoderosa acción de la «mano invisible» del mercado. El Estado debía quedar reducido a sus estrechas funciones de *arms, police and justice*, tal como lo había querido en su momento Adam Smith.

Fuera de razones ideológicas, se hacía evidente que las proporciones del Estado hacían imposible su simple supervivencia. Así, del cuestionamiento del Estado-empresario se pasó al cuestionamiento del Estado-mamut. Hoy se ha hecho casi un dogma de las diferentes administraciones (como suele suceder, en unas más que en otras) la reducción del aparato no solamente productivo sino administrativo del Estado.

Ahora bien, todo eso lo magnifica y hace más complicado el *welfare state*. El Estado no se hacía presente no sólo como un empresario, sino que a la vez seguía en sus viejas funciones de regulador de la economía. Él debía además ser el agente corrector de los desajustes sociales. Lo cual lo resolvía, siempre respaldado por los ingresos petroleros, a través de subsidios y controles de precios y sobre todo, lo que será el mayor subsidio posible: la gasolina barata.

Únase a esto una agresiva política social, destinada a atacar la pobreza y reducir por allí mismo las tensiones sociales. Lo de «política social» es apenas un nombre para designar un asistencialismo que llevaba en sí el germen de su propia destrucción: el simple crecimiento vegetativo de la población reducía a la nada las mejoras alcanzadas.

Éste es el modelo económico y social que entra en crisis, y comienza a ser seriamente cuestionado en los años ochenta, incluso

Escaneado con CamScanner

antes del «Viernes Negro». Después de un interregno, bajo la administración de Jaime Lusinchi en que las nuevas soluciones se postergan, a partir de 1989 se propone ya el nuevo modelo, que un poco con intención polémica y otro por comodidad idiomática se ha dado en llamar «neo-liberal». En pocas palabras, se trata de desmontar el aparato del Estado-empresario y también del *welfare state* tal y como se había venido formando en Venezuela desde la muerte de Gómez y sobre todo a partir del 23 de enero de 1958.

Como es normal, esta nueva política, al igual que todo reacomodo social, ha tenido sus vueltas y revueltas, sus avances y retrocesos, y ha estado puntuada de pequeñas y grandes crisis sociales, políticas e institucionales. Una de las más espectaculares, por sorpresiva (pero no por eso de las más profundas) fue el estallido del 27 de febrero de 1989, conocido popularmente como el «caracazo». El otro, más serio y de mayores consecuencias, fue la intentona militar del 4 de febrero de 1992, la cual abrió el cauce a una sucesión de crisis políticas e institucionales.

5. Pero tal vez una de las más importantes consecuencias de la crisis de 1983 se sitúe en el terreno psicológico. A partir de entonces los venezolanos han estado habituándose a la idea de que viven, más allá de una situación y una circunstancia, en una realidad permanente y también en un país diferente, tal y como lo anunciaba sin mucha convicción un *slogan* de la propaganda gubernamental en los meses que siguieron al estallido de la crisis del modelo económico y social.

Esa nueva mentalidad ha ido pasando por diversas etapas, a medida que la nueva situación se desarrollaba. Primero fue el impacto de no poder seguir gastando a manos llenas como en la década anterior: el control de cambios y la devaluación impidieron que se siguiese «miamizando», pero la desconfianza novísima en el valor de la moneda tendía a acelerar la tendencia de la gente a

desembarazarse de ella, en un país donde no existía esa cultura del ahorro típica de los países de viejo desarrollo capitalista.

Luego, se ha ido perdiendo la esperanza de que se pudiese volver a un valor de la moneda comparable al que tuvo durante tantos años, si no el mismo. Por el contrario, ella ha seguido devaluándose para pasar en quince años de 4,30 bolívares por dólar a una cifra que fluctúa en los alrededores de 500 bolívares por dólar. Eso ha ido paulatinamente alejando la esperanza de que el bolívar pueda comprar todo, y de que podamos seguir viviendo de importaciones baratas.

Al mismo tiempo, se ha ido abandonando la idea de un nacionalismo rayano en la autarquía: la crisis del modelo económico es también la crisis del modelo de la sustitución de importaciones. Los industriales han debido irse adaptando a una nueva realidad: en el futuro deberán hacerse más competitivos, abandonando incluso áreas que explotaban más por tradición y por ideología (sobre todo en el campo) que por una real productividad.

Junto con esto, ha ido cambiando la idea de que el petróleo era un Minotauro, una renta maldita que iba a dejar sólo ruinas materiales y morales cuando desapareciese en un plazo muy breve. Los venezolanos han dejado de preguntarse qué harán cuando se les acabe el petróleo, porque ahora hay más petróleo que nunca y sin embargo el país se ha arruinado.

En las *élites*, el cambio ha sido positivo: el petróleo no es una lotería, una renta maldita que pronto se acabará, por lo que hay que «sembrar el petróleo» para que sea la tierra la productora de una riqueza moralmente aceptable. La sociedad venezolana pareciera estarse haciendo a la idea de que somos un país petrolero, que lo seguiremos siendo, y que eso no es una vergüenza sino la mayor «ventaja competitiva» de la economía del país.

Cierto, no todo es positivo, lejos de eso. A medida que el Estado ha ido mostrando más abiertamente sus lacras y sus vicios, a

Escaneado con CamScanner

medida sobre todo que ha ido mostrando su ruina, la espléndida confianza en el futuro, la expectativa de los venezolanos de que sus hijos tendrían asegurado un porvenir promisor, donde la educación sería el canal privilegiado de movilización social vertical, todo eso se vino al suelo.

Una ola de escepticismo parece haber ganado el país. Como en todas partes, la inflación trae la ruina de las clases medias; y como lo señalara Allan Bullock en su análisis de la situación alemana en los años treinta, es un fenómeno que produce efectos psicológicos asimilables a un terremoto: la gente siente que el piso se le mueve por una fuerza que no puede controlar, y tiende entonces a buscar soluciones mágicas. Es el momento soñado por los milagreros, por los embaucadores sociales, tal como se verá con mayor amplitud en el capítulo siguiente.

Pero sobre todo, lo que ha ido abriéndose paso lentamente pero con bastante seguridad es la idea de que pasó la época en que había que esperarlo todo del Estado paternal. Claro, ésta es la más difícil de las trabas mentales a hacer caer. Pero si a su tradicional ineficiencia, el Estado une su falta de recursos, si ya todo no puede ser resuelto «a realazos» como en los años setenta, esa mentalidad no-paternalista irá ahondándose con el tiempo.

No se nos oculta que las tendencias no van en un solo sentido. En las previsiones que se hacen desde la industria petrolera, no está excluido que el país vuelva a nadar en un mar de petrodólares, y en esas condiciones nada más tentador que volver a las andadas. Pero sin descartar eso, hay algunas señales, acaso todavía muy pequeñas, de un cambio de mentalidad. Toda la discusión, no siempre muy profunda ni muy certera, sobre la vigencia y la vitalidad de la «sociedad civil», es un atisbo de eso. También la proliferación de algunas sociedades u organismos no gubernamentales, las famosas ONG. De igual manera, el deterioro de los partidos políticos y sobre todo el progresivo cese de su monopolio sobre la sociedad,

ha hecho más abierta y permanente la discusión, el escrutinio sobre las actividades del Estado, aunque, como no deja de ser normal, eso sea muchas veces bastardeado por la tendencia al escándalo y a confundir la simple denuncia con la prueba.

Notas al Capítulo VII

1 «El día más largo en el gobierno de Herrera». Carlos Croes, *El Universal*, 24 de febrero de 1983, 2º Cuerpo, p. 1. «Las reuniones del equipo económico. 48 horas que conmovieron al país», *El Nacional*, 21 de febrero de 1983, página D-12.

2 Cf. Telmo Almada, «Un viernes cualquiera que despúes llamaron negro. Tocata y fuga». *El Nacional*, 3 de agosto de 1997, Cuerpo 3 (de la edición aniversario), p. 12.

3 Ricardo Sillberz López de Ceballos, «Antecedentes y eclosión de la crisis». *El Universal*, 26 de febrero de 1983, Cuerpo 2, p. 3.

4 «Con increíble atraso el Gobierno ha tomado las medidas cambiarias». Declaraciones de Gumersindo Rodríguez. *El Universal*, 24 de febrero de 1983, Cuerpo 2, p. 1.

5 Telmo Almada, *Op. cit.*

6 Díaz Bruzual no logró como otras veces, imponer su tesis. En el Consejo de Ministros celebrado el pasado domingo, se enfrentó a Arturo Sosa, quien salió triunfante al lograr el respaldo del Presidente y del voto del equipo ministerial, procediéndose a suspender las ventas de divisas, mientras se estudiaba la medida. «Directorio del Banco Central aprobó el Control de cambios». *El Universal*, 24 de febrero de 1983, Cuerpo 2, p. 2.

7 No era sólo a Arturo Sosa que se enfrentaba Díaz Bruzual, sino que también encontró áspera oposición en el propio Directorio del Banco Central: «Dos mujeres, Maritza Izaguirre y Ruth de Krivoy, se unieron al frente contra Díaz Bruzual para derrotar la devaluación lineal». *El Universal*, 24 de febrero de 1983, Cuerpo 2, p. 1.

8 Telmo Almada, *Loc. cit.*

Escaneado con CamScanner

9 «Copei apoya control de cambios y rechaza la devaluación». *El Universal*, 23 de febrero de 1983, Cuerpo 1, p. 2.

10 Decretos presidenciales sobre control de cambio». *El Universal*, 28 de febrero de 1983, Cuerpo 1, p. 12.

11 «La crisis económica, fiscal, financiera y monetaria de 1960 a 1962 fue más aguda que ésta porque aquella estaba inserta en el contexto de una profunda crisis política», C. R. Chávez, *El Universal*, martes 22 de febrero de 1983, Cuerpo 1, p. 13.

12 Entre 7 y 8 bolívares quedaría el cambio para importaciones no prioritarias. *El Universal*, 24 de febrero, 1983, Cuerpo 2, p. 1.

13 Telmo Almada, «Tocata y Fuga», *Loc. cit.*

14 Contrariamente a lo que suele creerse, la inflación no es una consecuencia de la devaluación: en este caso, la precedió, si bien no a niveles incontrolables.

15 La expresión es de Luis Ugalde, S. J., en uno de sus artículos de *El Universal*.

Capítulo VIII
1992: CRISIS DE LAS INSTITUCIONES

En la madrugada del 4 de febrero de 1992, los teléfonos de casi toda Venezuela colapsaron: había estallado una asonada militar. Un grupo de paracaidistas, comandados por un teniente coronel, Hugo Chávez Frías, había intentado tomar La Casona y el Palacio de Miraflores. El Presidente Carlos Andrés Pérez no estaba en ninguna de las dos partes: regresaba apenas de un viaje a la ciudad suiza de Davos, donde había ido a exponer a la comunidad económica internacional las excelencias de su programa de ajustes, y en el propio aeropuerto de Maiquetía se impuso de la situación. Así, cuando los insurrectos llegaron a Miraflores, el Presidente escapó por un túnel trasero y corrió a la única estación de TV donde podía estar al abrigo y dirigirse al país.[1]

La situación permaneció indecisa durante varias horas: en el estado Zulia el teniente coronel Francisco Arias Cárdenas, otro de los insurrectos, había logrado hacerse del control, poniendo bajo custodia incluso al gobernador del Estado, Oswaldo Álvarez Paz. Pero, avanzado el día, Chávez, quien se había acantonado en el Museo de Historia Militar, se rindió y aceptó aparecer ante las cá-

Escaneado con CamScanner

maras de televisión llamando a sus compañeros a rendirse ante el fracaso que «por ahora» había experimentado la rebelión.

¿Quiénes eran los insurrectos? El cuatro de febrero sólo se mostraron oficiales jóvenes, por lo tanto de graduación bastante baja. Su jefe, el teniente coronel Hugo Chávez Frías, era un oficial con una hoja de servicios normal, que además había efectuado estudios de Ciencias Políticas en la Universidad Simón Bolívar. Sin embargo, sus primeras declaraciones no contenían reflexiones políticas fuera de las habituales denuncias de corrupción, sino una invocación a los genios tutelares de su acción: Simón Bolívar, Ezequiel Zamora y Simón Rodríguez. Era fácil ver allí una transposición ingenua de la Trinidad cristiana, lo que condujo de inmediato a sospechar la proposición por los insurrectos de una especie de fundamentalismo laico y patriótico no muy alejado de los religiosos que azotan el Medio Oriente.[2]

Llamaba la atención la pobreza del discurso político de los insurrectos, impresión que se magnificó en ocasión del segundo alzamiento de ese año, con su jefe, el contraalmirante Hernán Gruber Odremán, cuyo lenguaje no dejaba de recordar las obscenidades de Queipo del Llano en la radio fascista durante la guerra civil española.[3]

La rebelión no dio muestras de tener ramificaciones civiles. Parecía imposible que una insurrección militar no hubiese podido encontrar algunos de esos personajes que siempre están a la orden para servir, en el caso de un golpe de estado, como secretarios de junta, ministros y hasta presidentes. Pero no fue así: la impresión que dieron los alzados fue de que no sólo era la suya una conspiración militar pura y simple, sino de que había en ella incluso la tácita intención de excluir a los civiles.

Una semana antes de la intentona, una encuesta revelaba que un 74 por ciento rechazaba la acción de gobierno de Carlos Andrés Pérez. Nada resultaba más fácil entonces que atribuir el

hecho a una respuesta, en el seno de las Fuerzas Armadas, a la insostenible situación política. Pero, como los mismos conjurados revelaron en los días siguientes al estallido del movimiento, ellos habían estado conspirando desde hacía unos diez años, durante el gobierno de Herrera Campíns y acaso antes del «viernes negro». Como suele suceder, en el curso de una década pueden cambiar los actores: algunos pierden interés en una conjura a tan largo plazo; otros se dan cuenta del error de manifestar su descontento en esa forma, en lugar de hacerlo por los canales institucionales regulares; otros dejan de tener poder de fuego útil en una acción de ese tipo.

Todo eso parece haber sucedido entre los conspiradores, pero además, el deterioro de la situación hacía que la conjura se mantuviese en sus líneas fundamentales, esperando la ocasión para lanzarse a la toma del poder. En el terreno estrictamente militar, esas ocasiones no faltaban.

Existían en el seno del ejército fisuras, producidas por un descontento que raramente trascendía a la calle. En primer lugar, había algo que venía de fuera: la clase media continuaba siendo duramente golpeada por los resultados de la crisis de 1983, magnificados por la política de ajustes que, a partir de 1989, había emprendido el gobierno de Carlos Andrés Pérez.

En segundo lugar, se habían revelado, en las más altas esferas de las Fuerzas Armadas, serios escándalos de corrupción, con varios antiguos ministros de la Defensa enfrentando procesos por tal causa en los tribunales penales. La corrupción siempre ha sido el pretexto para los golpes militares en América Latina. En un sistema democrático, donde exista una amplia libertad de prensa, la combinación entre una situación real de falta de honradez en el manejo de los dineros públicos y la tendencia al escándalo para atraer lectores, suelen terminar dando la impresión de que la democracia y la corrupción sean consustanciales.

Escaneado con CamScanner

Es entonces cuando, en la opinión popular, comienza a tomar cuerpo la idea de un «escobazo» que barra toda esa podredumbre, que barra con los partidos democráticos de tal manera emporcados y, sobre todo, que cancele de una vez por todas la «sucia política». Un sentimiento generalizado de ese tipo, por supuesto, salta los muros de los cuarteles, y siempre encuentra oídos atentos.

Al lado de eso, había, en el ejército venezolano, enfrentamientos de otro tipo, que no dejaban de recordar la situación previa al 18 de octubre de 1945. Muchos de los oficiales más jóvenes habían optado por seguir, al lado de su carrera militar, estudios en las universidades y otros institutos equivalentes.

Esto no era bien visto por una parte de los oficiales de mayor rango, que preferían que se tuviese una formación estrictamente militar. Al final, les fue concedida la razón a los primeros, cuando se legalizó una situación de hecho; pero que no podía dejar de crear descontento en los unos y desmesurada satisfacción en los otros. Y a todo eso se unían las tradicionales tensiones comunes en toda institución, y mucho más cuando ella es, por su condición intrínseca, bastante cerrada y por imposición constitucional, no deliberante.

Fuera de los cuarteles, el descontento se evidenciaba en la encuesta a que se hacía alusión más arriba. El segundo gobierno de Pérez había arrancado mal, con un estallido popular anárquico provocado por un brusco aumento de la gasolina, el 27 de febrero de 1989. Desde entonces, aquel hombre que había sido electo por una confortable mayoría, no había logrado remontar la empinada cuesta de su impopularidad como gobernante.

En la reunión de Davos (de donde regresó en la madrugada del 4 de febrero, cuando ya se escuchaban los disparos contra La Casona) había mostrado un panorama bastante optimista: pasado el primer mal trago del ajuste, el crecimiento de la economía del país era impresionante, uno de los porcentajes más altos del mundo. Pero los éxitos macroeconómicos seguían sin dejarse sentir en la calle, y el descontento era general. De modo que lo que más llamaba la atención era que, teniendo tanto paño donde cortar, los insurrectos no hubiesen hecho ni siquiera el intento de presentar un programa de reivindicaciones civiles para justificar su acción militar.[4]

¿Se trataba de una simple intentona castrense, sin mayor importancia y sobre todo sin futuro? ¿Había razones, fuera del estricto ámbito militar, para un estallido? Y la pregunta fundamental que todo el mundo se hizo desde el primer momento, fue: ¿cuál sería la reacción popular? ¿Actuaría el pueblo como el 7 de septiembre de 1958, lanzándose al asalto de un cuartel con las manos desnudas para defender la recién conquistada democracia; o por el contrario reeditaría un «caracazo» para apoyar a quienes intentaban derrocar un gobierno que según las encuestas, detestaba por mayoría?

La primera reacción de la dirigencia de los partidos fue cerrar filas en la defensa de la democracia, amenazada por el viejo fantasma del golpe de estado, que se creía enterrado desde hacía treinta años. Con ese fin, se apersonaron en la estación televisora donde el Presidente Pérez se había dirigido a la nación, los jefes más conspicuos de los partidos de oposición, de los organismos sindicales y empresariales, de los otros poderes del Estado y por supuesto del partido de gobierno. Como posición de principios, esa era una actitud inatacable. Pero los partidos de oposición cometieron de seguidas un error de cuyas consecuencias no han cesado de lamentarse: en lugar de promover un debate amplio en el Congreso, donde se pudiera, ciertamente, condenar el golpe pero al mismo tiempo dejar claras sus diferencias con el gobierno, optaron por aprobar sin discusión un documento condenatorio.

En otros términos, dejaban el manejo de la crisis al gobierno; y parecían ver lo sucedido como un asunto a resolver sólo entre los

Escaneado con CamScanner

vencedores y los vencidos de la intentona. Pero se produjo un acontecimiento sorpresivo que cambió todo el escenario político del momento, y en los meses a seguir. Rafael Caldera, quien pese al enfriamiento de sus relaciones con la organización que había fundado seguía siendo su figura más relevante, se negó a someterse a la disciplina del partido y solicitó un derecho de palabra para dirigirse al parlamento y al país desde la tribuna de oradores.

Su discurso se transformó en un acontecimiento tan sensacional como lo había sido el alzamiento mismo, y su figura opacó a la del comandante de los insurrectos. Con intención polémica, se quiso ver durante cierto tiempo su discurso como un apoyo a los golpistas, pero una lectura detallada del mismo permite una interpretación diferente.

Luego de la introducción formal, Caldera calificó por primera vez al movimiento del 4 de febrero: consideraba la sublevación militar un incidente «deplorable y doloroso». Considerar aquello un simple «incidente» podría interpretarse como una manera si no de acusar al gobierno de estar magnificando el suceso con fines de propaganda, por lo menos de reducir la importancia del alzamiento. Pero cualquier duda al respecto se aclaraba en el párrafo siguiente, acaso el más importante del discurso, tanto por su significación intrínseca como por ser el más deformado, el más utilizado por sus adversarios y el más incorrectamente citado.

En la segunda línea de ese párrafo, Caldera se refiere al golpe militar como «felizmente frustrado». Y a continuación, manifiesta su escaso convencimiento de que ese golpe hubiese tenido como intención la de asesinar al Presidente de la República. Esto ha sido esgrimido en su contra como una defensa oblicua de los golpistas y en resumidas cuentas una justificación del golpe.

Como se sabe, en su momento eso provocó la ira de David Morales Bello, arrancándole un grito que contrariaba una tradición venezolana venida del Decreto de Garantías de Falcón y de la Constitución de 1864 («¡Mueran los golpistas!»), y que pareció marcar el fin de su carrera parlamentaria. Si se aislaba la frase de Caldera de la segunda línea del contexto no ya del discurso entero sino de ese mismo párrafo, era posible sostener la tesis de su «golpismo». En verdad esa frase y ese párrafo pueden ser objeto de otra lectura. Si no se le hubiese atravesado el jurista, Caldera no habría perdido su tiempo en examinar la inconsistencia «procesal» de la acusación, y así su intención hubiese sido más clara, y esa «otra lectura» innecesaria. Pero eso cubrió y casi ocultó la importancia de las frases centrales de ese párrafo, que dicen a la letra: «...se me hace difícil entender que para realizar un asesinato, bien sea de un Jefe de Estado» (...) «haya necesidad de ocupar aeropuertos, de tomar bases militares, de sublevar divisiones»...

La intención de Caldera parecía apuntar a otra cosa: convertir el acto del 4 de febrero en una simple tentativa de asesinato era reducir por allí mismo su importancia. Es lo que intentó hacer el gobierno, con el aditamento de que insistir en eso (por muy real que pudiera ser) podía ser tomado como una tentativa de presentar todo el suceso como un simple enfrentamiento personal, producto del odio (irracional como todos los odios) contra una persona, contra Carlos Andrés Pérez. Y no, como en realidad fue, como una conjura contra un sistema que, con todos sus vicios y defectos si nos hemos de atener al resultado de todas las encuestas, sigue siendo el preferido por la determinante mayoría, casi la unanimidad de los venezolanos. Pretender que se trataba de un simple incidente personalizado era ocultar la grave situación en las Fuerzas Armadas: el 27 de noviembre demostró que eso era vana ilusión.

Lo demás son las críticas que todo el mundo hacía en el momento y en cierto modo sigue haciendo al sistema, aun cuando haya cambiado la cabeza del Estado. Lo otro es el diagnóstico de una sociedad, un sistema y un régimen enfermos, tal y como se hacía entonces y que Caldera no hizo sino sintetizar.

Escaneado con CamScanner

En el penúltimo párrafo insistía, refiriéndose a lo que se ha escrito más arriba sobre aquel diagnóstico: «...no es que yo diga que los militares que se alzaron hoy o que intentaron la sublevación que ya felizmente ha sido aplastada» (...) «se hayan levantado por eso, pero eso les ha servido de base, de motivo, de fundamento, o por lo menos de pretexto para realizar sus acciones».[5]

En verdad, menos que un apoyo a la acción de los golpistas, lo que el discurso de Caldera señaló en su momento fue la falta de visión y de vigencia de unos partidos políticos que de tal manera habían abdicado de su derecho y su deber de opinar; que presentaban a la opinión una imagen cerrada y monopólica de organizaciones del *status*; y que daban la impresión de que en el terreno de la política partidista, no existía oposición a un gobierno que sin embargo la mayoría detestaba por diversas razones pero sobre todo por la situación económica y social.

El hecho de que fuese uno de los fundadores del sistema de partidos quien de tal manera se les enfrentaba, no provocó en la opinión la desconfianza que en otras circunstancias hubiese sido normal, sino que sirvió para demostrar cuán profundo era su deterioro. Como sea, el discurso de Caldera se convirtió en uno de los acontecimientos más importantes y más discutidos de aquel mes de febrero, y como se ha dicho, logró momentáneamente desviar la atención de lo militar hacia lo civil.

En los meses siguientes, algunas cosas acapararon la atención. Uno fue la gran popularidad que alcanzaron los golpistas, a los cuales la extrema izquierda transformó poco menos que en sus ídolos: la foto de Chávez solía pegarse en ciertos sitios al lado de las de Fidel Castro y el Che Guevara; al mismo tiempo crecía su imagen también entre los dictatorialistas, los partidarios de una solución autoritaria.

En cuanto al grueso de la población, su actitud era contradictoria: mientras por un lado crecía la popularidad de Chávez, por el

otro en todas las encuestas aparecía que no deseaba vivir en otro régimen que no fuese el democrático. Una expresión práctica de esa actitud se tuvo cuando el segundo de los jefes golpistas, Francisco Arias Cárdenas, obtuvo la gobernación del Zulia por una elección popular si bien muy disputada; y por el auge de La Causa R, partido que tomó posición abierta en favor de los insurrectos militares.

Desde el primer momento, pero sobre todo luego de que Chávez fuera puesto en libertad por el recién electo Presidente Caldera, se discutió mucho si la popularidad del jefe golpista se desinflaría o por el contrario crecería como una avalancha incontenible. Eso es irrelevante frente a lo sustantivo de la cuestión: la permanencia de un fondo de autoritarismo nostálgico en la sociedad venezolana y que se había expresado hasta entonces, desde que hay elecciones, en algunos «fenómenos»: Pérez Jiménez en 1968, Carlos Andrés Pérez (por lo de «democracia con energía») en 1973.

Esa no es ni una tendencia ni un rasgo venezolanos: se presenta en todas partes. No hay sino que ver Europa, con la reaparición de los diversos fascismos y autoritarismos, respuesta irresponsable a las crisis. Irresponsable porque no es sino la tendencia a recluirse en el claustro materno. Las tiranías paternalistas, por crueles que ellas sean, no son cosa del dictador solo, sino de la sociedad que lo soporta, y a veces lo busca con voluntad mayoritaria, si no unánime. Por otra parte, un poco unido a lo anterior, hay la tendencia «anti-todo», un primitivismo anárquico que lleva a buena parte de la población marginada a votar o a servir de asiento a las opciones más extremas, no políticas, sino, para llamarlas así, morales. La misma población que rechaza el extremismo político se inclinará muchas veces por lo que signifique el proclamado polo opuesto de la situación que vive en el momento. Así, en la Italia de nuestros días, el fascismo no es visto tanto como un régimen determinado en un momento y un país dado, sino como lo contra-

Escaneado con CamScanner

rio de una república que, incluso en términos constitucionales, desde 1943 se proclama antifascista. En 1968, los votantes caraqueños, al elegir Senador a Pérez Jiménez, no tenían acaso mucha idea de lo que él había significado una década atrás: votaban por lo que el sistema confesaba aborrecer.

En tercer lugar, hay quienes tienen la idea de que, en política, el enemigo de mi enemigo siempre es mi amigo. Eso existe en todos los partidos, en todas las situaciones históricas, en toda circunstancia, pero en el caso de las intentonas de 1992, se concentró en las dos versiones del antiadequismo visceral. Una, la de quienes llevan ese odio en la sangre, y por él se determinan: podrán perdonarle a «Acción Democrática» sus peores errores, salvo el 18 de octubre de 1945.

Los otros son, por el contrario, «octubristas» de la primera hora, para quienes después de aquella fecha, AD no hizo sino degenerar. Se podría hablar en este caso de un complejo de Edipo al revés: son gente que odia a su madre nutricia (en este caso Acción Democrática) y que está dispuesta a aliarse con el diablo para salir de ella.

Hay un cuarto grupo de gentes atraídas, regular o circunstancialmente, por opciones autoritarias: lo que llama la atención es que se trate de intelectuales. No nos referimos, por supuesto, a esos autoproclamados intelectuales y hasta «escritores» cuya obra ni ellos mismos conocen. En un programa de TV el 4 de febrero de 1994, una señora se presentó como «escritora» para mostrar que Chávez sí había tenido contacto con civiles (y hasta escritores) antes de su intentona. Cuando se le preguntó por su propia obra, ella mostró las actas que cuidadosamente había llevado de las reuniones de los conspiradores: parecía no tener idea de la diferencia entre «escritor» y «escribiente».

No nos referimos pues a ellos, sino a gente que se supone entrenada en las lides de la inteligencia. No es cosa de escandalizarse: tal actitud es más corriente de lo que se supone. En el fondo de todo intelectual hay siempre un relente de admiración por la fuerza bruta: eso llevó a Drieu La Rochelle al fascismo y al suicidio, y a Knut Hansum al nazismo.

Es lo que Rufino Blanco Fombona reprochaba con amargura a Gómez: que lo hubiera obligado, a él cuya vocación era la de un hombre de acción, a vivir como un contemplativo. Pero además, y esto sea dicho hablando en positivo, en esos organizadores del caos que por definición son los intelectuales, hay siempre el anhelo o la nostalgia del orden.

Por último, la izquierda, que casi sin excepción se sintió solidaria del madrugonazo (por mucho que al principio lo condenara pensando quién sabe qué de sus autores, los cuales no habían tenido la cortesía de presentar sus ideas o proposiciones políticas). En este caso, se puede hablar de una vieja tradición de inconsecuencia. Casi no hay un solo caso en la historia latinoamericana después de los años treinta que, en materia militar, no haya dicho la izquierda una cosa y casi a renglón seguido haya hecho la otra. Y no ha habido en este caso diferencias entre reformistas y revolucionarios: todos han procedido de la misma manera.

Así, a mediados de los años veinte de este siglo, se formó en México el Partido Revolucionario Venezolano de Carlos León y Gustavo Machado; un partido destinado a combatir al mismo tiempo al caudillismo gomecista y al caudillismo antigomecista. Pero no se le ocurrió a sus fundadores nada menos que poner a presidirlo a uno de los más conspicuos representantes de este último tipo de caudillismo: el autoproclamado general Emilio Arévalo Cedeño.

En 1929, el PRV parecía haberse dado cuenta de su error, y expulsó al caudillo de sus filas… para aliarse en el asalto a Curazao y la invasión por Coro a otro representante de la vieja manera de hacer política, de la Venezuela que «tira la parada», Rafael Simón Urbina.

Escaneado con CamScanner

Rómulo Betancourt criticó acremente esa posición, con argumentos inatacables que la historia confirmó… hasta que, en 1945, un grupo de militares le propuso «tirar la parada» a su vez. Allí se olvidaron todas sus enfáticas parrafadas sobre el asunto; allí hizo tragar a su partido, al cual había educado en la santa detestación de los «caracortadas», nada menos que un pronunciamiento militar clásico.

La izquierda comunista se opuso con sólidos argumentos no sólo al «octubrismo», sino a la insistencia de los adecos en tropezar con la misma piedra. Durante los años cincuenta, los militantes de ese partido fueron educados también en aquella santa detestación del «putschismo»… para practicarlo *ad litteram* en 1962, con los levantamientos de Carúpano y Puerto Cabello. En todos los casos, el argumento para el salto mortal ha sido el mismo. El mismo que escribió Rómulo Betancourt desde 1956 en la primera edición de *Venezuela: política y petróleo*: que se hubiera revelado un pésimo líder político si se hubiera encerrado a piedra y lodo en la casa del partido cuando los militares vinieron a decirle que en los cuarteles se decía lo mismo que él estaba gritando a diario en la prensa y en la calle.

Hasta 1993 se empleó, además, el argumento de que, no siendo el venezolano un régimen parlamentario donde Carlos Andrés Pérez hubiese sido derrocado por un voto del Parlamento, ni un presidencialismo como el de EEUU donde estaría en la cárcel, no quedaba más salida que el remedio heroico del alzamiento militar.

Desde el punto de vista político, ambos son argumentos inatacables, y son los mismos de la izquierda y otros «filochavistas». Salvo que ambos olvidaron un pequeño detalle: el golpe militar no es la solución, sino un problema cuya magnitud permite decir que suele convertirse en *el* problema.

Después del 4 de febrero, el gobierno trató de capitalizar el apoyo que había logrado de los partidos democráticos y otros factores de la oposición en contra de la aventura militar, y logró que su sempiterno rival, Copei, consintiese en autorizar a varios de sus dirigentes para entrar al gabinete. Al mismo tiempo, creó una comisión consultiva bastante amplia, y convocó a Palacio a un grupo de intelectuales que, si bien en la oposición por su mayor parte, se habían pronunciado contra el golpe de estado, para explicarles el porqué de las medidas económicas de ajuste y cómo sus aspectos positivos estaban comenzando a verse.

Pero los propósitos de enmienda no fueron seguidos de los cambios que la opinión esperaba, y el gobierno no logró torcer el rumbo del desfavor que le señalaban las encuestas. El proceso de deterioro y desprestigio de los partidos políticos continuaba, sobre todo en la capital de la república. Aunque resulte curioso, quien más logró capitalizar ese sentimiento fue el fundador de uno de los dos grandes partidos que sostenían el sistema, Copei. A medida que se alejaba de su partido hasta finalmente separarse de él, crecía la popularidad de Caldera, lo que en 1993 lo llevó a ganar por segunda vez la presidencia, aunque no con la avalancha de votos que él mismo esperaba y que anunciaban las encuestas unos dos años atrás. Eso mismo llevó a un *outsider*, Aristóbulo Istúriz, a ganar las elecciones para la alcaldía de Caracas en diciembre de 1992. Con todo, la más peligrosa de las consecuencias inmediatas del 4 de febrero fue la sensación generalizada de que la intranquilidad en el ejército continuaba, de que lo que se había mostrado era la punta del *iceberg*, y de que el «por ahora» del comandante Chávez era algo más que pura jactancia.

Lo cual se demostró el 27 de noviembre de ese mismo año, cuando estalló una nueva insurrección militar, esta vez más peligrosa que la anterior, por tener entre sus dirigentes oficiales de alta graduación.[6]

La insurrección fue también copada, no sin derramamiento de sangre. Pero dos cosas quedaron en evidencia. Una fue que pe-

Escaneado con CamScanner

se a que los golpistas parecían tener mucho del favor popular, como se demostró en el súbito apoyo del electorado caraqueño a Artistóbulo Istúriz, candidato de La Causa R (partido que no sin razón, según la posición pública de algunos de sus dirigentes, era muy cercano a los golpistas), sin embargo, el pueblo desoyó los llamados a «echarse a la calle» para apoyar el golpe.

Hay que decir que, pese a parecer que la segunda intentona era más poderosa que la primera, y que hubo combates más intensos entre las fuerzas leales y los insurrectos, en este caso, como en el anterior, los jefes del alzamiento no dieron la impresión de querer hundirse con el barco una vez que a éste se le vio zozobrar. Uno de los oficiales más comprometidos en el asunto, el general Francisco Visconti, no quiso enfrentar las responsabilidades de su acción y mucho menos batirse hasta las últimas consecuencias: en compañía de unos cuarenta oficiales tomó una unidad de la fuerza aérea y fue a dar a Iquitos, Perú.

Lo segundo fue la sensación de que, pese a haber vencido por segunda vez un intento de derrocarlo, el régimen estaba herido de muerte. Sólo parecía mantenerlo el hecho de que se estaba apenas a un año de las elecciones, cuando todo eso podía cambiarse. Pero Carlos Andrés Pérez no aguantó ni ese lapso en la presidencia: en mayo del año siguiente fue depuesto por vías legales, acusado de peculado (acusación que no se mantuvo) y malversación de fondos.

En líneas generales, esos fueron los sucesos que marcaron decisivamente el año 1992. Pero no es nuestra intención, ni aquí ni en el estudio de las crisis anteriores, quedarnos en la descripción de los hechos, sino ver por qué se puede hablar de crisis, qué tipo de crisis y, sobre todo, cuáles son los cambios más importantes que ha introducido en la sociedad venezolana, cuáles han sido las consecuencias a más largo plazo, las que sirven para clasificar la de 1992 como una crisis dentro de las características señaladas al principio de este estudio.

1. La primera de esas consecuencias es el entierro de una ilusión vieja de tres décadas: que el ejército venezolano «no era como los otros», sus colegas latinoamericanos; que era monolítico en su defensa de las instituciones y del sistema democrático. Esa impresión se había asentado durante treinta años que habían seguido a las dos décadas de intranquilidad castrense iniciadas el 18 de octubre de 1945 y terminadas en junio de 1962, con la derrota de la última de las insurrecciones militares y la expulsión de los oficiales izquierdistas del seno de las Fuerzas Armadas.

Durante las dos primeras décadas después de la instauración de ese sistema, cerca de doscientos oficiales que la dictadura de Pérez Jiménez había perseguido y expulsado de las Fuerzas Armadas, fueron reincorporados y se les reconoció su antigüedad en el escalafón. Ellos fueron durante ese tiempo el dique contra las tentaciones golpistas; lo cual además se había reforzado con la derrota de la extrema izquierda militar en Carúpano y Puerto Cabello. Se pudo pensar luego que oficiales educados bajo el sistema democrático, estarían vacunados para siempre contra el autoritarismo y las soluciones de fuerza. El año 1992 señaló, con sus dos intentonas, el fin de esa ilusión: para el sistema democrático, las Fuerzas Armadas resultaban como las lenguas de Esopo, de las cuales se podía esperar lo mejor y lo peor de este mundo.

En el esquema que había presidido a la instauración de la república democrática en 1958, se concebía éste como una mesa asentada sobre cinco patas: el ejército, los partidos políticos, los sindicatos, los empresarios capitalistas y la Iglesia Católica.

Pero siendo como eran los sindicatos apéndices de los partidos, el empresariado una mujer demasiado bella y codiciada para asegurar fidelidad a nadie en particular y la Iglesia sin ningún poder efectivo, esa mesa se basaba en un equilibrio institucional entre el ejército y los partidos políticos. Estos últimos habían comenzado a deteriorarse y a desprestigiarse; en 1992 se derrumbó la quinta pata.

Escaneado con CamScanner

2. La crisis militar fue conjurada, pero ella abrió el cauce a una serie de crisis políticas e institucionales. Las dos más espectaculares fueron el proceso y la caída del Presidente Carlos Andrés Pérez; y el remezón que en las elecciones de 1993 señaló el cambio en el cuadro político y parlamentario.

La caída de Pérez tiene dos características que la hacen institucionalmente importante: no se dejó derrocar por dos fortísimos alzamientos militares, y en cambio sí lo hizo frente a una decisión de la Corte Suprema de Justicia y otra unánime del Senado permitiendo enjuiciarlo. Si CAP se hubiese dejado derrocar en 1992, en Venezuela se habría instaurado un gobierno militar, lo cual de seguro hubiese significado una dictadura militar.

Por el otro lado, si Pérez hubiese intentado resistir a su derrocamiento en 1993 por vías políticas diferentes al recurso ante la Corte Suprema de Justicia, el país probablemente se habría enfrentado a otras intentonas militares de diverso signo, esta vez acaso exitosas, y por lo tanto, también a una dictadura militar. Cualquiera que sea el juicio que al final termine formándose acerca del Presidente Pérez, debe partir de la base de que no cedió ante la fuerza de las armas, y sí lo hizo ante un voto desfavorable de la Corte Suprema de Justicia y su destitución por el Congreso Nacional.

En ese sentido, tenía sobrada razón el Fiscal General de la República, Ramón Escovar Salom, cuando se presentaba ante las cámaras de televisión, jactándose de que había echado abajo al Presidente «con este librito», como decía blandiendo la Constitución.

En la práctica, resulta imposible, en un país presidencialista, caudillista como Venezuela, que deje de personalizarse un suceso como éste. Pero, desde el primer momento, era posible intentar una apreciación que dejase de lado la persona misma del Presidente Pérez para centrarse en su significado político más general; y (porque se refiere a procesos más que a sucesos) su posible significado histórico.

Lo primero que podía decirse en relación con todo eso es que la salida de Carlos Andrés Pérez de la Presidencia de la República en estas circunstancias, es sin duda un triunfo, acaso el primero de verdad significativo, del Estado liberal. Pero no es por eso un triunfo de la democracia. Esto último se pretendió en su momento, y por supuesto, a la victoria, como siempre, le aparecieron cien padres. Pero tal como se dieron las cosas, eso no fue así. Fueron notorias las opiniones, dadas antes de la decisión de la Corte Suprema de Justicia, de que el pueblo estaba esperando ansioso la decisión de la Corte Suprema de Justicia «para comenzar la fiesta». Pues bien, la decisión se dio, y el Congreso la ratificó suspendiendo a CAP. Pero aparte de unos cuantos gritos de las barras en el Congreso y en la acera de enfrente, la «fiesta» popular no se vio por ninguna parte. No es que el pueblo desaprobase lo actuado entonces: las encuestas parecen revelar lo contrario. Pero aquí no se produjo nada similar a la incontenible marejada de júbilo popular en Brasil cuando Collor de Mello salió de Palacio con las tablas en la cabeza.

Eso no se puede atribuir al «carácter» de los brasileños: no es fácil creer que, en materia de «bonche», haya pueblo alguno, en el universo mundo, que le pueda dar lecciones al venezolano. Ni tampoco al hecho de que nuestro pueblo se esté enfrentando a una situación tan terrible que no tenga fuerzas ni para celebrar su victoria. Porque por muy grandes que sean los nuestros, los problemas de Brasil no son menores: tienen el tamaño de su tamaño. Ni se puede decir, como acaso él mismo lo pretenda, que eso refleje, en el fondo, alguna forma de simpatía por Carlos Andrés Pérez, su gobierno y su política.

Sobrarán luego las explicaciones: por el momento, no queda más remedio que constatar eso, o sea que la salida de CAP de la Presidencia no puede considerarse un triunfo de la democracia, porque la democracia (o sea el pueblo en las calles) no lo manifes-

Escaneado con CamScanner

tó así. No se puede decir que *no lo sintió así*, pues nadie puede saber eso a ciencia cierta; pero queda el hecho del silencio popular.

En cambio, sí es posible decir que la salida de CAP sea un triunfo del Estado liberal. Eso se puede constatar con suma facilidad, despersonalizando al extremo el asunto: el Poder Judicial, por su parte, y el Poder Legislativo, por la suya, se impusieron por encima del Poder Ejecutivo. Nunca en la historia de Venezuela había funcionado con tanta evidencia el esquema del Estado liberal, la idea del equilibrio de los Poderes.

Que eso sea circunstancial, siempre lo es. Que eso sea efímero, no se puede saber todavía, pero en todo caso aún si se trata de una golondrina solitaria es un precedente demasiado importante para que pueda ser olvidado.

Como sea, y es por eso que lo llamamos «precedente», no es fácil que se olvide por todo lo que ha debido pasar Carlos Andrés Pérez en ése, para él, *annus horribilis* de 1993. La justicia decidió en su momento y con sus métodos si él era culpable o inocente de corrupción: tampoco nadie puede garantizar que su decisión, cualquiera que ella hubiese sido, sea justa y acertada, pero es la suya.

En todo caso, de ahora en adelante se haría mucho más difícil manejar a capricho ni siquiera unos fondos que, en todas partes del mundo, son secretos y por lo tanto, raramente sometidos a un control confiablemente imparcial.

Ese es el verdadero y mayor, y mejor, resultado de todo este proceso que se le siguió a Pérez. Es, si no la muerte, por lo menos un durísimo golpe a la discrecionalidad presidencial. En este sentido, tiene tanto valor como la renuncia de Nixon a la Presidencia de los EEUU: el velo del misterio, acaso siempre necesario para algunas acciones de los gobernantes, no puede servir para encubrir cualquier manejo del hombre en el poder, sea doloso, sea negligente, o sea tan sólo la inconciencia de que, en un régimen democrático, no se puede proceder durante mucho tiempo con los mo-

dos de un despotismo electo. Cuando se dan casos como el que ahora se está dando en Venezuela, sucede que la voluntad de la democracia es equilibrada por las formas y la esencia del Estado liberal.

Porque la democracia puede equivocarse y de hecho lo hace. ¿Acaso no fue CAP reelecto por el voto popular, por la democracia? El estado liberal da la posibilidad de corregir esos errores, cuando el pueblo mismo es incapaz, por falta de fuerza o de voluntad, de hacerlo por sí mismo. Y es así como en Venezuela, ese «librito» que blandía como arma mortal el Fiscal General de la República, logró lo que en Brasil se impuso por la voluntad y la fuerza populares.

De modo que quienes, siguiendo las modas y los modos del humor de la calle, ven en la caída de CAP la derrota si no el entierro del «neo-liberalismo», no se daban cuenta de que lo que estaba sucediendo era todo lo contrario. O sea, que el famoso equilibrio montesquielano de los poderes públicos ha logrado lo que en este caso no pudo (como tampoco pudo el estallido social del 27 de febrero de 1989) o no quiso lograr una marejada popular; no quiso o no pudo lograr la democracia. Ni tampoco, es preciso recordarlo, la pretensión de algunos aspirantes a salvadores de la Patria.

Pero quizás haya otra consecuencia, y acaso positiva, de la degradación de CAP, del despojo de sus arreos presidenciales por el Parlamento. Es tonto negar que la decisión del Parlamento sea política. Como un saludo a la bandera, se ha dicho que ella tiene un basamento jurídico; pero lo central de la resolución votada es esa famosa «conveniencia nacional», nombre eufemístico que los políticos suelen dar a sus particulares intereses. No creemos que haya por qué avergonzarse de esto; ni tampoco, como lo hace el propio CAP, de echárselo en cara a sus adversarios.

Pero como sea, tal vez esto haya dado la pauta para una reforma de la Constitución que responda a una realidad y como tal, sea correcta, necesaria y duradera. Se trata de la transformación del

Escaneado con CamScanner

venezolano en un régimen parlamentario, en vez de presidencialista. Así, el control de las decisiones del Ejecutivo será más cercano, más cotidiano. No es que con eso se vaya a acabar con la corrupción, como no lo ha hecho en Italia, en Francia ni en España. Pero tal vez tengan razón quienes dicen que el único caso en toda la historia en el cual un régimen presidencialista haya tenido éxito sea el de los EEUU. Y eso tal vez sea atribuible a su formidable potencia económica, que podía hacer viable cualquier régimen. En el caso venezolano, y más generalmente latinoamericano, se temía que un régimen parlamentario acentuase la ingobernabilidad de la democracia.

Pero esa es la importancia, más allá del caso personal de CAP, de lo que está sucediendo en Venezuela. Si luego de todos esos embates el sistema democrático se sostiene esta vez sin ser interrumpido por un acto de fuerza, se está demostrando a la vez que un régimen donde el Ejecutivo sea responsable políticamente ante el Parlamento es viable y, sobre todo, es fuerte. La caída de CAP fue así un triunfo del liberalismo. Y si nos apuran mucho, diríamos que se trata de un triunfo del neo-liberalismo. Lo que sucede con este último término es que se suele darle un exclusivo significado económico. No: aquí se puede hablar de «neo-liberalismo» porque se trata de un liberalismo corregido o equilibrado por la democracia, a través, por lo general, del sufragio universal.

3. Como se ha dicho antes, la segunda «pata» que sostiene el sistema democrático es, por lo menos a partir de 1958, el partido político. No se puede decir que su decadencia sea una consecuencia de la crisis de las instituciones manifiesta a partir de 1992, porque es un proceso de más larga data, pero esa situación se aceleró a partir de entonces; y no es imposible que ese resquebrajamiento haya sido un reflejo del experimentado por la otra «pata» institucional, el ejército.

Como sea, es un hecho que el desprestigio del partido político nunca había llegado tan bajo desde 1958. Aquí conviene separar dos cosas: una es el desprestigio del *two-party system* tal como se había presentado desde el Pacto de Punto Fijo; y otra es el desprestigio de la institución partidista en general, la cual, al confundirse democracia y régimen de partidos; y más aún, régimen de partidos y política a secas, conduce a un rechazo de la democracia y de la política.

Lo primero hizo que los partidos que más sintieran el impacto fueran los dos miembros de la tácita coalición bipartidista. En Acción Democrática eso era más que natural: por mucho que haya intentado tomar distancias con Carlos Andrés Pérez, lo que finalizó con su exclusión de las filas del partido, era normal que la impopularidad del Presidente recayera también sobre el partido del cual había sido durante muchos años secretario general y dos veces candidato vencedor.

Así, la primera consecuencia del desprestigio partidista fue la derrota de «Acción Democrática» en las elecciones de 1993. Sin embargo, no deja de llamar la atención que lo que todo el mundo presentía como la liquidación del partido (un poco como había sucedido con el APRA peruano) se transformó en una honrosa derrota, con el candidato Claudio Fermín quedando de segundo en la contienda, y conservando siempre el primer grupo parlamentario.

La situación de Copei fue algo diferente, si bien tampoco asumió su derrota las características de *débacle* que todo el mundo vaticinaba. Copei fue a las elecciones golpeado por una doble hemiplejia. Por una parte no sólo debía enfrentarse a su líder fundador y sempiterno candidato Rafael Caldera, sino que además lo hacía con un candidato sorpresivo, pues había triunfado en unas primarias que el aparato partidista creía ganadas por Eduardo Fernández. Y sin embargo, su abanderado llegó en un honroso tercer lugar (no hubo diferencias abismales entre los cuatro candidatos

Escaneado con CamScanner

presidenciales) y el partido conservó una no desdeñable fracción parlamentaria.

En el resto del panorama político, lo más espectacular fue el avance de La Causa R, cuyo candidato también le llegó muy cerca a sus contendores y que obtuvo una poderosa fracción parlamentaria. El calderismo (Convergencia) y el MAS se repartieron los restos.

El resultado de la elección presidencial fue atípico, para no decir sorpresivo: Rafael Caldera, fundador y varias veces candidato del partido Copei, fue percibido esta vez como el líder de las corrientes contrarias al bipartidismo. Unió detrás suyo a los dispersos restos de la izquierda, las que Teodoro Petkoff llamó alguna vez «el chiripero», insulto que fue aceptado esta vez por Caldera, quien llegó incluso a editar un botón con la forma de una chiripa.

De Caldera nadie podía decir que representase el anti-partidismo: no solamente una gruesa parte del electorado lo veía todavía como el líder si bien no el vocero de Copei, sino que arrastraba en su caudal electoral a una cantidad de pequeños partidos que no por su tamaño dejaban de ser partidos, algunos de ellos muy leninistas, como el mismísimo Partido Comunista. Pero además, arrastraba a una buena parte del electorado anti-partido y, ayudado esta vez por la propaganda de sus adversarios, acaso buena parte de esa opinión que en los días que siguieron al 4 de febrero, manifestó simpatías hacia los insurrectos.

En 1993 se presentó un fenómeno que ya se veía venir, pero que esta vez adquirió caracteres preocupantes: la abstención electoral. Aquí se mostraba en estado puro lo que se señalaba antes: el rechazo no solamente al bipartidismo, sino a la política en general, y por lo tanto al sistema político por excelencia, la democracia.

4. Lo que más llama la atención en todo esto, sin embargo, es que pese a ese estruendoso derrumbe institucional, el sistema haya sobrevivido a más embates de los que hubiera jamás sufrido y

que habían echado abajo a muchos de los gobiernos democráticos del continente: un sistema al cual le faltase el apoyo de la calle y de las Fuerzas Armadas parecía imposible que pudiese sostenerse.

Y sin embargo, el venezolano no se derrumbó: soportó varios meses de una dificultosa transición. El gobierno interino de Ramón J. Velásquez («esta Presidencia ni la busqué ni la quería») unía, a su condición provisional, el hecho de ser uno de los gobiernos más débiles en los últimos cuarenta años: los partidos que consintieron en elevarlo a la Presidencia, le negaron su apoyo en el Parlamento.

No solamente eludían ellos mostrarse como partidos «oficialistas» en una campaña electoral donde el oficialismo enfrentaba las peores perspectivas; sino que mucho menos querían verse ligados con medidas políticas impopulares, como presentían que cualquier gobierno se vería obligado a tomar, todo eso en un año electoral, y no cualquiera, sino uno de los más difíciles y reñidos desde 1958. De hecho, ninguna de las cuatro candidaturas pudo decir que «aplastó» a las otras, y el Presidente fue electo con una mayoría muy pequeña.

Y en el ejército las cosas andaban aún muy revueltas, y se rumoraba que había varias conspiraciones en marcha. Fuese verdad o mentira, el hecho es que se daba la impresión de que el gobierno se sostenía porque ningún grupo de los conspiradores de diverso signo tenía fuerza suficiente para imponerse a los otros, y eso aseguraba un precario equilibrio.

Como si eso fuera poco, con el derrumbe del Banco Latino, el gobierno provisional de Velásquez y el constitucional de Rafael Caldera en sus primeros meses debieron enfrentar una severa crisis financiera, la más grande en la historia no sólo del país, sino de América Latina e incluso (como decían sin exagerar demasiado los voceros del gobierno) del mundo entero. Un gobierno que decía y repetía que no tenía un centavo, que había que apretarse el cintu-

Escaneado con CamScanner

rón, se vio obligado a sacar grandes cantidades de dinero para auxiliar a los bancos colapsados, ante el temor de una ruina generalizada de los ahorristas, cosa que ningún gobierno soportaría.

En la calle, las cosas no se presentaban mejores. Las protestas se sucedían a diario, con huelgas y manifestaciones y con el formidable pretexto de que el gobierno debía auxiliarlos «como había hecho con los banqueros». A mediados de 1996, el gobierno se vio obligado a tomar las más impopulares medidas de ajuste, cosa que venía eludiendo desde su instalación: aumentó el precio de la gasolina para acercarlo a los del mercado internacional, devaluó el bolívar y estableció de nuevo el libre cambio.

Eso no era nada nuevo en América Latina. Pero, por lo general, se tomaban esas medidas cuando se estaba en los primeros meses de un gobierno, con el Presidente cabalgando todavía la cresta de la ola. Y ni así: Carlos Andrés Pérez inició sus programa de ajustes en medio de esas circunstancias favorables, y el resultado fue el terrible «caracazo».Ningún gobierno, y menos si es interino, o está en los primeros meses de su ejercicio, es capaz de soportar semejantes presiones. Y sin embargo, el sistema resistió. Tal vez el más importante resultado de esta crisis, en el largo plazo, sea la demostración de esa increíble e increída fortaleza.[7]

Notas al Capítulo VIII

1 «Primera declaración de Pérez. 'Salí de La Casona como pude'. Un cambio de traje hubiese dado un giro a los acontecimientos», *El Universal*, 5 de febrero de 1992, Cuerpo 1, pp. 14 y 15.

2 Esto ha sido desarrollado largamente en mi «Los mitos del 4 de febrero», *Ni Dios ni Federación*. Caracas, Planeta, 1995, pp. 203-225.

3 [Entre otros, Mario Vargas Llosa habló de los golpistas venezolanos como «cuadrúmanos»] «...contesté que tenía un quinto miembro de considerable dimensión entre las dos 'manos' inferiores», y me llama «...encuerado con las 'cinco patas' (...); el calificativo que él (...) merece: cabronsote», para rematar diciendo que él «...como buen descendiente de agricultores alemanes, en el campo del amor, especialmente en la siembra de la yuca, ha dejado sendas huellas a la patria». Hernán Gruber Odremán, «El Azazel Caballero». *El Mundo*, 3 de julio de 1995, p. 4.

4 «Sería un error muy grave querer darles castas de nobleza a los golpistas, presentándolos como una suerte de campeones de la causa popular... Una cosa es comprender que los comandantes alzados hayan pretendido navegar contando con el favor de la fuerte corriente de protesta hoy existente en el país, y otra muy distinta es aceptar como válido un procedimiento mediante el cual un grupo militar, apoyándose en la fuerza, pueda decidir por sí y ante sí, el destino político de la nación y darle un gobierno cuya única fuente de legitimidad sería la ametralladora». Teodoro Petkoff, «¿Y ahora qué?», *El Universal*, 7 de febrero de 1992, Cuerpo 1, p. 4. Pese a esa advertencia de Petkoff, fue eso lo que sucedió: la izquierda convirtió a los alzados en una especie de héroes populares.

5 Rafael Caldera: «Es difícil pedirle al pueblo que se inmole por la libertad». *El Nacional*, 5 de febrero de 1992, p. D-1.

6 Esta vez además, los conspiradores parecían más inclinados a acercarse a algunos medios civiles para su intentona. En todo caso, eso fue lo que declaró uno de los Jefes de la segunda asonada, general Francisco Visconti, desde su refugio de Iquitos, Perú: «Íbamos a gobernar con algunos notables». *El Universal*, 2 de diciembre de 1992. «Los Notables» eran un grupo, así llamado por la prensa, nucleado alrededor de Arturo Úslar Pietri y donde destacaban Miguel Ángel Burelli Rivas, J. A. Cova, Ernesto Mayz Vallenilla. Sin embargo, el propio Visconti negó que Úslar Pietri estuviera involucrado en el movimiento. *Idem*.

7 Uno de los más interesantes análisis de la crisis de 1992 está contenido en el libro *Venezuela: 4-F, 1992*, un análisis socio-político de Heinz R. Sonntag y Thaís Maingón. Caracas, Editorial Nueva Sociedad, 1992. También es importante, para una visión bastante heterodoxa del golpe, Alberto Arvelo Ramos, *En defensa de los insurrectos*. Mérida, Editorial Venezolana, 1992, que pese a su título es menos una defensa de los

Escaneado con CamScanner

golpistas que un cuestionamieno a fondo de un sistema cuyas lacras alimentan las pulsiones insurreccionales. Por una visión más simpática de los sublevados, cf. Ángela Zago, *La Rebelión de los ángeles*. Caracas, Editorial Fuentes, 1992.

CONCLUSIONES

En el siglo veinte venezolano se produjeron al menos siete crisis que puedan llamarse históricas. Lo han sido porque cada una de ellas señala un momento crucial del desarrollo de la sociedad o de su conciencia (y de su conciencia), a partir del cual la historia venezolana se divide en un antes y un después; porque señalan el paso de una situación de normalidad a otra de anormalidad, la cual a su vez se convierte en una nueva normalidad hasta el próximo paso; cuyos cambios se han revelado de una forma u otra irreversibles, y eso se ha hecho perceptible muchas veces en el momento mismo del estallido; son eclosiones que se pueden ubicar con facilidad en el tiempo; y por mucho que pudiesen ser vistas como crisis parciales, no es menos cierto que han incidido de tal manera en el desarrollo social, en la historia venezolana, que pueden ser consideradas profundas y estructurales.

Todas esas crisis han producido en la sociedad cambios que han llevado a la formación de un tipo especial de venezolano a finales del siglo veinte: pacífico (un siglo sin guerras civiles); sano (con la eliminación de las epidemias y también las endemias mor-

Escaneado con CamScanner

tales a partir de 1945); culto, con la homogeneización que ha hecho posible el acceso de todos a un mismo tipo de cultura, a un mismo patrón cultural; democrático desde hace sesenta años y definitivamente venezolano.

Las crisis históricas señalan siempre una serie de mutaciones que trascienden su significado inicial. De allí que sea tentador traducir crisis por cambio; pero esa simple sinonimia no conduce a nada, porque equivaldría a decir que los cambios producen cambios. Pero eso no es lo más importante, sino que la recíproca no es siempre verdadera: ni todas las transformaciones son productos de una crisis, ni toda crisis trae aparejados cambios profundos y duraderos.

De lo anterior se pueden proponer dos ejemplos bastante claros en la historia venezolana del siglo veinte. Posiblemente nada haya producido tantísimos y tan profundos cambios en esa sociedad como el descubrimiento de los yacimientos petrolíferos y su explotación a lo largo de ocho décadas; y sin embargo, no hay allí el chispazo de una crisis histórica, perceptible y ubicable tal como se hace con las otras que hemos estudiado en este trabajo.

El otro ejemplo es el estallido del 27 de febrero de 1989, conocido popularmente como «caracazo». Sin duda alguna es una crisis: un gobierno recién entronizado se vio obligado a suspender las garantías constitucionales e imponer el toque de queda. Pero no se puede considerar una *crisis histórica* porque no se han advertido consecuencias perdurables. Incluso si ella sirviese para contradecir lo del carácter pacífico de la sociedad, la violencia allí desbordada no ha tenido otra manifestación parecida en el plazo mediano de un lustro. Mediano si se la compara con la recurrencia cuando menos anual de las guerras civiles en el siglo diecinueve.

La primera de las crisis, la de 1903, puede mostrarse como modelo para la elaboración del concepto que habrá de aplicarse a las subsiguientes. Si se escogió esa fecha y no la de 1902, cuando se pro-

dujo la mucho mayor y decisiva batalla de La Victoria (es además el año del bloqueo a las costas venezolanas por Inglaterra y Alemania), es porque no se trataba de hablar del final de una guerra, sino del comienzo de una paz. Aquí se despoja el término *crisis* de su carga catastrófica, porque hay el paso de una normalidad que es la guerra civil a una situación de anormalidad que es la paz permanente.

La importancia de esa crisis reside en el hecho de que tal vez ninguna haya producido una mutación tan impresionante en el carácter del venezolano: es como si un guante se hubiese volteado al sacarlo de la mano. De guerrero, ese pueblo se transformó en pacífico. Y con una consecuencia tal que hoy Venezuela puede vanagloriarse de su excepcionalidad no sólo en América Latina sino en el mundo: ¿cuántos países, si no, pueden jactarse de llevar un siglo sin guerras?

En 1928 el cambio es de otro tipo, y escasamente visible en su momento. Es la Venezuela que se bajó del caballo en 1903, que hace su entrada en sociedad, introduciendo desde el primer momento un cambio comprobadamente duradero: el nuevo escenario de las luchas sociales y políticas será en adelante la ciudad. Los nuevos soldados serán hombres de a pie y, dentro de lo que cabe, desarmados.

No es muy difícil advertir entonces cuál será su arma más poderosa y eficaz, pues desde el primer momento hay algo que los distingue de la vieja y recurrentemente derrotada oposición liberal al gomecismo: es la palabra hablada y escrita. Desde ese momento, Venezuela aprende a hablar antes de aprender a escribir, y en todo caso va a dejar de ser impresionada por los monosílabos incantatorios del tirano. Quien aprende a hablar ya está sufriendo una verdadera, seria y muy útil mutación, transformación, cambio: eso es verdad en el individuo, no lo es menos en una colectividad nacional.

El otro elemento de esa crisis, que enfrenta la mineralizada actitud del gomecismo y el antigomecismo, es la voluntad, la actitud y la decisión de pasar del personalismo egomaníaco que es el de los

Escaneado con CamScanner

contrincantes hasta entonces existentes, a la impersonalidad de un movimiento colectivo. Comenzarán llamándose «generación» a falta de otra forma de nombrarse como conglomerado, y terminarán fundando las grandes organizaciones populares contemporáneas.

Es corriente decir que en 1936 Venezuela se libró del miedo, pero con esto se quiere aludir al terror paralizante que la sola evocación del «zar de Maracay» provocaba. En verdad, lo que se produjo en ese año fue mucho más importante: Venezuela se liberó de dos miedos que indisolublemente unidos agobiaban el ser social, a saber la tiranía y la guerra civil. Es decir, al comprobar con su acción en la calle que la derrota del autoritarismo no significaba de necesidad la recaída en la anarquía, completó lo actuado desde 1903: a partir de ahora, Venezuela no sólo sería un país pacífico sino también democrático.

¿Qué significaba entonces, qué significa ahora, ser democrático? Ésta es otra de las adquisiciones de la conciencia nacional después de 1936. La democracia no es una forma del Estado sino una voluntad social. Es también una forma de «nacionalizar» el Estado, que deja (o debe dejar de ser) apenas un conjunto de instituciones gubernativas para ser la expresión real de la voluntad popular. Dicho en otros términos, que la democracia implica la existencia de la libertad de expresión, de asociación, de voto y el respeto a los derechos humanos, pero que todo eso no es sino una consecuencia de lo más importante: la voluntad general de que eso sea así y no de otra manera.

Cuando ella existe, es bastante secundario que aquellas libertades sean restringidas, conculcadas o suprimidas: primordial es que exista una nación, un pueblo que no sólo lo rechace, sino que haya perdido el miedo a expresarlo. A lo largo de sesenta años, Venezuela ha demostrado haberlo perdido, y así el único régimen que intentó regresar de una forma u otra a los modos del gomecismo, no soportó, no fue soportado, más de un lustro.

En 1945, tomados de la mano, entran en escena dos nuevos actores: el ejército y el partido político. Por mucho que en esa fecha ya hubiesen dejado de ser la guardia pretoriana del gomecismo, hasta entonces las Fuerzas Armadas no se habían manifestado como institución. Esta vez lo hacen actuando como tal: así el líder militar de la conspiración no se destaca por sus cualidades personales y mucho menos por sus dones carismáticos sino por ser el oficial de mayor graduación entre los jóvenes conjurados.

En cuanto al partido político no se podía considerar tal la organización que, bautizada inicialmente con el nombre revelador de Partidarios de la Política del Gobierno (PPG), sostenía al régimen del general Medina Angarita. «Acción Democrática» es, en esas condiciones, el primer partido político en hacerse del poder. Al cual llega desde el Llano, aunque por un atajo y no por la vía real que se suponía la escogida por el partido desde que desde los años treinta, su más conspicuo dirigente se había elevado contra los «sindicatos de macheteros».

Lo más curioso de esta alianza vencedora en 1945 es que hasta ese momento, los más feroces adversarios de la idea misma de partido, aferrados a la última proclama del Libertador citada fuera de su contexto epocal, oponían la «independencia» de los militares, garantes y ejemplo de la unidad de la nación, al divisionismo y a la dependencia servil que a sus afiliados imponía el partido político. En una palabra, oponían el ejército al partido. En 1945 se quiebra esa oposición y es la fuerza armada, actuando más como colectivo que como seguidor de una individualidad, quien toma de la mano al partido político y, para decirlo así, lo presenta en sociedad.

Por supuesto que no es ése el único cambio que se produce a raíz de la crisis de 1945. Tal vez el más significativo, el que mayores consecuencias, para bien y para mal, ha tenido para el país, es su ingreso a la sociedad de masas, típico de la democracia del siglo

Escaneado con CamScanner

veinte. Esa era una situación previsible, y es comprensible que se diga que se hubiese producido de todas formas, «revolución» o no. Pero el hecho es que fue a raíz de ella que tuvo lugar. Y no por generación espontánea, sino por decisión del nuevo poder al abrir las puertas del padrón electoral a las votaciones millonarias. A través de esto se produjo la incorporación de tres sectores sociales cuya participación había sido hasta entonces muy reducida: los jóvenes en edad militar, las mujeres y los campesinos analfabetas.

En 1958 estalla una crisis que abrirá las puertas a un proceso de cambios como nunca antes había conocido Venezuela en su historia. Ello se puede sintetizar empleando la misma formulación que el historiador inglés Geoffrey Barraclough propuso en un ámbito más amplio: que el venezolano que tuvo veinte años en 1950 se parece mucho más a su abuelo de principios de siglo, que a su hijo que cumplió veinte años en 1970.

Gran parte de esos cambios vinieron de afuera, en la ola formidable de los años sesenta; otros son, por así decirlo, de factura criolla. Pero unos y otros fueron asimilados por la sociedad venezolana gracias a la democratización de la vida pública que comenzó con la crisis del 23 de enero de 1958. Lo que se había iniciado trece años antes, con el ingreso de Venezuela a la sociedad de masas, se profundiza y se amplía en los cuarenta años transcurridos desde aquella fecha. Pero con un agregado, y es que a partir de 1960 comienza la aceleración de un proceso que ya venía desde los años treinta: el trasvase poblacional del campo a la ciudad.

Ese solo hecho produce siempre cambios en las costumbres, pero en este caso la influencia venida de afuera encontró cauce para desembocar en la sociedad venezolana y permearla toda. Así, a las mutaciones en el terreno político siguieron otras, el terreno cultural, de las costumbres, de la moral individual y social. El habla, la vestimenta y las costumbres sexuales del venezolano se han modificado profundamente, en una cantidad y en una calidad impresionantes. A principios de los años cuarenta, el más importante partido político del país encontraba su mejor símbolo para caracterizar al pueblo venezolano en la caricatura de un hombrecito ensombrerado y vestido de liquilique, en alpargatas y con un bollo de pan en el bolsillo.

Hoy es muy difícil que el venezolano pueda reconocerse en ese muñequito. Pero no es sólo la vestimenta: si se le pusiese a hablar, seguramente lo haría con un pronunciado acento regional, o incluso caraqueño, que hoy tiende a borrar sus matices. Su lenguaje, acaso vulgar, se ha enriquecido con expresiones impropias, con la diferencia de que hoy pueden ser dichas en público y en presencia de damas y personas de respeto sin que nadie se escandalice demasiado.

La mujer, por su parte, ha protagonizado lo que tal vez sea la revolución social más importante del siglo: su acceso a la calle, a donde se lanzó para disputar a los hombres su puesto de trabajo, paso previo para imponer la igualdad de la representación política. Las mujeres han accedido a la educación superior, y hay facultades donde su número iguala si no supera al de sus coetáneos masculinos. Cada día que pasa, sobre todo entre las clases altas y medias, van conquistando su derecho a una sexualidad no determinada por el dominio del macho.

Es un error considerar la de 1983 solamente como una crisis fiscal o uno de los bajones recurrentes típicos de una economía que al depender de los precios del petróleo en los mercados internacionales, conoce una época de vacas flacas sucediendo a otra de vacas gordas, y viceversa. A partir del llamado «viernes negro», los venezolanos conocerán dos fenómenos de los cuales se creían a salvo para siempre: la devaluación y la inflación.

Pero no es sólo eso: a partir de entonces se hace evidente que ha entrado en crisis algo más profundo y es el modelo económico caracterizado hasta entonces por una forma perversa del Estado de bienestar acogotado por el clientelismo, con un despiadado

Escaneado con CamScanner

gremialismo incapaz de ver más allá de sus muy particulares intereses; y con un Estado de dimensiones colosales e igual ineficacia. Un capitalismo de Estado, dueño éste de las empresas más diversas y a veces, disparatadas. Una sociedad que disfrazaba la inflación con los controles de precios y los más diversos subsidios, y con el mayor de éstos, la gasolina barata.

Todo eso se derrumbó el 18 de febrero de 1983. A partir de entonces, de nada ha valido disfrazar la crisis y postergar sus soluciones. Ninguno de los remedios o paliativos intentados ha servido: se hacía patente la necesidad de adquirir conciencia de la muerte de un modelo económico; que se imponía no su recomposición, sino su sustitución.

La última de las crisis estudiadas, la de 1992, tampoco puede acantonarse en los límites estrechos de una intentona militar frustrada. A partir de allí se inicia también un proceso de cambios que dan cuenta sobre todo de la obsolescencia de instituciones viejas ya de cuarenta años, y cuyo deterioro se había podido disimular en la época de la opulencia petrolera, y había quedado al descubierto cuando llegó la época de las vacas flacas.

El 4 de febrero enterró un mito viejo de treinta años: que el ejército venezolano era diferente de sus pares latinoamericanos; que era monolítico, unido en la defensa de las instituciones democráticas. Y las últimas paletadas a ese cadáver, a esa percepción, las dio el otro cuartelazo frustrado el 27 de noviembre de 1992.

Pero por supuesto, las cosas no se quedaron allí: la única institución que había permanecido al margen de divisiones y que no exhibía el mismo grado de deterioro que las organizaciones civiles, también se vino al suelo; y era el único pilar que permanecía sosteniendo el edificio institucional. El cual ha demostrado una fuerza que nadie sospechaba, al ser capaz de lograr, por la vía legal, lo que dos intentonas militares no habían podido hacer: sacar al Presidente de Palacio antes del fin de su mandato constitucional. Todavía es acaso muy temprano para establecer si el cambio en el terreno político será permanente, pero el bipartidismo sufrió en 1993 un golpe rudo aunque no mortal.

Del análisis de todas esas crisis se pueden extraer también algunas consecuencias más generales. La primera de todo es que no se puede seguir ligando la palabra *crisis* a una situación catastrófica. La segunda es la inanidad de algunas *idées reçues* las cuales sin embargo tienen una vida muy recia, son difíciles como el diablo de erradicar. Las más repetidas siguen siendo las siguientes:

Vivimos la crisis más grande de nuestra historia. En un país que perdió en una década (1810-1821) una buena mitad de su población y, léase bien, *la totalidad* de su clase dirigente (esa «oligarquía municipal» que lanzó el movimiento del 19 de abril, pero también su *élite* intelectual); para un país que vivió un siglo entero de guerras (1810-1903); para un país cuyo caos social y político hizo pensar a las potencias europeas y acreedoras en 1902 que sería una sabrosa y fácil carne de imperio, esta idea de la «peor crisis» no resiste el menor análisis.

Éste es un país tomado por la violencia. Suena muy bien, y se escucha con un oído simpático, decir que un fin de semana en Caracas produce más muertes que los mismos días en el Sarajevo o el Beirut de la guerra civil. Sobre esto conviene decir dos cosas. La primera es que no sin razón Fernando Savater coloca esa idea entre las «ficciones» de su *Diccionario Filosófico*. Para él, la vida cotidiana «…nunca había sido tan pacífica como ahora, cuando pocas personas llevan habitualmente armas y la muerte 'a mano airada' es un hecho suficientemente raro como para salir en los periódicos».

Es cierto que el filósofo español se refiere a los países desarrollados, pero aquí viene lo que hemos repetido muchas veces a lo largo de este estudio, y también en el texto de estas conclusiones: no sólo que Venezuela sea uno de los pocos países de América La

Escaneado con CamScanner

tina y del mundo que haya vivido casi un siglo sin guerras civiles, sino que con eso supera a España, a Italia, e incluso a la Alemania de los ejércitos partidistas antes de 1933 y a la Francia del *maquis*. En Venezuela, los golpes de octubre de 1945 y de 1992, las insurrecciones de 1958 y de 1989, son apenas escaramuzas, rasguños frente a lo que, de verdad, significa una guerra civil.

En este país se vivía mejor «antes». Éste fue uno de los tópicos favoritos en 1995, en razón de los cincuenta años del 18 de octubre, y su «antes» de Medina Angarita. En verdad, antes del 18 de octubre, que nos perdone Perogrullo, vivían mejor quienes vivían mejor. A partir de entonces, mucha más gente vive mejor, pero igualmente, mucho más gente vive peor: es que a partir de entonces Venezuela entra en la sociedad de masas, con todos sus problemas y desajustes, pero también con todos sus progresos. La idea de que antes del 18 de octubre (o antes de 1936, o antes de 1958) «se vivía mejor» es una opinión tan interesada y tan poco seria como cualquier otra de carácter puramente electoral.

Los partidos políticos invadieron la sociedad civil. Éste es el primer escalón de otra *idée reçue* complementaria: «y el pueblo detesta los partidos políticos». Ambas frases encierran medias verdades: es cierto que los partidos políticos han invadido la sociedad civil. Pero lo han hecho no sólo porque pertenecen a ella, sino porque, en este país, fueron ellos los fundadores de esa fulana sociedad. Y en segundo lugar, es cierto que hay una tendencia generalizada a detestar los partidos políticos. Pero la razón es porque ellos se han hecho *detestables*. Y se han hecho tales por su carácter monopólico. El cual carácter, a su vez, les ha venido por no haber conseguido hasta ahora rivales serios en la sociedad civil.

Hemos perdido el siglo veinte. Éste es acaso el más tenaz, el más pernicioso y sobre todo el más mentiroso de todos esos tópicos. Venezuela se enfrentó a dos grandes retos en ese siglo. Y, de buena y mala manera, a ambos ha sido capaz de superarlos, en la

medida en que este último término pueda tener significado en historia, o sea, haciendo la salvedad de que nunca lo son y tal vez nunca podrán serlo definitivamente, de que siempre habrá el peligro de un retroceso, y de que tampoco el resultado es completo ni perfecto, de que permanecen islas de derrota en el agua para nada mansa de una victoria. Esos dos retos han sido el de la guerra y el de la tiranía, o sea, el de imponer su contrario, la paz y la democracia.

Al primero lo encaró de manera instintiva, como correspondía a la ciega negatividad del problema planteado, la guerra. Al segundo, con inteligencia y una larga paciencia; y con la conciencia siempre presente de la fragilidad de los resultados, con el espectro siempre aparecido de la dictadura. El resultado, lleno de imperfecciones como debe serlo en toda creación histórica, todo resultado de la experiencia social y no simplemente teórico, es que podemos abordar el siglo veintiuno exhibiendo nuestras dos conquistas del veinte: la paz y la democracia.

Ninguna de las cuales ha sido obtenida sin dolor, ninguna de las cuales ha seguido un sendero lineal y limpio de abrojos y pedregales, al arribo de derrumbes; ninguna de las cuales se puede considerar segura de una vez por todas, por los siglos de los siglos. Esto quiere decir que el tono de estas conclusiones tampoco puede ser la de un optimismo beato: a veces, para salir de un infierno, ha sido necesario pasar por otro infierno.

Desde que Venezuela proclamó su Independencia, ha habido un combate permanente, combinado pero también enfrentado, por la libertad y por la igualdad. La primera fue lo característico del siglo diecinueve. No quiere decir que lo otro estuviese ausente, y la prueba es que un feroz e implacable igualitarismo arrasó durante la guerra de independencia con las *élites* sociales e intelectuales. Pero era la libertad la primera consigna inscrita en las banderas de los combatientes.

Escaneado con CamScanner

La libertad en estado puro, radical y absoluto como la querían sus partidarios, desembocó en la anarquía y en una interminable guerra civil que consumió las vidas y haciendas de los venezolanos del siglo diecinueve. Al final, vino la punición para lavar de esos pecados a una sociedad enloquecida: una de las más largas tiranías de la historia iberoamericana. Es cierto que al salir de ella, florecieron al fin aquellas libertades por las que tanto se luchó en los campos de batalla; y ellas se han mantenido, bien que mal y con altibajos durante los sesenta años finales de la historia del siglo veinte; pero todavía los venezolanos se preguntan si era necesario, absolutamente, pasar por un infierno para salir de otro.

En el siglo veinte, la lucha por la democracia ha tenido como bandera y como consigna la igualdad. Pero así como en el siglo anterior aquella lucha por la libertad había degenerado en anarquía, en el veinte esta lucha por la igualdad presenta también sus lunares y peligros, el mayor de los cuales acaso sea el de un corporativismo feudalizante, pronto a patear la mesa para satisfacer el menor capricho, o en cualquier caso a plantear sus conflictos en el tono del todo o nada. Y la acentuación de las pulsiones igualitarias en lo que ellas tienen de menos apreciable: la tendencia a la igualación por abajo, a «cortar las patas» de quien sobresale en lugar de hacer el esfuerzo por alcanzarlo y superarlo.

Cierto, y esto sea dicho en último lugar, fue muy difícil lograr en el siglo diecinueve la conciencia de que la libertad nunca se alcanzaría en la anarquía; y de que la guerra no era la solución sino el problema. En nuestros días parece estarse formando la conciencia de que una cosa es la lucha por la igualdad y la otra la mineralización de sus perversiones: el populismo, el clientelismo, la igualación por abajo. Si la eclosión de esa conciencia puede evitarnos pasar por otro infierno, el final de nuestro siglo veinte puede ser diferente a, y mejor que, el del siglo diecinueve.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

I. Colecciones documentales, boletines de archivo, entrevistas y hemerografía

- *Archivo de Rómulo Betancourt.* Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1990.
- Blanco Muñoz, Agustín, *Hablan... (Series de historia oral).* Caracas, UCV, 1980, Vols. I-VII.
- *Boletín del Archivo Histórico de Miraflores.* Caracas, Presidencia de la República, 1960-1997.
- *Colección Pensamiento Político Venezolano del Siglo XX.* Caracas, Congreso de la República, 1983... Vols. I-LXX.
- *Documentos que hicieron historia.* Caracas, Presidencia de la República, 1962.
- *El Nacional*, 1943-1997.
- *El Universal*, 1909-1997.

II. Obras de referencia

- Abagnano, Nicolás, *Historia de la filosofía.* Barcelona, Ariel, 1955, Vols. I-III.
- *Diccionario de Historia de Venezuela.* Caracas, Fundación Polar, 1988.

Escaneado con CamScanner

- *Dictionary of the History of Ideas.* New York, Charles Scribners Sons Publishers, 1974, Vols. I-IV.
- *Historia de la filosofía política.* México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- *The Cambridge Dictionary of Philosophy.* Cambridge, University Press, 1995.

III. Libros y folletos

- Arcaya, Pedro Manuel, *Teratología jurídica.* Caracas, Impresores Unidos, 1947.
- Arévalo Cedeño, Emilio, *El libro de mis luchas.* Caracas, Seleven, 1979.
- Arvelo Ramos, Alberto, *En defensa de los insurrectos,* Mérida, Editorial Venezolana, 1992.
- Barraclough, Geoffrey, *Introducción a la historia contemporánea.* Madrid, E. Gredos, 1979.
- Betancourt, Rómulo, *El 18 de octubre de 1945.* Barcelona, Seix Barral, 1979.
- ----------, *Problemas venezolanos.* Santiago de Chile, Talleres Gráficos «San Vicente», 1940.
- ----------, *Venezuela: política y petróleo.* México, Fondo de Cultura Económica, 1956.
- Braudel, Fernand, *Écrits sur l´histoire.* París, Flammarion, 1969.
- Burckhardt, Jacob, *Reflexiones sobre la historia universal.* México, Fondo de Cultura Económica, 1961.
- Caballero, Manuel, *Gómez, el tirano liberal.* Caracas, Monte Ávila Latinoamericana, 1992.
- ----------, *Las Venezuelas del Siglo XX.* Caracas, Grijalbo, 1988.
- ----------, *Ni Dios ni Federación.* Caracas, Planeta, 1995.
- Consalvi, Simón Alberto, *El perfil y la sombra.* Caracas, Tierra de Gracia Editores,1997, pp. 129-140.
- Gallegos, Rómulo. *Programa político y discursos del candidato popular Rómulo Gallegos.* Caracas, Editorial Elite, 1941.

- García Ponce, Guillermo y Camacho Barrios, Francisco, *Diario de la resistencia y la dictadura.* Caracas, Centauro, 1982.
- Masur, Gerhard, «Crisis in history», *Dictionary of history of ideas.* New York, Charles Scribners Sons Publishers, 1973.
- Harwitch Vallenilla, Nikita, *Asfalto y Revolución: la New York and Bermúdez Company.* Caracas, Monte Ávila, 1992.
- Herwig, Holger H., *Sueños alemanes de un imperio en Venezuela.* Caracas, Monte Ávila, 1991.
- Krispin, Karl, *La revolución libertadora.* Caracas, Banco de Venezuela, 1990.
- López Contreras, Eleazar, *Proceso político-social 1928-1936.* Caracas, Editorial Ancora, 1955.
- Mac Gill, Samuel, *Polianteia. Desarrollos históricos 1900-1950.* Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1978.
- Méndez Castellanos, Hernán y colaboradores, *Estudio nacional de crecimiento y desarrollo humanos de la República de Venezuela.* Caracas, Fundacredesa, 1994.
- Muñoz, Arturo Guillermo, *El Táchira fronterizo. El aislamiento regional y la integración nacional (1881-1899).* Caracas, Biblioteca de Temas y Autores Tachirenses, 1985.
- Núñez, Enrique Bernardo, *El hombre de la levita gris.* Caracas, Monte Ávila, 1991.
- Ochoa Briceño, Santiago, *Lo que vi, oí e hice.* Caracas, Presidencia de la República, 1994.
- Ortega y Gasset, José, *El tema de nuestro tiempo.* Buenos Aires, Colección Austral, 1950 (publicado originalmente en 1923).
- Otálvora, Edgar J., *Eustoquio Gómez.* Caracas, Libros de Bohemia, 1985.
- Otero Silva, Miguel, *Fiebre.* Caracas, Ed. Tiempo Nuevo, 1972.
- Pérez, Ana Mercedes, *La verdad inédita.* Buenos Aires, Ed. Colombo, 1953.
- Pocaterra, José Rafael, *Memorias de un venezolano de la decadencia.* Caracas, Monte Ávila, 1979.
- Polanco Alcántara, Tomás. *Eleazar López Contreras, el general de tres soles.* Caracas, Grijalbo-ANH, 1990.

Escaneado con CamScanner

- Quintero, Inés, *El ocaso de una estirpe*. Caracas, Alfadil, 1992.
- San Juan, Ana María, «La criminalidad en Caracas: percepciones, realidades objetivas y políticas». Caracas, *CONICIT* (Mimeo), 1997.
- Sonntag, Heinz R., y Maingón, Thaís, *Venezuela: 4-F, 1992, un análisis socio-político*. Caracas, Ed. Nueva Sociedad, 1992.
- Thurber, O. E., *Origen del capital norteamericano en Venezuela. La época del asfalto*. Barquisimeto, Ed. Nueva Segovia,1955.
- Vallenilla Lanz, Laureano, *Cesarismo democrático y otros textos*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991.
- Varios autores, *La integración y la democracia del futuro*. Caracas, Ed. Nueva Sociedad, 1997.
- Varios autores, *Venezuela moderna*. Caracas, Fundación Eugenio Mendoza, 1976.
- Velásquez, Ramón J., *Epígrafes para un perfil de la Venezuela contemporánea*. Caracas, Colegio Universitario Francisco de Miranda, 1982.
- Zago, Ángela, *La rebelión de los ángeles*. Caracas, Fuentes, 1992.

IV. Trabajos inéditos consultados

- Cabrera, Elery, «La crisis vista por la economía y la historia económica».
- ----------, «La crisis política» (1945).
- Dorronsoro Josune, «La crisis en filosofía».
- ----------, «La crisis cultural (años sesenta)».
- Méndez Rosalba, «1901-1903. La Venezuela de los caudillos en crisis».
- ----------, «El término crisis en la historia e historiografía venezolana (siglos XIX-XX)».
- Quintero, Inés, «Las crisis, ¿un término para la historia?».

RECONOCIMIENTOS

En noviembre de 1982, fuí invitado por mi ex-alumno el Prof. Germán Cardozo Galué a dictar una conferencia en la Universidad del Zulia, en el área de posgrado. Allí expuse por primera vez una serie de ideas que ahora han sido desarrolladas en este libro. Cuatro años más tarde, bajo los auspicios del Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la UCV, conduje una investigación sobre el tema, que dio como resultado, aparte de un buen material para cursos y seminarios, el libro de Inés Quintero *El ocaso de una estirpe*, así como una serie de interesantes y muy completos trabajos inéditos de la misma autora y de Josune Dorronsoro (hoy difunta); Rosalba Méndez y Elery Cabrera, todos los cuales aparecen citados en la bibliografía, con un material precioso para mi información y mi reflexión.

Para la elaboración de este libro, he contado en 1997 con la cooperación de la Contraloría General de la República, que me solicitó terminarlo para incluirlo en la serie a publicar con motivo de los sesenta años de esa institución. Quiero expresarle mi reconocimiento, y muy particularmente, a mi amigo Joaquín Marta Sosa. Por su parte, mis amigos Maxim Ross, Fernando Falcón y Luis Castro Leiva tuvieron la paciencia y la generosidad para leer y comentar algunos de los capítulos de esta obra. Muchas gracias, así como a mi eficaz asistente, Suzanne de André, y a mi colaboradora, la estudiante Sheila Salazar.

M. C.

Escaneado con CamScanner

ESTA EDICIÓN DE
LAS CRISIS DE LA VENEZUELA CONTEMPORÁNEA (1903-1992)
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE MARZO DE 2007,
EN LOS TALLERES DE EDITORIAL MELVIN.
CARACAS, VENEZUELA

Escaneado con CamScanner

Las crisis de la Venezuela contemporánea (1903-1992)

MANUEL CABALLERO

El término crisis es uno de los más usados, de los más inclusivos, y que por significar demasiadas cosas, a veces termina por no significar ninguna. El autor trata de darle la mayor precisión y contenido posibles, desarrollando el concepto de crisis histórica. Esto le permite, como lo ha destacado la crítica, atravesar el siglo veinte con mucha perspicacia en un viaje sin rodeos, con paradas precisas y acertadas, al estudiar siete momentos de la contemporaneidad (1903-1992), buscando responder, como hasta ahora nadie había intentado hacerlo, a dos preguntas clásicas de quienes reflexionan sobre nuestra historia: ¿Es la crisis una catástrofe? ¿Vivimos la crisis más grande de nuestra historia? Sobre eso, se construye aquí un claro y ameno ensayo que es a la vez una síntesis de la historia del siglo XX venezolano.

P.V.P. Bs.F.
65

ISBN 980-354-114-5
9 789803 541149

ALFADIL EDICIONES

Escaneado con CamScanner